



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Historia

El historicismo vitalista frente al historicismo clásico: Meinecke, Croce y O'Gorman.

T E S I S

Que, para optar por el grado de licenciada en Historia

PRESENTA:

Rebeca Villalobos Álvarez

Asesor: Dr. Alvaro Matute Aguirre



MÉXICO, D. F.

2005

m343986



Universidad Nacional
Autónoma de México




UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la
UNAM a difundir en formato electrónico e Impreso el
contenido de los libros mencionados.
NOYORA REBECA VILLALOBOS
ALVAREZ
FECHA 12 - MAYO - 2005
FIRMA 

A Cristian y Álvaro
Porque a leer y escribir aprendimos juntos

Agradecimientos

A la familia entera (no a toda la que hay pero sí a toda la que es: Ernesto, Georgina, Laura, Sandra y Hugo) tengo que agradecer el apoyo constante, así como la existencia de esta tesis porque gracias a ellos adquirí la fortaleza para terminar las metas planteadas. Con Ernesto y Georgina la deuda es mayor; quiero decirles que gracias a su proyecto, este que es mío, y que en cierto sentido apenas empieza, fue realizado con la pasión por el saber y por la vida de la que ustedes han sido siempre un ejemplo.

Al Dr. Álvaro Matute debo el haber descubierto en la reflexión histórica un asunto al que vale la pena entregarle la vida y le agradezco profundamente sus consejos, acertados y agudos, así como su siempre respetuosa pero esencial guía.

Al Mtro. Javier Rico agradezco infinitamente la atenta y cuidadosa lectura que hizo del trabajo, así como sus brillantes comentarios, siempre útiles y esclarecedores. A la Dra. Evelia Trejo le doy las gracias por haberme permitido iniciar este proyecto en su seminario, contando siempre con su apoyo y sus inteligentes observaciones. A la Mtra. Gloria Villegas, quien merece toda mi admiración, debo la atenta revisión de esta tesis y, principalmente, la influencia que tuvo en mi vida académica desde el primer día de clases.

A Rodrigo agradezco la ayuda que va más allá de cualquier revisión y el apoyo hecho sentir día con día, sin el cual no habría podido doblar feliz y finalmente la página.

ÍNDICE

Agradecimientos

Introducción.....4-10

Capítulo I. El historicismo como paradigma

- Introducción.....11-16
- La figura de Leopold von Ranke: Un breve recuento de interpretaciones.....17-34
- La idea de Ranke en *El historicismo y su génesis*.....35-51

Capítulo II. El historicismo como filosofía para la acción

- El tortuoso camino de los historicismos.....52-60
- Sobre *el historicismo completo y el incompleto*.....61-80
- La alianza entre filosofía e historia.....81-85

Capítulo III. Historicismo y existencialismo

- El horizonte de la polémica frente a Ranke.....86-96
- La llegada de Ranke a México.....97-107
- La crítica de O'Gorman a Ranke.....108-129

Conclusiones.....130-134

Bibliografía.....135-141

Introducción

El historicismo ha sido, y es, un tema apasionante en diversos lugares del mundo, por lo menos para aquellas personas que dedican sus desvelos a estudiar la forma en que el ser humano se desenvuelve a través del tiempo y los modos en que ha entendido su propio transitar. La bibliografía al respecto es, como se sabe, amplísima y por demás heterogénea debido a la magnitud y complejidad del tema y, sobre todo, gracias a que la explicación del ser del hombre a partir del tiempo— que es en última instancia lo que todo historicismo se propone— es una perspectiva que se ha mostrado, a través de los años, profundamente polifacética. De hecho, con el término «historicismo» han sido denominados obras, autores y perspectivas a veces muy distantes entre sí, no sólo en razón del tiempo que los separa, sino también de las diferencias que existen entre sus postulados.

Lo anterior significa que la diversidad del historicismo, o mejor dicho historicismos, representa no pocos problemas cuando se le hace tema de análisis, pues multiplica exponencialmente las posibilidades de su estudio. De este modo parece que, de no poder emprenderse un trabajo monumental o sumamente exhaustivo (que no es el caso del que aquí se presenta), la tarea es inútil o por lo menos exige imponer grandes restricciones. Un trabajo más limitado en cuanto a tiempo y espacio tiene que optar por la explicación de un tipo específico de historicismo más que por la reflexión sobre el historicismo como fenómeno unitario. No obstante, semejante tarea se convierte en necesidad cuando se busca definir los elementos que conforman lo historicista y la manera en que éstos se presentan en distintos autores. Aunque preguntas como “¿qué es lo

esencialmente historicista?”, “¿cuáles son los elementos que definen a un tipo de pensamiento u obra cómo historicista?” y “¿por qué, a pesar de las claras diferencias entre ellos, se sigue aplicando el término a un sinnúmero de autores?”, no se abordarán directamente en este trabajo, incursionar en los problemas relativos al historicismo requiere tener, aunque sea de forma preeliminar, una idea de tales cuestionamientos. A pesar de no dominarse el tema, justamente para profundizar en él, es necesario entender en qué radican las diferencias y también las posibles similitudes entre una y otra manifestación de esta corriente. De otro modo es imposible explicarse el porqué de su vigencia a lo largo de dos siglos y de su capacidad para regenerarse continuamente.

Tomando en cuenta lo anterior es que decidí hacer una selección de autores representativos de distintas modalidades del historicismo. El resultado es el trabajo que aquí se presenta y que consiste, en términos generales, en un estudio de carácter historiográfico sobre el modo en que Friedrich Meinecke en *El historicismo y su génesis*,¹ Benedetto Croce en *Historia como hazaña de la libertad*² y Edmundo O’Gorman en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*³ definieron el historicismo y, en relación con ello, la forma que debía adquirir el estudio de la historia.

Ahora bien, por las razones antes expuestas, no se ha pretendido hacer aquí un análisis integral de cada obra, por el contrario, se han seleccionado sólo algunos aspectos de cada una a partir de los cuales es posible comprender, a

¹ Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, versión española de José Mingarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 524p.

² Benedetto Croce, *Historia como hazaña de la libertad*, traducción de Enrique Díez-Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 294p., (Colección Popular, 18).

³ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947, 350p.

grandes rasgos, el tránsito y el cambio del historicismo del siglo XIX al siglo XX. En este sentido, el hilo conductor lo constituye la interpretación que cada uno de los autores mencionados hizo de la obra de Leopold von Ranke, célebre historiador del siglo XIX, que tiene, como veremos, un lugar especial en los textos analizados.

Tanto en el caso de Meinecke, como en el de Croce y el de O'Gorman, la idea del historicismo se encuentra articulada en torno a tres grandes lineamientos, generados a partir de un cierto tipo de interpretación de la historiografía rankeana: el historicismo frente a la tradición; el historicismo frente al método y el historicismo frente a su objeto de estudio. Cada uno de estos problemas está presente en los tres capítulos que constituyen el trabajo (uno por cada autor). La importancia de uno u otro aspecto en cada caso es algo que se verá conforme se avance en los análisis respectivos. Por lo pronto, basta con hacer una aclaración: no se ha pretendido hacer de cada uno de los autores estudiados representante exclusivo de alguna de las problemáticas esbozadas. Por el contrario, estoy convencida de que el historicismo, en todas sus versiones, surge de la necesidad por replantear lo relacionado tanto al modo en que heredamos el conocimiento o el saber (tradición), como a la validez o no de una cierta metodología para acceder al conocimiento del pasado y a la naturaleza del objeto de la historia.

Lo que se ha indagado en este trabajo, mediante el contraste de las distintas obras y su valoración, es en qué medida se puede hablar de una continuidad en los argumentos que han sustentado distintas modalidades de historicismo. Así, se ha utilizado la obra de Meinecke como representativa del historicismo alemán del siglo XIX, no desde luego por razones cronológicas, sino

porque constituye, en términos de contenido, una especie de síntesis de algunos de los más importantes presupuestos que caracterizaron a dicha corriente en suelo germano. De este modo, el capítulo primero del trabajo se ha dedicado al análisis de *El historicismo y su génesis* con la pretensión de revisar los lineamientos principales que establece su autor respecto de las cuestiones mencionadas sobre la tradición, el método y el objeto de estudio.

Por su parte, en el capítulo segundo, el análisis de los problemas citados se realiza en *Historia como hazaña de la libertad*. El uso de esta obra se justifica por el lugar que ocupa en relación con las manifestaciones historicistas surgidas en el siglo XX. La influencia del pensamiento de Croce en autores como R. G. Collingwood y su cercanía al historicismo vitalista de José Ortega y Gasset, permite ubicarlo como uno de los grandes pilares del viraje que dio el historicismo, como fenómeno intelectual, en las primeras décadas del siglo XX. Por estas razones, la revisión del texto de Croce sirve como punto de enlace entre la postura historicista del siglo XIX, fundamentalmente germana, y el tipo de vitalismo que caracterizó las manifestaciones historicistas del siglo XX. Lo anterior no se debe a que Croce haya buscado, de hecho, jugar un papel de mediador entre ambas posiciones, aunque sea esta una cuestión que se revisará más adelante, sino más bien a que es, probablemente, el único autor de su época que realizó, de forma explícita, una comparación entre el historicismo de la escuela alemana (del que Meinecke es deudor) y el suyo propio. De hecho, el historicismo de Croce, denominado relativista o idealista, si bien es muy cercano al vitalista de Ortega, también conserva algunas diferencias y, en consecuencia, se aleja del historicismo

mexicano que, vía José Gaos, constituye *grosso modo* una adaptación de la postura orteguiana.

El último capítulo está consagrado al examen de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* y se llevó a cabo bajo los mismos lineamientos que los dos anteriores. Sin embargo, en virtud del aislamiento y peculiaridad de la crítica de O'Gorman a Ranke, su análisis está precedido de un esbozo general respecto de las menciones, en suelo mexicano, sobre el historiador alemán, y de algunas reflexiones que sirven para contextualizar la postura de O'Gorman. Asimismo, se utilizó la perspectiva croceana para facilitar el contraste entre las ideas de Meinecke y las de O'Gorman pues, como es de esperarse, las diferencias entre estas son más significativas.

Estoy conciente de que la pretensión de hablar del historicismo en términos más amplios, frente a la selección de autores que aquí se presenta, corre no pocos riesgos. En primer lugar porque para conservar la estructura dada al trabajo, así como su extensión, he abandonado la revisión de algunas figuras principales, sobre todo en relación con el historicismo alemán. Entre ellas, la ausencia más notoria es la de Wilhelm Dilthey, cuya noción de vitalismo, aunque posterior, es por demás relevante para el análisis y comprensión del historicismo rankeano. No obstante, quisiera aclarar que el abandono de cuestiones como la mencionada no se debe al desconocimiento de su importancia para el tema

tratado,⁴ sino, principalmente, a la intención de abordar el asunto en términos específicamente historiográficos. Este aspecto es probablemente uno de los menos trabajados en relación con el historicismo vitalista, por lo menos en comparación con los estudios de corte filosófico. La selección de la figura de Ranke como hilo conductor en la discusión que aquí se presenta permite abordar mucho de la problemática del historicismo filosófico de Dilthey, y en general de cuestiones relativas a ese tema, con la ventaja de proporcionar un referente historiográfico. En ese sentido, si bien el lector se enfrentará, en lo que sigue, a una discusión que involucra asuntos de orden filosófico, encontrará una reflexión sobre el modo en que concepciones de esa índole han repercutido en la manera de entender el estudio de la historia.

Por último, también en el terreno de las aclaraciones, cabe advertir la ausencia de un tratamiento estrictamente homogéneo de los lineamientos generales del análisis emprendido. Es decir que lo relativo al modo en que cada autor articula las cuestiones de la tradición, la metodología histórica y el objeto de estudio se ha integrado a la revisión particular de cada texto. Por ese motivo, el lector encontrará, en cada capítulo, una estructuración y división distinta de la anterior y que, en cada caso, obedece al desarrollo particular de la obra analizada. Se trata, en suma, de una argumentación de carácter continuo, consecuencia, en parte, de haber querido respetar, en la medida de lo posible, la estructura interna

⁴ Tampoco se hacen muchas referencias en este trabajo a la figura de Gustav Droysen que, junto con Dilthey, es de suma importancia en el tema. Por otro lado hay pocas anotaciones, en el cuerpo del texto, respecto de la filosofía idealista y en particular de la importancia de G.W.F. Hegel en la conformación del historicismo. No obstante, en el aparato crítico se hacen algunas anotaciones que son de utilidad para entender el pensamiento alemán de esa época y el lugar que ocupa Ranke en el panorama general. En este sentido, los trabajos de Georg Iggers, citados en lo sucesivo han resultado fundamentales y de mucha utilidad algunas publicaciones recientes con el mismo tema. Véase: Concha Roldán, *Entre casandra y clio. Una historia de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal ediciones, 220p. En particular los capítulos dedicados a Ranke y Dilthey.

del trabajo de cada autor. Pero, sobre todo, es el resultado del estilo particular de la que escribe estas líneas. Por estas razones ruego al lector tener presente, en adelante, lo dicho en esta introducción y, en su momento, en la conclusión de cada capítulo, ya que es ahí donde se podrán encontrar las recapitulaciones necesarias para seguir el planteamiento general de la investigación.

Capítulo I

El historicismo como paradigma

No se inventa nada, en verdad, que no tenga alguna raíz, más o menos profunda, en la realidad; y hasta las cosas más peregrinas pueden ser verdaderas; mejor dicho, no hay fantasía capaz de concebir ciertos desatinos, ciertas inverosímiles aventuras que brotan del seno tumultuoso de la vida misma; sin embargo, ¡cuán distinta resulta la realidad viva y palpitante de todas esas invenciones que de ella podemos sacar! ¡De cuántas cosas sustanciales, sumamente nimias e inimaginables, necesita nuestra ficción para convertirse nuevamente en aquella misma realidad de donde la sacamos! ¡De cuántos hilos que vuelvan a unirla con la enmarañadísima madeja de la vida, y que nosotros habíamos cortado con el fin de darle independencia!

Luigi Pirandello

Introducción:

Una rápida incursión por la historia del historicismo, la revisión de los grandes manuales, de los textos consagrados y de algunos diccionarios sugiere, a primera vista, que el tipo de historicismo más relevante, o por lo menos el más conocido en virtud de su influencia a lo largo del mundo, ha sido el historicismo alemán del siglo XIX. Y por lo menos algunos elementos de este historicismo, o más bien varios de ellos, se han traducido, necesariamente, en formas de escribir la historia. Una de las modalidades más conocidas y, sobre todo, una de las más importantes respecto a la noción que tenemos de la historiografía moderna, es la de Leopold von Ranke. Su trabajo ha sido considerado, en ocasiones, el paradigma de la historiografía moderna y él uno de los máximos representantes, en el ámbito historiográfico, del historicismo de su época. En este sentido, a Ranke se le ha

presentado como el representante, por un lado, de una idea "universal" de lo que debía ser la labor histórica (universal en el sentido de un consenso académico) y, por el otro, de un modo particular de concebir lo humano que ha tomado el nombre de historicismo. A partir de estas consideraciones, lo que se intenta indagar en la primera parte del presente estudio son las razones por las cuales Ranke a ocupado ese lugar en la historia de la historiografía, así como una explicación, aunque sea en términos generales, de lo que significa el paradigma con el que se suele asociarlo.¹

Ahora bien, hablar de paradigma o de paradigmas puede conducirnos por dos sentidos diferentes del mismo término: el primero y más inmediato es cuando la palabra se utiliza refiriendo a un "modelo a seguir", al "ejemplo" o patrón que determina causas o conductas. El segundo se refiere a aquello que permite la creación del conocimiento, aquello que lo sustenta, que le da sentido. Desde esta

¹ Los estudios realizados por Georg Iggers están dedicados, por un lado, al análisis pormenorizado de la recepción de la obra de Ranke; su impacto en distintos lugares y los elementos que se recibieron de ella en cada caso, y por el otro, a la discusión sobre el uso del término "paradigma" para definir esta situación en relación con el cambio sufrido en los estudios históricos hacia finales del siglo XIX. Respecto de lo primero, el autor afirma que Ranke adquirió relevancia, fuera de Alemania, principalmente en el ámbito norteamericano y británico. Ahí, los historiadores estuvieron dispuestos a ver en él al fundador del modelo moderno de la historia científica. A finales del siglo XIX, los norteamericanos lo describieron como "el padre de la ciencia histórica" e hicieron de su propia versión del método rankeano, la definición de la historia científica. En relación con lo segundo, Iggers revisa el sentido del concepto de «paradigma», sobre todo en los términos de Thomas Kuhn, con la idea de puntualizar las diferencias entre el desarrollo de las ciencias y el de la historia. Si bien acepta que la historiografía de Ranke representó un cambio importante, relativiza el grado en que pudo haber constituido una "revolución" o una ruptura tajante con la tradición precedente. Por otra parte, también matiza el grado de tecnificación que se presume para los estudios históricos de esa época, y la equiparación que se ha hecho entre la profesionalización y las presunciones científicas de la historia, describiendo ambos fenómenos en una especie de relación causa-consecuencia. En este capítulo, he querido retomar la polémica de Iggers, para quien es todavía una cuestión abierta "el grado en el que la profesionalización hizo de la historia una ciencia" y el lugar de la obra de Ranke como paradigma de esa transformación. No obstante, independientemente de si aceptamos o no esa premisa, el hecho es que durante un tiempo, otros historiadores la aceptaron como válida y, a partir de ello, se generó una imagen tanto de Ranke como de la historiografía alemana que ha sido la más popular. Si el "modelo" historiográfico rankeano fue en realidad un nuevo paradigma de los estudios históricos puede ser un asunto discutible, sin embargo, fue así como lo interpretaron tanto alemanes, como británicos y norteamericanos, a pesar de ofrecer razones muy distintas para ello. Véase Georg Iggers, "The Crisis of the Rankean Paradigm", en Georg Iggers y James Powell (eds.), *Leopold Von Ranke and the Shaping of Historical Discipline*, Nueva York, Syracuse University, 1990 223p., pp. 172-179.

perspectiva lo paradigmático está delimitado por cierto tipo de saberes que, acompañados de reglas y consensos, permiten establecer algo como válido en términos científicos o académicos. Las definiciones más generales de los diccionarios de filosofía² confirman estas dos versiones del término como las más conocidas y nos dicen que, desde el uso que los antiguos retóricos dieron a la palabra paradigma, pasando por Platón y hasta Wittgenstein, su sentido no cambió demasiado y quedó vinculado a la idea de lo modélico como algo que, por su alto valor, no cambia. No obstante, hacia la segunda mitad del siglo XX, la noción de paradigma empieza a cambiar. Con *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) de Thomas Kuhn el término se "reduce", por decirlo así, o se hace depender del desarrollo histórico del pensamiento científico, dando como definición de la palabra el "conjunto de creencias, valores y técnicas compartidos por una comunidad científica".³ En esta perspectiva ya se encuentra presente una consideración de la historicidad del conocimiento; la validez que éste adquiere en cada caso se ajusta más al conjunto de reglas o disposiciones que cierta comunidad académica o intelectual interpreta como válidas, que a la existencia, de hecho, de una forma inmutable de lo que consideramos verdadero. Interpretación, esta última, mucho más apropiada a las condiciones de producción del pensamiento ya entrada la segunda mitad del siglo XX.⁴

² En particular: José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, IV vols., edición revisada, aumentada y actualizada por el profesor Joseph María Terricabras, Barcelona, Ariel, 1994, vol. III, pp.2691-2692; y Antoni Martínez Riu y Jordi Cortés Morató, *Diccionario de filosofía Herder en CD ROM*, 3ª edición, Barcelona, Herder, 1996, entrada: "paradigma".

³ Martínez Riu, *op. cit.*

⁴ Iggers afirma que la idea de paradigma de Kuhn supone, en primer lugar, una profunda ruptura con las prácticas científicas anteriores, situación que, a sus ojos, no se cumple realmente con la aparición de la historiografía de Ranke. Por otro lado, dice Iggers, la condición para que aparezca ese nuevo paradigma requiere un período de "normalidad" difícilmente equiparable con la situación de los estudios históricos en la

La razón para hacer el brevísimo repaso de estas dos nociones tiene que ver con el modo en que Friedrich Meinecke concibió el desarrollo del historicismo así como con el peso que dio a la figura de Ranke en ese proceso. Ambas perspectivas, tanto aquella que determina lo paradigmático en relación con su carácter modélico como la que lo explica en relación con los consensos establecidos históricamente en una comunidad académica determinada, están presentes en el modo en que Meinecke significó el legado rankeano. Para los años treinta del siglo XX—época en que aparece *El historicismo y su génesis*—las condiciones académicas y de consolidación de la historiografía como disciplina científica demandaban tomar en cuenta los problemas del relativismo en términos prácticos y metodológicos y no solamente filosóficos. En este sentido, se volvía importante asumir, por un lado, que la historia como proceso era de carácter cambiante, que los acontecimientos que la integran conservan su particularidad y por lo tanto pueden admitir numerosas o diversas interpretaciones y, por el otro, que la metodología o la disciplina desde la cual se aborda el contenido de la historia, o la realidad misma, tiene que sufrir a su vez las limitaciones que su propia historicidad le impone. Una vez más, se hacía difícil para las disciplinas humanas reclamar, pese a su alto grado de desarrollo, derechos de autoridad.

segunda mitad del siglo XIX. En esto coincide con el autor. De hecho, las tempranas críticas a Ranke y la coexistencia de muchas otras visiones de lo histórico, tan poderosas en el ámbito académico como la citada, evidencian un panorama mucho más diverso. Sin embargo, justamente la diversificación inherente a los estudios históricos, ha provocado, en muchos, la añoranza de un paradigma común. Actitud que tiene un lugar importante en la comprensión del fenómeno que hizo de la figura de Ranke, el estandarte de semejante modelo. Algunos autores han relativizado, al igual que Iggers, el lugar de la historiografía de Ranke como paradigma historiográfico, explicando el fenómeno más en términos de profesionalización que de efectiva cientificación de la labor histórica. Comparto esta visión, sin embargo, es importante reflexionar en torno al deseo de diversos autores, comunidades y corrientes académicas, en diferentes épocas, por encontrar el sustrato común de la labor histórica. La necesidad de fijar el carácter científico de la historia, y de darle nombre y apellido, constituye una manifestación, entre otras, de esa ambición, y juega un papel importante en la transformación de la historiografía, no sólo en el siglo XIX, sino también en el siglo XX. Véase Iggers, *op. cit.*, pp.172-173.

Meinecke, me parece, tuvo siempre en cuenta las limitaciones de la historiografía en cuanto a su capacidad de acceder a una verdad sin más, pero compartió con su querido maestro Leopold von Ranke una fe en el sentido de la historia que no se violentó por las polémicas de orden académico ni por la fuerte discusión sobre el relativismo que se vio agudizada con la situación de la Europa de entre guerras. De hecho, lo que quisiera mostrar en este capítulo es justamente el intento de Meinecke, en *El historicismo y su génesis*, por consagrar la obra de Ranke como paradigma, en el primer sentido del término, pero partiendo del espíritu del segundo, como limitante para convertir un estilo o metodología particular en la forma definitiva por excelencia.

Ahora bien, hay que recordar que Meinecke nunca lleva a cabo esta labor de forma explícita, o más bien exclusiva; él no admite claramente que su libro esté dedicado a semejante tarea pues, como buen historiador de las ideas, sabe que el movimiento espiritual del historicismo supera la figura de Ranke. Sin embargo, veremos que la estructura lógica del libro nos lleva siempre hacia Ranke como corolario y es un hecho que tal estructura se basa en la coincidencia entre la idea del historicismo y la historiografía de Ranke. Mediante tal equiparación Meinecke convierte a Ranke realmente en un clásico, pues ¿qué significa lo clásico sino precisamente aquello que, por ejemplar, se imita, pero que, al ser imposible de reproducir fielmente, es regenerado una y otra vez a través del tiempo?

Pero ¿es Meinecke el único responsable de la interpretación que hace de Ranke el "padre de la historiografía moderna"? De hecho, ¿podemos decir que el Ranke de Meinecke es el mismo que otros llamaron creador de la historiografía científica? ¿Sólo a Meinecke debemos la aseveración de que la historiografía

rankeana marcó las reglas que delimitaron la labor histórica científica? Sin duda habremos de responder estas cuestiones a partir de diversas fuentes. Y es necesario hacerlo para entender el modo peculiar en que Meinecke consagró la labor histórica de Ranke que no es, en muchos sentidos, el modo en que lo han hecho otros autores. Para continuar es necesario hacer un preámbulo, familiarizar al lector con algunas de las interpretaciones más conocidas sobre el historiador del siglo XIX, con el objeto de explicar y justificar su importancia en la historiografía en general y en particular en la obra de Meinecke.

La figura de Leopold von Ranke: Un breve recuento de interpretaciones

Para leer, y en consecuencia para discutir el libro de Meinecke, es deseable tener a la mano una serie de elementos que contextualicen y den sentido a la obra de Ranke. Sobre todo porque este autor no ha sido muy estudiado en México y los pocos estudios que tenemos de sus obras no constituyen trabajos especializados. En consecuencia, hay en ellos poca reflexión en torno a la figura de Ranke, sobre todo en relación con su propia tradición cultural.

A lo anterior se suma el hecho de que el carácter de clásico y la fama mundial hacen de él una figura compleja. En la historiografía que tiene a Ranke como tema de estudio se manejan interpretaciones de muy diversa índole, algunas de ellas, las más conocidas en nuestro ámbito, identifican su tipo de historia con los planteamientos positivistas, o entienden su visión de la disciplina como una labor casi exclusivamente empirista. En forma paralela encontramos que algunos autores manejan la idea de un deslinde absoluto entre la escuela histórica de Ranke y la escuela filosófica alemana, idea sustentada, aparentemente, en la polémica que Ranke emprendió en contra de las concepciones filosóficas de la historia. Por estas y otras razones, que iremos repasando en lo sucesivo, en ocasiones se ha generado una impresión sobre la escuela rankeana que en muchos aspectos la desvincula de su propia tradición.

Estar al tanto de la discusión en torno a la historiografía rankeana es muy importante para entender los planteamientos de Meinecke pues, en gran medida, estos son muy ajenos a la forma en que en nuestro país, y en muchos otros, se ha

concebido tanto a la filosofía como a la escuela histórica alemanas.⁵ Es por ello que una revisión de la figura de Ranke, como paradigma de la historiografía política del siglo XIX en particular y de la historiografía científica en general, es necesaria para los fines de este trabajo.

No obstante, al ser consciente de las dificultades que implica tal revisión, me he visto en la necesidad de ofrecer no más que un panorama general. Para ello he seleccionado, de entre la amplia variedad de interpretaciones disponibles, aquellos trabajos que, ya sea por su importancia en el tema, el enfoque con el que lo tratan, o su relación con el contexto mexicano, en conjunto resultan especialmente útiles en la formulación de un cuadro, que si bien es general, también comporta los elementos esenciales de la problemática relación entre Ranke y la consolidación de la historiografía. Siendo así es que he agrupado los trabajos revisados en tres grandes bloques: el primero se compone de aquellos que abordan directamente la figura de Ranke y su lugar dentro de la conformación de la historiografía, entre ellos podemos mencionar la obra de Meinecke aquí tratada; los estudios de Georg Iggers en torno al significado de la historia dentro de la tradición alemana del siglo XIX;⁶ la parte dedicada a Ranke en *Metahistoria* de Hayden White;⁷ el primer

⁵ El impacto, a nivel internacional, de la tradición alemana del siglo XIX hace del problema de su recepción un tema por demás complejo si se pretende abordarlo en términos generales. Para los fines de este trabajo se ha hecho mención al respecto sólo para hacer énfasis en que la importancia de la figura de Ranke se inserta en la dinámica intelectual de la tradición a la que pertenece, cuestión que las interpretaciones más difundidas sobre la obra de este historiador eluden hasta cierto punto. Por otro lado, en el caso específico de México, hay una discusión pendiente en relación con el modo en que fue recibida, en particular en la primera mitad del siglo XX, la obra de los filósofos alemanes. En este sentido, hacen falta estudios de historia intelectual que aclaren los elementos de la tradición alemana que adquirieron relevancia en la cultura y academia mexicanas, tanto del lado de la filosofía como de la historia. En el último capítulo de este trabajo se hace mención de algunos de estos temas, no obstante, la discusión está enfocada al trabajo de O'Gorman, y si bien podría formar parte de la problemática expuesta, no pretende agotarla.

⁶ Georg Iggers, *The German Conception of History*, Revised Edition, New York, Wesleyan University Press, 389p.; "The Crisis of the Rankean Paradigm in the Nineteenth Century", *op. cit.*; *La ciencia histórica en el siglo XX. Tendencias actuales*, traducción de Clemens Bieg, Barcelona, Idea Universitaria, 1998, 156p.; "The

volumen de *Ese noble sueño* de Peter Novick;⁸ *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* de Juan A. Ortega y Medina;⁹ y los artículos de Guillermo Zermeño y Evelia Trejo titulados "Sobre las huellas de Ranke" y "La objetividad quimera de la historia" respectivamente.¹⁰ El segundo grupo está integrado por estudios de carácter más general, algunos de los cuales resultan ya clásicos de la historia de la historiografía. Me refiero a los manuales de G. P. Gooch;¹¹ Eduard Fueter¹²; y Fritz Wagner,¹³ y a los estudios de Sonia Corcuera y Josefina Zoraida Vázquez respecto a la historiografía europea.¹⁴ Finalmente, el tercer bloque incluye dos trabajos de carácter más bien filosófico, aunque no exclusivamente, en donde si bien la problemática observada supera los límites del estudio sobre Ranke, su tratamiento constituye una importantísima aportación, hablo de *Teoría e historia de la historiografía* de Benedetto Croce y de *Verdad y Método I* de Hans-Georg Gadamer.¹⁵

Image of Ranke in American and German historical Thought", en *History and Theory*, vol. II, No.1, 1962, pp.17-41., y "The Decline of the Classical National Tradition of German Historiography", en *History and Theory*, vol. VI, No. 3, 1967, pp.382-413.

⁷ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432p.

⁸ Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, vol. 1, traducción de Gertrudis Payas e Isabel Vericat, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1997, 334p.

⁹ Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*. (Guillermo de Humboldt-Leopold Ranke), México, UNAM, 1980, 273p.

¹⁰ Evelia Trejo: "La objetividad quimera de la historia", *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, número 55, mayo-agosto 1999. Guillermo Zermeño: "Sobre las huellas de Ranke", en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 15, 2000, pp. 11-48.

¹¹G.P. Gooch, *Historia e historiadores del siglo XIX*, versión española de Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, 607p.

¹² Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, 2 vols., traducción de Ana María Ripuillone, Buenos Aires, Nova, 1953.

¹³ Fritz Wagner, *La Ciencia de la Historia*, traducción de Juan Brom, México, UNAM, 1958, 594p.

¹⁴Josefina Zoraida Vázquez: *Historia de la historiografía*, México, Utopía S.A. de C.V., 1975, 175p. y el de Sonia Corcuera: *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, FCE, 1997, 424p.

¹⁵H.G. Gadamer: *Verdad y Método I*, traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Sígueme, 1977, pp. 253-269. Benedetto Croce *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Escuela, 1955.

Los trabajos mencionados han sido mi guía en el examen de la figura de Ranke en el ámbito internacional y aunque he tomado en cuenta algunas otras publicaciones, sobre todo a partir de ellos es que he formulado mapa general de la situación de los estudios históricos. En él se explica críticamente el desarrollo y transformación de la labor histórica entre la segunda mitad siglo XIX y la primera del siglo XX. Empero, la revisión no es del todo general, sino que tiene como centro de la discusión el impacto de la obra de Ranke. El objetivo es el planteamiento de los aspectos más elementales de la problemática rankeana; esbozando las líneas de influencia más notorias del pensamiento de Ranke y la recepción que ha tenido en ámbitos diversos de la historiografía.

Ahora bien, *grosso modo*, la importancia de Ranke se ha relacionado principalmente con el desarrollo académico de la historiografía hacia finales del siglo XIX. En relación con ello se encuentra el hecho de que gracias al avance en la profesionalización¹⁶ se fijaron por primera vez parámetros concretos respecto a la objetividad histórica y se establecieron contenidos específicos para el estudio de la llamada ciencia de la historia. La obra de Ranke parecía cumplir con ambas pretensiones de un modo tan satisfactorio que, entre las loas más conocidas, tenemos que fue considerado, tanto por sus colegas como por otros historiadores

¹⁶ En este trabajo, el término "profesionalización" ha sido utilizado para definir la dinámica peculiar que adquirieron los estudios históricos en el siglo XIX, con el desarrollo de academias e instituciones, al interior de las cuales se crearon consensos en relación con el método y contenidos de la ciencia histórica. En este sentido, si bien se pueden rastrear los orígenes de la historiografía moderna hasta la época renacentista "no fue sino hasta finales del siglo XIX que la superioridad cognoscitiva de la escritura histórica basada en el uso crítico de las fuentes materiales, en la investigación de archivo y en una visión historicista de las sociedades humanas, logró establecerse a sí misma", véase Doris S. Goldstein, "History at Oxford and Cambridge. Professionalization and the Influence of Ranke", en Iggers y Powell (eds.), *op. cit.*, p. 141.

alrededor del mundo, "el padre de la historiografía moderna".¹⁷ Pero veamos esto con mayor detenimiento.

Desde muy temprano en Alemania y fuera de ella, la obra de Ranke fue reconocida como baluarte de la "nueva" historiografía. Esto se debe, entre otras muchas cosas, a que Ranke supo conducir y aprovechar los éxitos alcanzados por las generaciones anteriores en la crítica de fuentes y a su increíble capacidad para reflejar el buen manejo de documentos en la descripción minuciosa, pero a la vez aguda, particularmente de hechos políticos.¹⁸ Esta armoniosa unión entre estilo y rigurosidad fue lo que lo llevó a la cima,¹⁹ con él, podríamos decir, se ganaban dos batallas: por un lado, la de hacer de la historia una disciplina ordenada, académica, regida por ciertas normas fijas, y por otro, la de concebir, por ese

¹⁷ En Alemania, Ranke empezó a figurar como modelo a seguir sobre todo a partir de 1830. El impacto de sus obras y el trabajo realizado en sus seminarios se reflejó de manera importante en los asuntos de teoría y metodología histórica a través de las referencias hechas por historiadores y filósofos de la época. Véase: Hans Schleier, "Ranke in the manual on historical methods of Droysen, Lorenz and Bernheim", en *ibid.*, pp.111-123. Respecto de la fama de Ranke y de su influencia en otros ámbitos historiográficos véase Doris S. Goldstein, *op. cit.*, *pássim*.

¹⁸ "Ranke vivió lo suficiente para ser reconocido por encima de toda comparación como el mayor historiador de su tiempo y para ver a sus discípulos ocupando casi todas las cátedras de Alemania", G.P. Gooch, *op. cit.*, p. 110. Los alumnos de Ranke, entre los cuales hay algunos denominados *neo-rankeanos*, jugaron un papel fundamental en la popularización de la figura de Ranke, sin embargo, lo que heredaron de él fue, sobre todo, la utilización del método histórico. De hecho, modificaron a su conveniencia la visión rankeana de la historia, quitándole algunos de sus elementos más distintivos. Sin embargo, la idea que se tiene de Ranke en otros lugares del mundo obedece, mayormente, a la continuidad de la escuela y, en esa medida, mucho de sus concepciones sobre la historia quedó parcialmente excluido. Véase: Wolfgang J. Mommsen, "Ranke and the Neo-Rankean School in Imperial Germany", en Iggers y Powell (eds.), *op. cit.*, 124-140. Los *neo-rankeanos* fueron una segunda generación de historiadores alumnos de Ranke. Antes de ellos los discípulos más importantes y conocidos son: Georg Waitz, Friedrich Wilhelm Giesebrecht, Eduard Augustus Freeman y Heinrich Sybel entre otros. Véase: Gooch, *op. cit.*, pp. 119-136. El caso de Sybel es particular, su distanciamiento de Ranke y su acercamiento con la escuela prusiana hacen de él un intérprete peculiar de la obra de Ranke.

¹⁹ "Pocos historiadores alemanes han limado tan concienzudamente su estilo. Cada nueva edición presentaba nuevas mejoras. Consiguió hacer de la lengua un instrumento dócil de su pensamiento. Su expresión, cargada de ideas, resulta siempre clara. Usando los más finos matices hace resaltar las líneas principales. [...] Intentó una alianza entre el método analítico de la ilustración y la exposición colorida y vivaz del romanticismo". Fueter, *op. cit.*, vol. 2, p. 158. "La *Historia de los papas* no sólo era una gran realización en el terreno de las investigaciones históricas, sino una perfecta obra de arte. Había llegado a la plena madurez de sus facultades. Sin pretensiones de elocuencia, su estilo luminoso y mesurado produce una impresión de extraña fuerza. [...] Combinaba la amplitud con la maestría del detalle, y la facultad de generalización con una minuciosa exactitud". Gooch, *op. cit.*, p. 94.

medio, el mosaico de pueblos alemanes como una nación definida. Durante un tiempo al menos—porque ni siquiera en su patria estaría Ranke fuera de la mira de algún crítico—²⁰la forma en que este autor lidió con la política de los Estados dentro sus obras permitió el alcance de ambos objetivos (el metodológico y el ideológico) pero aparentando siempre una actitud “científica”, que se declaraba alejada de objetivos personales o partidistas.

Hasta aquí, tenemos que la clave del éxito de Ranke es la consagración de su obra como la historiografía política más avanzada de su época. Sin embargo, más de algún lector se preguntará si esto es suficiente para explicar la importancia de dicho historiador, puesto que el desarrollo académico de la historia debería implicar también, a primera vista, la expansión de horizontes en cuanto a temas, fuentes y estilos.

Al respecto, resultan útiles algunas consideraciones hechas por Lawrence Stone en su libro *El pasado y el presente*.²¹ En esta obra, se presenta un panorama del proceso de profesionalización de la disciplina histórica entre los años de 1870 y 1930. Stone entiende como profesionalización el desempeño de la práctica historiográfica a nivel institucional, es decir, la organización de las fuentes del conocimiento histórico, su división por áreas o departamentos y la instauración

²⁰ Véase *ibid.*, “Los críticos y discípulos de Ranke”, pp. 110-119. Las primeras críticas a la historiografía de Ranke fueron hechas por algunos de los historiadores más famosos de la primera mitad del siglo XIX en Alemania, particularmente los de la escuela didáctica (Rotteck, Schlosser y Gervinus). Estos criticaban a Ranke por su desdén por la historia como enseñanza moral. Argüían que “ningún hombre podía llegar nunca al perfecto conocimiento de la relación interna de los hechos” y desdaban “las abstrusas investigaciones de Ranke” *ibid.*, p. 114. Más adelante, conforme la situación política alemana se agravaba, algunos de los alumnos de Ranke comenzaron a distanciarse de su maestro justamente por su pretendida neutralidad política y por la poca importancia que daba a los usos de la historia en el presente. Este es sin duda el caso de Sybel quien terminó inclinándose por la escuela prusiana, cuyo objetivo principal fue encontrar nuevamente la alianza entre la política y la historiografía que Ranke hubo de criticar decididamente: “Ranke inició su carrera y fundó su escuela en la era del estancamiento político [...] pero a mediados de siglo la actitud de distanciamiento ante los candentes problemas del día se hizo imposible”. *Ibid.*, p.137.

²¹ Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

de programas doctorales. Asimismo el autor considera que este fenómeno surgió de la generación de un cierto consenso acerca de lo que debía ser el objeto de estudio de la historia, el cual es definido como "la evolución administrativa y constitucional del estado-nación, a la vez que las relaciones militares y diplomáticas entre los Estados de esta índole".²² Lo anterior no quiere decir que la historiografía profesional no hubiera ensayado otras formas de temática para la historia. Sin embargo, el tipo de historia susceptible de ser medida y transformada en términos estrictamente académicos fue justamente la de tipo político y diplomático que, más adelante, fue bautizada con el nombre de historicismo. Se le reconocía por su combinación del estilo elegante con la metodología rigurosa y resultaba el vehículo idóneo para representar íntegramente la concepción ya definida del pasado.²³

Ahora bien, esta primera manifestación del historicismo²⁴ también ha sido caracterizada por su interés en hacer de la labor histórica una disciplina científica. Esto ha propiciado la asociación entre historicismo y el fenómeno denominado científización de las humanidades, cuyo escenario fueron las escuelas y universidades, y que se convirtió en el resultado histórico de lo que en un principio no era más que la organización, a nivel institucional y meramente práctico, de las disciplinas humanas, incluida la historia.

En este punto es importante hacer ciertas aclaraciones. Es cierto que Ranke pretendió un estatus científico para la práctica histórica, y su manejo de la

²² *Ibid.*, p.18.

²³ *Ibid.*, pp. 18-19

²⁴ Se habla aquí del historicismo de la escuela histórica alemana que en Estados Unidos suele denominarse *historism* para distinguirlo del *historicism* o historicismo filosófico, siguiendo la distinción de los vocablos alemanes *historicismus* e *historismus*.

metodología en la reconstrucción histórica fue concebido como un triunfo en la obtención de ese fin. No obstante, en estricto sentido, la profesionalización y la cientifización de la historiografía son fenómenos diferentes, a pesar haberse generado en forma sucesiva. La época en la que predominó la profesionalización (segunda mitad del siglo XIX y en algunos lugares principios del XX) tuvo a Ranke como paradigma, pero el desarrollo de la historiografía hacia mediados del siglo XX puso en tela de juicio el carácter científico de la obra de Ranke. Si bien es posible considerar el trabajo de Ranke como un hito en la profesionalización de la historia, y en ese sentido es posible considerarlo como un antecedente de su posterior cientifización (que Stone identifica como parcelización del conocimiento), ésta habría de manifestarse a partir del surgimiento de las ciencias sociales.²⁵ Con ellas, la forma de interpretar los fenómenos humanos y, en consecuencia, la manera en que debían ser expresados, cambiaron radicalmente.²⁶

Ya entrado el siglo XX, el desarrollo y transformación de las llamadas ciencias auxiliares de la historia condujo al menosprecio de historia política narrativa, que no tardó en ser desdeñada por el mismo fenómeno que antes la había encumbrado. El consenso sobre el contenido adecuado de la historia, que sin duda había motivado el desarrollo de la profesionalización, no tardó en manifestar su fragilidad ante la inserción, con las ciencias sociales, de nuevos sujetos históricos y, desde luego, de nuevos valores epistemológicos que instauraron formas distintas de entender la objetividad y la verdad en el conocimiento de lo humano.

²⁵ Stone, *op. cit.*, pp.23-24

²⁶ Véase también la revisión que hace Georg Iggers del proceso de academización de la historia y su relación directa con el historicismo alemán en *The German Conception...., op. cit.*, pp.23-28

Lo dicho hasta aquí explica, en parte, el giro de 180 grados que dieron las interpretaciones sobre la historiografía rankeana, volviéndose en contra de aquél que en un principio se apuntalaba como el más imparcial y representativo de los historiadores de la época dorada.²⁷ Ante la rigurosidad de los científicos sociales, Ranke era punto menos que puros artificios estilísticos e investigaciones sin verdadero sustento. Doblando la segunda mitad del siglo XX encontramos que, en algunos ámbitos, las referencias a Ranke están relacionadas con el rechazo que llegó a despertar desde todos los frentes de la historiografía de vanguardia (la de corte cultural, la empirista-estadista, la filosófica, la social, etc.). En este sentido, con algunas salvedades de no poca importancia, una comprensión más integral de sus postulados históricos, que lo vinculara realmente con nuevas perspectivas historiográficas, tendría que esperar un poco.

En las páginas anteriores he hablado de la figura de Ranke como representante de una de las formas más acabadas de la historiografía política de su tiempo, así como de su fama en relación con la metodología histórica. Ambas cuestiones son la base de una concepción de la obra de Ranke que la define como el modelo por excelencia de la historiografía profesional y como el ejemplo de una actitud científica frente al conocimiento histórico.²⁸ Si bien no es ésta el tipo

²⁷ Stone señala un cambio radical en la profesión histórica a partir de los años treinta, reflejado en el debate entre los "nuevos" y los "viejos" historiadores. Estos últimos se habían convertido en una elite poderosa que caracterizada principalmente por su tendencia hacia las ciencias sociales. La polémica se llevó a cabo principalmente en suelo francés y está marcada por la aparición de la revista histórica *Annales d'Historie: Économique et Sociale*, no obstante la discusión llegó hasta Inglaterra y Estados Unidos, "que eran los dos centro principales de erudición histórica de la época". Stone, *op. cit.*, pp.24-25. Sobre la alternativa al paradigma rankeano véanse también: Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1990, 141 p., pp. 15-16, y en particular "La crisis del historicismo clásico" en Georg Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX...*, pp. 33-38.

²⁸ Véase: Peter Novick, *op. cit.* Sin duda este estudio explica con mucha claridad la interpretación que se hizo de Ranke en diversos círculos académicos, ajenos a la tradición histórica alemana, en donde el objetivo principal respecto a la disciplina se refería a su posibilidad de adquirir carácter científico. Si bien la obra de

de interpretación que se ha seguido en el presente estudio, es importante tomarla en cuenta para entender sus diferencias con las posturas tanto de Meinecke como de Croce.²⁹ En el caso del primero la figura de Ranke adquiere también un carácter modélico. Sin embargo, el modo en que Meinecke valora el legado metodológico de la obra de Ranke así como su importancia en tanto que visión de la historia, conduce a conclusiones sumamente distintas.

La interpretación de Meinecke dista mucho de la perspectiva que hemos descrito, sobre todo porque no busca justificar la importancia de Ranke en tanto que metodología histórica, sino como la síntesis de una nueva visión de lo histórico, y cabe mencionar que este tipo de interpretación, por lo menos en nuestro contexto, ha sido menos difundida.³⁰ No obstante, constituye una línea

Novick se limita al desarrollo de la historiografía en Estados Unidos, bien puede servir de eje para entender las interpretaciones que se hicieron de Ranke en otras latitudes, en relación con la historiografía crítica en tanto que metodología rigurosa, y que se distancian bastante de los temas de discusión en la Alemania del siglo XIX. Al respecto, también puede revisarse la compilación de ensayos hecha por Hugh Trevor-Roper: *Critical and historical essays. Thomas Babington, Lord Maculay*, selected and introduced by Hugh Trevor-Roper, New York, McGraw-Hill Book Company, 1965, 312p. En esta compilación el capítulo de Lord Maculay dedicado a Ranke habla mucho de este tipo peculiar de interpretación en donde se enfatiza el carácter riguroso de la historiografía rankeana.

²⁹ He omitido los comentarios de Croce sobre Ranke a pesar de ser, junto con Meinecke, una de las más ilustres "desviaciones" de la interpretación más difundida de la historiografía rankeana, en virtud de que al primero está dedicado el segundo capítulo de esta tesis. De hecho, es la comparación entre las versiones de Croce y Meinecke lo que aquí interesa, y que se desarrollará más adelante.

³⁰ Una notoria excepción son los trabajos de Guillermo Zermeño respecto a la profesionalización de la historiografía y de los cuales se hará mención más detallada en el capítulo tercero de esta tesis. En relación con la postura de Meinecke véase Iggers, *The German Conception...*, *op. cit.*, En muchos sentidos este trabajo es una continuación de la interpretación de Meinecke respecto del historicismo, entendido como un fenómeno intelectual propiamente alemán. Su revisión ha sido vital para aclarar el panorama general sobre las interpretaciones de Ranke y para completar lo expuesto en *El historicismo y su génesis*. En particular, interesa de Iggers su explicación sobre la recepción que hace de Ranke la escuela histórica norteamericana de finales del siglo XIX que, influenciada por el positivismo de Comte y Buckle, resumió el carácter científico de la historia en la ideas de objetividad y de libertad de ataduras filosóficas, y que vio en Ranke al "padre de la historia científica": "Two misconceptions have marked the image of Ranke held by American historians, since history in the 1880's became an academic discipline on purportedly Rankean principles. Ranke has been viewed as the prototype of the nontheoretical and, for many, the politically neutral historian. When his conservative prejudices have been recognized, he has nevertheless been given credit for the fact that these prejudices were not reflected in his historical narrative."(p.63). Al respecto también véase Hughes, *op. cit.*, pp.189-191

fundamental de los estudios sobre Ranke y el historicismo, veamos pues, cuáles son sus principales presupuestos.

Empezaré recordando al lector aquellas famosas y contundentes frases en las que Ranke definía la posición del historiador en términos de un observador desinteresado, abocado al estudio de los hechos históricos en sí mismos y que, en consecuencia, debía mantenerse al margen de intereses tanto emocionales como ideológicos en relación con el periodo que estudiaba. Tales aseveraciones, aparentemente tan claras y unívocas en su significado, si se miran dentro del contexto exclusivo del pensamiento y obra de Ranke, conservan más oscuridad que luz respecto a la forma en que éste entendió la naturaleza de lo histórico. Tienen sentido si se toman en cuenta exclusivamente las afirmaciones de Ranke sobre la objetividad, mas contrastan sensiblemente con otros postulados en relación a la naturaleza de lo histórico, a su sentido, a su relación con lo divino, etc. Esta oscuridad se clarifica un tanto, aunque sin lograr disiparse del todo, en la serie de fragmentos extraídos de los textos de Ranke, recopilados por Fritz Wagner en su libro *La ciencia de la historia* y retomados en nuestro contexto por Juan A. Ortega y Medina. Aquí se revelan algunos de los componentes religiosos, y hasta místicos, del pensamiento de Ranke, que convierten su interpretación de lo histórico en algo un tanto más complejo de lo que, en otros círculos académicos, bajo circunstancias distintas, se quiso ver.³¹

³¹Con mayor rigor habríamos de identificar estos elementos del pensamiento de Ranke con el carácter romántico de su historiografía, mismo que comporta la idea de la sacralización del pasado. Bajo esta perspectiva, cualquier acontecimiento del pasado es relevante en sí mismo por constituir una manifestación de lo divino, por ser, en suma, parte constitutiva de un todo de significación mayor. El problema de la historiografía romántica era su falta de certeza, de apego a la realidad fáctica, en ese sentido, Ranke purifica, para la disciplina, la idea romántica de lo histórico, resumida en ese amor por lo pasado en sí mismo, haciendo de éste un objeto de la contemplación desinteresada. El problema de la identificación de este tipo de

No obstante, si bien la publicación de los fragmentos mencionados tiene la ventaja de dar a conocer una faceta parcialmente oculta de Ranke, retomando algunas de sus más sugerentes y escasas reflexiones en torno a la filosofía y a la teoría de la historia, no resulta igualmente útil en el esfuerzo de vincular el tipo de historiografía que produjo con tan interesantes deliberaciones. De lo anterior no hay que culpar a Wagner, a quien seguramente las inclinaciones filosóficas y religiosas de Ranke no sorprendieron ni molestaron tanto como a Ortega y Medina,³² razón por lo cual se contenta simplemente con presentarlas. Tampoco es posible atribuirle a Ranke toda la culpa, pues el hecho de que esos asuntos no sean tan explícitos en su obra historiográfica, o tan recurrentes como a veces se quiere, era algo que más que un defecto debió de haberle parecido una virtud.

Ante la ambigüedad que a veces provoca el estudio del pensamiento rankeano, *El historicismo y su génesis* resulta una obra increíblemente útil. Este libro ofrece una explicación más completa de la serie de elementos que, a primera vista, no parecen tener correspondencia en la historiografía de Ranke, o resultan problemáticos al confrontarlos con sus pocas afirmaciones respecto de la naturaleza del conocimiento histórico. Esto se debe a que, en términos generales, lo que hace Meinecke es explicar la obra de Ranke como un componente, entre

concepción del objeto histórico, y de su abordaje, con concepciones más bien positivistas puede encontrarse en Hughes, *op. cit.*, p. 189. Allí se explican las nuevas condiciones intelectuales en la Alemania de 1880 y el avance del positivismo, si no como escuela, sí como una mentalidad que concebía la posibilidad, dentro de las ciencias humanas, de adquirir conocimiento certero y verdadero, de tal forma que los alumnos de Ranke, y algunos de los sucesores de dichos alumnos, mantuvieron viva sólo una parte de la herencia de éste, marginando los aspectos "espirituales" de su pensamiento y dejando su metodología desligada de sus bases más profundas.

³² Ortega y Medina fue el primer historiador mexicano en tomar en cuenta "las raíces teóricas, religiosas, filosóficas y metodológicas que conformaron la idea y el método de la historia de Ranke". Por ese camino, confirmó la importancia del factor religioso en la visión histórica de Ranke y lo refirió, no sin cierta ironía, al hecho de que la tradición filosófica alemana, que precede a Ranke y de la cual es deudor, no pudo "desembarazarse del peso de su tradición agustino-luterana y [fue], casi sin excepción, recorriendo el viacrucis de las sucesivas recaídas teológicas". Ortega, *op. cit.*, pp. 7 y 13.

otros, de una tradición que había ido transformando su visión sobre el pasado. De este modo, aquello que no parece tener sentido dentro del pensamiento rankeano, lo adquiere al analizarse a la luz de la tradición a la que pertenece, y permite exhibir la relación entre los mecanismos discursivos, y en última instancia literarios de Ranke, con presupuestos filosóficos que se encontraban implícitos en su historiografía, gracias a la influencia que otros pensadores tuvieron sobre ella.

En suma, la amplia gama de tendencias intelectuales que constituyen el libro de Meinecke evidencia elementos que han sido olvidados por otros autores, como por ejemplo el hecho de que en la tradición del pensamiento alemán lo religioso no se encontraba en modo alguno desligado de las reflexiones sobre el sentido de la vida y la historia en general, ni de las formulaciones filosóficas que podían hacerse al respecto y, en consecuencia, no podía tener en la historiografía su excepción. El tratamiento simultáneo de asuntos de diversa índole, todos ellos especialmente significativos en la elucidación del sentido de lo humano, ha sido una de las características fundamentales de la tradición alemana hasta el siglo XIX. Visto desde una perspectiva más bien panorámica, y pese a su alto grado de academicismo, el pensamiento alemán no se inclinó por la separación tajante entre las disciplinas humanas de la forma en que sí se llevó a cabo en otras latitudes. Así, el sesgo religioso de la historiografía de Ranke, sus planteamientos en el terreno de la estética, de la teoría y en el de la filosofía de la historia, adquieren mucho mayor sentido, pues para empezar, aparecen como tales.³³

³³ Sobre el enfoque peculiar que ha tenido la academia alemana respecto del análisis historiográfico o de la historia de la filosofía y de las ideas se pueden dar muchos más ejemplos. El de Meinecke es, por obvias razones, el que quiero destacar en esta ocasión y, en segundo lugar, el de Georg Iggers, ya mencionado. Otros trabajos en donde podemos observar diferencias importantes entre los intereses de la teoría y filosofía de la

Para ejemplificar lo anterior, quisiera destacar una de las ideas más recurrentes en la historiografía de Ranke que, si bien no fue definida por él mismo, es fundamental para comprender su noción del movimiento histórico.³⁴ Me refiero a la reflexión que hizo Herder sobre la evolución en sentido histórico, que sustentó en el llamado principio "genético". Esto significa que el movimiento de la historia es visto como un proceso que, a cada paso, se remonta a su origen, a la semilla de la vida individual e interior de cada creación histórica. En consecuencia, al no existir un solo desarrollo homogéneo, este concepto carece de la linealidad del esquema hegeliano y nos recuerda más a Ranke, a su forma de organizar el movimiento de la historia en círculos concéntricos sin *telos* aparente, o más bien siempre transitorio.

La materialización de ese principio podemos observarla en la introducción de su *Historia de los Papas en la época moderna*. Ahí, Ranke habla del nacimiento de una vida nueva a partir de la unión entre pueblos y estados dispersos a lo largo de la antigüedad, unión que se logra mediante su asimilación por parte del Imperio Romano. Gracias a esta fusión alcanzada en el terreno de lo político, dice Ranke, "el género humano empezó a darse cuenta de su unidad".³⁵ Sin embargo, a esta primera conciliación, alcanzada mediante el choque de fuerzas políticas (reales) y espirituales, hubo de seguir otra de mayor envergadura con la cual se reafirma la alianza entre lo real y lo espiritual. Este suceso no es otro que el nacimiento de

historia, en relación con otras academias son los artículos de Günther Pflug (1954), Paul Sakmann (1906) y Rudolf Unger (1923) reimpresos en *History and Theory*, Vol. X, No. 4, 1971, como número especial bajo el título "Enlightenment Historiography: Three German Studies".

³⁴ Para la revisión puntual de esta cuestión véase Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, versión española de José Mingarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 524p., pp.319-324.

³⁵ Leopold von Ranke, *Historia de los papas en la época moderna*, traducción de Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 790p., p.16.

Jesucristo, evento por demás significativo en virtud de que para más de un alemán ha resuelto el significado y el sentido de lo humano *en* la historia, y no fuera de ella. Ranke, una vez más, no es la excepción, pero una de las pocas diferencias que tiene, por ejemplo con Hegel, radica en el hecho de que su dialéctica no se resolvió, como he mencionado, en forma lineal, debido a que era la noción herderiana de evolución la que la fundamentó íntegramente. Esto se revela en el hecho de Ranke siempre asocia los fenómenos de disolución y conformación con la vuelta a una condición primigenia, pero es preciso enfatizar: la vuelta es a una condición, a un estado de organización de las cosas, no a un contenido específico. El espíritu no se va llenando, en el caso de Ranke, de contenidos que adquiere mediante el relevo de otros en su superación, la lucha es interminable; la edad o la época que sigue a otra puede no guardar relación evidente, o *racional*, con la anterior, es más, la revelación de que existe una esfera superior, de significación más amplia, radica en el hecho de que se desconocen racionalmente sus causas, son estas, en suma, susceptibles sólo de ser re-presentadas.³⁶

Ahora bien, exhibir las ideas herderianas en torno a la naturaleza de lo humano y el tiempo, como correlatos de la historiografía rankeana, es sólo una de muchas posibilidades que existen para descubrir y hacer explícitos sus presupuestos más relevantes. La explotación de todas esas posibilidades tiene un

³⁶Esta explicación está en deuda con el análisis de Hans Georg Gadamer sobre Ranke y del cual añado aquí un fragmento: "la ventaja de esta respuesta es que con su ideal humanístico no piensa ningún contenido concreto sino que le subyace la idea formal de la máxima multiplicidad. Un ideal de esta clase es genuinamente universal". La forma múltiple de los estados-nación es la naturaleza intrínseca de la idea de Nación como un todo y como un *telos*, en donde lo efímero, lo terreno, reflejan "el misterio de la inagotable productividad de la vida histórica". Gadamer, *op. cit.* p. 258. La gran ventaja que he visto en la corta pero reveladora sección que Gadamer dedica a Ranke en este libro es que aclara muchas confusiones en torno a la figura del último, en particular la relación de Ranke con el idealismo y la definición de su postura filosófico-teológica.

lugar fundamental, como he dicho, en la obra de Meinecke. Lo anterior no quiere decir que otros autores no hayan emprendido también la tarea de desentrañar de la historiografía rankeana los aspectos teóricos que su autor se había encargado de ocultar. Sin embargo, la superioridad de la interpretación de Meinecke, o por lo menos su ventaja, radica en el hecho de que la mantiene dentro de los límites del "gran movimiento alemán", pues es sólo ahí en donde Ranke puede adquirir su pleno sentido.

Con lo que hemos revisado hasta aquí se puede observar una clara distancia entre la forma en que autores como Meinecke entienden la figura de Ranke, y en general a la tradición alemana, y aquellas interpretaciones que hacen de este historiador el representante de una concepción pretendidamente universal de la historia profesional, así como de una serie de valores que determinan la posición del historiador frente a su objeto de estudio. La diferencia específica radica en el punto de partida que cada vertiente utiliza para explicar la importancia de la historiografía de Ranke. Si el centro de la discusión lo ocupa su legado metodológico, en relación con la profesionalización de la historia, un cúmulo de elementos, hasta cierto punto ajenos al pensamiento del propio Ranke, tendrán que hacer su aparición; puesto que Ranke no fue el único en defender la objetividad y la imparcialidad históricas, que a pesar de ser cuestiones fundamentales para toda tradición historiográfica del siglo XIX, fueron adaptadas a condiciones particulares. En ese sentido el tipo de explicación que Meinecke da al

fenómeno rankeano, lejos de internacionalizarlo, lo vincula más estrechamente con el desarrollo del pensamiento alemán, de suyo peculiar.³⁷

Ahora bien, no pretendo desestimar totalmente la relación que existe entre Ranke y las pretensiones científicas de la historia pues, sin duda, hay razones de peso para justificar ese vínculo. Sin embargo, con lo que hemos visto hasta aquí queda claro que tal afirmación no deja de generar ciertas confusiones cuando se trata de definir, en primer término, la naturaleza de la historiografía rankeana, independientemente de su impacto en los estudios históricos a nivel internacional. Lo interesante aquí es que la presentación general de las perspectivas expuestas evidencia el carácter problemático del modelo rankeano, en tanto que tradición historiográfica. Si el lector toma en cuenta las distintas formas en que ha sido interpretada la obra de Ranke podrá entender el rechazo del que fue objeto, hacia la primera mitad del siglo XX, desde diferentes ángulos de la reflexión histórica.

Si valoramos el legado de Ranke en términos generales, podemos decir que con el paso del tiempo su estilo historiográfico perdió vigencia en varios sentidos. En términos epistemológicos se fue desestimando la posibilidad del historiador de acceder a la verdad desnuda de los hechos históricos. Por otro lado, la diversificación en el tipo de fuentes utilizadas en la labor histórica dejó atrás su modelo metodológico, lo cual se vio acompañado de un cambio radical en el estilo en que los historiadores recrean el pasado. La narración fue sustituida, en la mayoría de los casos, por una descripción de carácter más analítico, o bien, cuando no fue así, por ejemplo en la historiografía francesa, particularmente la de *Annales*, el relato se sustentó en un tipo de investigación muy alejada de aquella

³⁷ *Vid. supra*, n.27

que llevaban a cabo los historiadores alemanes de finales del XIX. En este contexto, cabe preguntarse, una vez más, si Ranke merece tener el lugar de paradigma en los estudios históricos. Si buscamos una respuesta más profunda a esa cuestión es preciso remitirse al valor de la historiografía rankeana, en términos que superen las cuestiones relativas a la profesionalización y las técnicas historiográficas. En ese sentido, la guía está en la capacidad de Ranke para crear una visión del pasado que ha sido denominada como historicismo, y a la que es preciso comprender también como un tipo de filosofía de la historia.

La idea de Ranke en *El historicismo y su génesis*

El historicismo y su génesis (1936) es, como se sabe, la obra más importante y por decir así "completa" de Meinecke, en el sentido de que representa su idea o su visión integral de la historia, como proceso y como disciplina. Con esto en mente, he decidido hacer de su análisis la base de este capítulo, mas sin olvidar que la amplitud de sus contenidos y la vastísima producción del historiador alemán obligan a delimitar aún más los puntos a discutir, así como a tomar en cuenta diversos textos y artículos que delinear tanto la figura como la historiografía de Meinecke en general.³⁸ Respecto a lo primero he centrado la discusión en la importancia que tiene la figura de Ranke en el texto de Meinecke.

Ahora bien, tomando en cuenta la caracterización que de Meinecke hace H. S. Hughes en su libro *Consciousness and Society*,³⁹ podríamos visualizarlo como un hombre de temperamento más bien sereno, de actitud conciliadora y comprensiva, antes que polémica o arrogante como fueron la de Ernst Troeltsch o la de Benedetto Croce, respectivamente. Los trabajos de Meinecke manifiestan las preocupaciones de orden filosófico y político de su época al mismo tiempo que conservan el sello inconfundible de la vieja escuela histórica del siglo XIX, constituyendo así una suerte de conciliación entre ambos aspectos. En relación con esto, Meinecke es señalado por Hughes como discípulo y deudor de Leopold von Ranke, antes que de aquellos que de hecho sí fueron sus maestros de aula

³⁸ Véase Iggers, *The German Conception...*, *op. cit.*, en particular el capítulo titulado: "The 'Crisis of Historicism': Ernst Troeltsch and Friedrich Meinecke", pp.174-228; de J.L. Herkless, "Meinecke and the Ranke-Burckhardt Problem", en *History and Theory*, vol. IX, No. 3, 1970, pp.290-321 y de Klaus Epstein su reseña al libro de Richard W. Sterling, *Ethics in a World of Power: The political ideas of Friedrich Meinecke*, en *History and Theory*, vol. II, No. 1, 1962, pp.79-85.

³⁹ H. Stuart Hughes, *Consciousness and society. The reorientation of European social thought 1890-1930*, London, Macgibbon & Kee, 1959, 433p.

(Gustav Droysen y Heinrich von Treitschke), y el que habría de consolidarse como su digno heredero. Todo esto debido a que sus obras fueron realizadas con la intención de hacer prevalecer los principios orgánicos manifiestos en el pensamiento de Ranke—configurados como fuerzas del movimiento histórico—sin caer en las consecuencias ideológicas que se podían derivar de ello como reflejos de una posición conservadora o incluso autoritaria. El escenario histórico de la Alemania de Meinecke, como claramente hace notar Hughes, era distinto al que había vivido Ranke, mas el primero, todavía inmerso en una tradición de pensamiento en donde historia, política y Estado eran elementos indisolubles, tenía que reconocer en su antecesor principios válidos y aun verdaderos de interpretación histórica, a pesar de tener que aplicarles un matiz diferente.⁴⁰

Lo anterior explica que Meinecke, a diferencia de Ranke, si haya dedicado gran parte de su tarea como historiador a justificar la forma en la cual concebía el estudio de la historia y su realización como historiografía. De ello da cuenta *El historicismo y su génesis* que es, en términos generales, un estudio sistemático de la evolución del pensamiento histórico en los siglos XVII y XVIII, en donde el hilo conductor lo constituye la configuración del pensamiento historicista, mismo que es definido, en sus primeras páginas, de la siguiente manera:

Ante todo, historicismo no es más que la aplicación a la vida histórica de los nuevos principios vitales descubiertos por el gran movimiento alemán que va desde Leibniz a la muerte de Goethe. Este movimiento es la prosecución de una tendencia general en los pueblos de Occidente, cuya corona ciñó las sienes del espíritu alemán. Con su *culminación* éste ha llevado a cabo la segunda de sus grandes aportaciones después de la Reforma. Pero, como lo que descubrió fue, en general, nuevos principios vitales, eso significa también que el historicismo es algo más que un método de las ciencias del espíritu.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 232-233.

Mundo y vida parecen otros y revelan yacimientos profundos cuando se está habituado a contemplarlos a través de sus ojos.⁴¹

En suma, el historicismo se nos presenta, a través de Meinecke, como la síntesis de ciertas ideas en torno al hombre y su historia—en principio dispersas en las obras de pensadores como Shaftesbury, Voltaire, Montesquieu, Hume y Möser, entre otros— cuya asimilación a través del tiempo conduce a la configuración de una nueva forma de entender “las fuerzas humanas históricas”, a principios del siglo XIX. Esta nueva comprensión de lo humano consiste, en primer lugar, en la consideración de la vida humana en su particularidad e individualidad en oposición a las consideraciones generalizadoras y totalizadoras cultivadas dentro de la fe iusnaturalista y asimiladas por el racionalismo ilustrado.

Ahora bien, Meinecke circunscribe el origen y evolución del historicismo o, dicho con más precisión, su génesis, al ámbito casi exclusivo de la historiografía, pues si bien retoma las ideas de filósofos como Leibniz, Vico o Hume, da mayor importancia, y por lo tanto extensión, a la realización del historicismo como historiografía en sí misma. Lo anterior se justifica, en gran medida, por el rechazo, que Meinecke comparte con Ranke, a juzgar tanto la historia como la historiografía en términos filosóficos, que sería tanto como volver a las concepciones generalizadoras de antaño. De hecho, las menciones acerca de las aportaciones de la filosofía al historicismo constituyen el esfuerzo del historiador por representar el contexto de la época, en términos de las ideas que le pudieron haber caracterizado como una forma espiritual específica. Pero, en última instancia, la meta de Meinecke consiste en dar cuenta de la realización del historicismo como

⁴¹ Meinecke, *op. cit.*, p.12.

un producto historiográfico específico, cuya *culminación* deviene de un proceso evolutivo a través del tiempo, es decir: *histórico*.

Entre los llamados por Meinecke, "precursores del historicismo", Voltaire ocupa un lugar especial,⁴² en particular por su exposición del proceso histórico como un campo de fuerzas en pugna: la razón y la sinrazón. Si bien esta posición estaba articulada mediante un procedimiento mecanicista, en donde se revela la confianza de Voltaire sobre la superioridad de su tiempo—superioridad de la razón frente a la sinrazón—, abría a la vez la posibilidad de entender la historia como una lucha para los más altos fines y de ese modo apreciar su sentido unitario; comprender, al menos parcialmente, su carácter universal.⁴³

Ahora bien, Voltaire concibe como motor de esta historia universal a la razón de Estado. Esa doctrina, apunta Meinecke, es la aportación fundamental de la época, y aunque en ella la vida del Estado fue concebida en términos personalistas, el hombre ilustrado fue lo suficientemente hábil como para notar, al menos de reojo, que aquello que determinaba al personaje que conducía la obra del Estado no era más que la razón imponiendo las condiciones de su conservación.⁴⁴ Así, estas consideraciones, unidas al interés por lo histórico en su

⁴² A pesar del arraigo del pensamiento de Voltaire en la concepción iusnaturalista y estática de la historia, Meinecke le concede un lugar especial pues piensa que su obra es la condición de posibilidad del primer historicismo: "Cuanto el movimiento de la Ilustración podía aportar a la Historia, culmina por primera vez en Voltaire. El valor científico de las aportaciones de Hume, Roberston y Gibbon puede considerarse, acaso, en muchos de sus aspectos como superior a la de Voltaire. Pero nadie tan visible ni tan poderosamente eficaz como Voltaire en el seno de la evolución total del pensamiento histórico. [...] La ilustración retrocedía; rompía el día el historicismo. Pero en la concepción herderiana de la Historia, por muy rudamente que en muchos de sus aspectos se desviara de la Ilustración, siguen operando incitaciones volterianas." *Ibid.*, pp. 71-72.

⁴³ *Ibid.*, pp. 78-79

⁴⁴ Esta doctrina significó para los historiadores "una advertencia en su investigación de los motivos del obrar del estado, para que no los buscaran de naturaleza personal, ya morales o inmorales, sin que tuvieran en cuenta aquellos que se desprendían de la necesidad objetiva de la conservación del estado. El historicismo, a

particularidad, proporcionaron la noción de fuerza que el historicismo, a partir de Ranke, estaría en condiciones de asimilar en toda su plenitud mediante la aplicación de una perspectiva orgánica y no mecánica.

Así fue como la primera parte de la labor de comprensión histórica, que Herder definiría más tarde como el reconocimiento de lo universal en lo individual, irrumpió en el pensamiento occidental como forma historiográfica concreta. Mediante la concepción de un mecanismo histórico que trasladaba el significado de los eventos concretos hacia una razón o sentido que los rebasaba en el tiempo es que "se ganó la universalidad y un sentido total de la vida histórica". Sin embargo, este sentido de la totalidad se encontraba sin su contraparte esencial: su "imponderable individualidad, manifiesta tanto en lo grande como en lo pequeño".⁴⁵

Resumiendo, tenemos que la historiografía de la Ilustración encuentra una salida alternativa a la noción tradicional de la historia pero tiene a su vez esta limitante: la concepción de lo irracional, relacionado con lo particular, con lo aleatorio, se encontraba sólo enunciado, y además, relegado al ámbito del mero sinsentido como consecuencia de la perspectiva mecanicista. Sin embargo, Meinecke insiste en que la mera idea de lo irracional se había ganado ya un lugar dentro la historia de forma tan irrevocable que, en adelante, no podría ser obviada.

A Voltaire, y en general a la aportación de todo el pensamiento ilustrado, habría de seguir la de Möser, con quien iniciaría propiamente el historicismo alemán. A este autor se le atribuye la primera victoria efectiva sobre lo irracional,

partir de Ranke, ha podido incorporar esta doctrina, fácilmente, en la concepción, por él lograda, de las grandes formaciones históricas objetivas, que abarcan y condicionan lo particular". *Ibid.*, p.103.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 105.

que tendría por argumento el reconocimiento pleno de lo individual mediante la simpatía, mejor dicho, el amor desinteresado por lo diferente, por lo peculiar. Pero la explicación de esos hechos particulares—aquí radica la importancia de Möser—se haría mediante el uso riguroso del método filológico. La obra de Möser se convierte así en la primera versión de historiografía crítica como la conocemos, el primer antecedente, propiamente dicho, de la historiografía rankeana.

Ahora bien, es importante destacar que esta recuperación de fenómenos históricos específicos no tendría mayor relevancia si no se encontrara impregnada, como de hecho lo estuvo, tanto de las ideas de Hume, como de las de Voltaire y Montesquieu, y finalmente condensada en el trabajo de Möser que es justamente la primera síntesis entre la herencia ilustrada de lo universal, con el sentimiento por lo individual y peculiar, nacido en tierras alemanas.⁴⁶

En este momento, nos da la impresión, *El historicismo y su génesis* podría tener su conclusión, dada la estructura que se ha ido manejando: la progresiva asimilación hasta su síntesis final. Pero la de Möser no es más que una victoria parcial, lo equivalente al éxito en una batalla dentro de una guerra que abarca más de un siglo. Es verdad, empero, que la batalla era por demás significativa, pues se había logrado ya la percepción y unión de los dos argumentos que constituyen el

⁴⁶ "Por diferente que haya sido la aportación de Voltaire, de Montesquieu y de Hume al pensamiento histórico general, tuvo de común esta afirmación: que el poder efectivo de lo irracional en la historia es enorme. Voltaire la había hecho entre lámentaciones y suspiros. Montesquieu y Hume con sereno reconocimiento y plena comprensión de la mezcla de fuerzas racionales e irracionales que se pone en evidencia por doquier. Pero a ninguno de ellos se le ocurrió que esta mezcla pudiera ser concebida, no de un modo mecánico, sino mediante procesos de la vida individual. Interés por la diversidad individual que se manifiesta ostensiblemente en la vida histórica, lo tienen todos en un alto grado [...] Pero ninguno de ellos pudo sentir plenamente el valor peculiar de lo individual. [...] Todo estriba en la superación del duro mecánico dualismo entre razón y entendimiento, por una parte, y, de los impulsos, inclinaciones y pasiones por otra, y en comprender la interna unidad y totalidad del hombre." *Ibid.*, p. 261. Representar la totalidad de forma crítica, como preliminar, fue la tarea de Möser.

saber histórico: lo universal y lo particular. Pero la esencia de su relación quedaba aún en suspenso.

Si se recuerda ahora el fragmento citado de Meinecke con el cual inicié esta explicación,⁴⁷ se podrá ver con mayor claridad que lo que ahí permanece como anticipación: "la culminación de un movimiento que es la prosecución de una tendencia general en los pueblos de Occidente", lleva el nombre de Ranke en tanto que *culminación* del historicismo. Su historiografía es, de hecho, la unión plena entre universal y particular y es en este sentido que la labor historiográfica no tiene, después de Ranke, más que hacer que adaptar a ese esquema los materiales que una nueva condición histórica, siempre cambiante, nos proporcione. Sin embargo, el lector también recordará que en esta misma cita, Meinecke habla del historicismo en términos de "algo más" que un método de las ciencias del espíritu, y se preguntará en qué consiste entonces el seguimiento de Ranke como modelo o paradigma del conocimiento histórico. Es en este punto donde la significación de Herder y Goethe se manifiesta claramente pues son ellos los que brindan ese "algo más" a la labor historiográfica.

El primero en llegar a escena es Herder, quien con su enorme capacidad receptiva pudo dar al pensamiento ilustrado su verdadero cauce. Lo único que lo limitaba, dice Meinecke, "era que carecía de verdadera fuerza plástica" pues no tenía aquella sensibilidad que le permitiera "ver la imagen de la vida y de la historia en su íntegra y concreta precisión, en su desnuda realidad natural-espiritual".⁴⁸ En consecuencia, su tarea estaría limitada, en esta historia de lo

⁴⁷ *Vid supra*, n. 35

⁴⁸ *Ibid.*, p. 306.

predestinado que es el libro de Meinecke, a reformular la idea de lo universal a partir de lo aportado por la Ilustración. En esta última se había alcanzado la noción de que hay algo, dentro del gran cauce de la historia, que permanece a través del tiempo y los fenómenos individuales. Con esto de fondo, Herder habría de construir su idea de evolución, misma que tuvo como fundamento las elucubraciones que dicho autor hiciera en torno a "la profundidad anímica de la vida humana", es decir, al fondo del cual brota toda idea y todo hecho particular. Su perspectiva fue siempre la de lo interior, subjetivo y por lo tanto sensible e irracional del ser humano. De ahí, dice Meinecke, la inclinación de Herder por lo primigenio, orientación que le daría la posibilidad de plantear una evolución genética y de identificar así la vida del hombre con la vida del género humano, que aun siendo siempre la misma es inimitable en cada una de sus fases.⁴⁹

Ahora bien, la grandeza del pensamiento de Herder radica en el hecho de que permite borrar la frontera entre lo objetivo y lo subjetivo. Justamente lo que le hacía falta a la concepción ilustrada de la historia era la apreciación de lo subjetivo en términos positivos, como elemento intrínseco al movimiento general de la historia. En resumen, y para decirlo con Meinecke, la aportación de Herder "es el haber puesto de manifiesto la individualidad de las grandes potencias colectivas, los espíritus del pueblo y de la época, canalizada en el proceso general de la historia, considerado, igualmente, en su individualidad".⁵⁰

Sin embargo, como el lector habrá anticipado ya, lo alcanzado por Herder obedece, todavía, sólo a uno de los niveles integrantes de la verdadera

⁴⁹ El nacimiento de la idea de evolución en Herder, su relación con el movimiento Ilustrado véase: *Ibid.*, pp.322-325

⁵⁰ *Ibid.*, p. 344

comprensión histórica como la entiende Meinecke. La imposibilidad de Herder para identificar lo concreto en la historia, y no solamente lo individual, como resultado de su excesiva capacidad receptiva pero nula capacidad creadora en sentido artístico, propició en él un rechazo casi automático hacia las circunstancias políticas que, sin la ayuda de su ancla teológica, se le aparecían incomprensiblemente trágicas incluso después de haber descubierto que era la tragedia el modo de la historia en general. Faltaba pues, la noción completa de lo individual-universal.

Aquí termina entonces la aportación de Herder, queda claro que él no puede ir más allá, es entonces el turno de Goethe, y para adentrarnos en ese punto me gustaría empezar con esta declaración: "Se ha dicho que Goethe veía en el mundo y que Herder oía en el mundo".⁵¹ Nada más adecuado para hablar de las características que los hicieron grandes y de las cuales Meinecke se sirve para lograr su propio objetivo. Porque lo que en Herder podría verse como limitante se convierte en una ventaja a la hora de unirlo con la particular inteligencia de Goethe, tan distinta en un sentido, pero tan complementaria en el curso general de los acontecimientos.

A Goethe le estaba concedido el don de ver la forma, más aun, de sentirla de tal modo que superaba, a decir de Meinecke, el mero acto de la contemplación en el afán por acercarse a ella lo más posible. Sobra decir que semejante poder de intuición se refleja, en el artista creador, en el amor por lo concreto en sí mismo. Son justamente ese amor por lo concreto y la capacidad de recrearlo, las grandes aportaciones de Goethe a la comprensión de lo histórico; porque si bien

⁵¹ *Ibid.*, p. 381

en su pensamiento no se encuentra tan presente la idea de la historia como tal, dentro de los tres grandes temas que lo ocuparon: naturaleza arte y vida, la primera se halla incluida. Veamos esto con un poco más de detalle.

Fue justamente la obsesión de Goethe con la realidad concreta (sinónimo de historia para Meinecke) lo que lo llevó a rebelarse en contra de la fe en una dirección divina de la historia, y a través de su defensa de la soberanía del individuo heredó la noción del todo como algo inconcebible. Su fe en el sentido total de las cosas quedó relegada a eso, a una creencia, "la tiránica rebeldía dejó sitio a la fe vislumbrante y a la idea del ulterior Prometeo de poder 'ver lo iluminado, pero no la luz'".⁵²

Sin embargo, para Meinecke, esta rebeldía fue más bien un arrebató del joven Goethe, "su yo del *Sturm und Drang*" reaccionando frente a la idea de un todo opresor, siendo que en realidad la idea del destino fue algo de lo que no pudo escapar. De ahí su necesidad de realzar la imagen del individuo de tal forma que lo que Goethe encontraba "en el pasado era un elemento humano puro y supratemporal",⁵³ un individuo al que, como hizo también la Ilustración, le aplicaba su aspiración eudemonista. Sin embargo, destaca Meinecke, no debemos encontrar en esta coincidencia igualdad sin más. Por el contrario, el movimiento espiritual seguía más o menos el mismo camino que había conducido a Herder, y ahora a Goethe, a reformular lo planteado por la Ilustración para llegar a su

⁵² *Ibid.*, p.390

⁵³ "El poeta buscó y encontró en el pasado un elemento humano puro y supratemporal, exactamente como los hombres de la Ilustración lo hicieron cuando escudriñaban el pasado. Pero fue enorme la transformación que emprendió con los conceptos y contenidos de este humano intemporal. Pues la idea generalizadora de la humanidad, fue sustituida por la individualizadora del *Sturm und Drang*. [...] Pero la continuidad con la Ilustración se muestra [en] un profundizado eudemonismo que se contenía en la doctrina de la personalidad de Goethe". *Ibid.*, p. 393

superación. La novedad, en esta última etapa del movimiento historicista, consistía en que la revivificación del pasado por parte de Goethe estaba condicionada por una subjetividad tan poderosa, tan artística, que rompía las fronteras entre el pasado y el presente.

Nos encontramos, en el caso de Goethe, ante lo que podríamos describir en términos de revelación artística o religiosa si se quiere. El fenómeno de revivificación y de fusión entre pasado y presente, al que se refiere Meinecke, no implica solamente "compaginar los intereses de la vida con el saber histórico",⁵⁴ no es pues, ese "anudar" el pasado al presente propio de Möser. Lo que impera aquí no se puede definir como voluntad sino más bien como necesidad, impulso de vivir intensamente el pasado en el presente de tal forma que "se eleva", dice Meinecke, "lo momentáneo a la eternidad".⁵⁵

Esta necesidad, genuinamente goethiana, de reconocer lo permanente en lo mudable condujo a entender la existencia de una protoforma y su metamorfosis continuada de un modo más elevado al del mismo Herder. Goethe buscó mediante estas concepciones una ley que regulara la diversidad en la vida, pero no una ley mecánica, sino aquella que evidenciara el interno centro vital, cambiante, presente en todo fenómeno humano. Así, contrapuso a las leyes eternas de la Ilustración, buscadas mediante el entendimiento, su concepción de la superracional infinitud, de la constante y fluyente diversificación de la vida a partir de su arquetipo primigenio.

⁵⁴ *Ibid.*, p.395

⁵⁵ *Ibid.*, p.396

Ahora bien, resulta evidente el hecho de que esta concepción de la evolución a partir de su interiorización imposibilita el conocimiento del ser en términos abstractos, conceptuales. Esto porque la idea del ser en Goethe no es otra que la del ser-naturaleza. En su concepción de unidad de la vida distinguió a la naturaleza como la totalidad y a sus productos individuales como creaciones bellas, susceptibles de ser comprendidas sólo de forma inmediata. Tenemos como resultado una idea de la realidad que integra cabalmente todas las fuerzas del alma y del acontecer y las concibe de una forma tan armónica, tan llena de sentido que incluso supera el mero ámbito de lo histórico subordinándolo a una esfera de mayor jerarquía. La idea de vida aquí supera a la de historia.

Con lo dicho hasta ahora, no resultaría difícil, aparentemente, transformar las concepciones de Goethe en principios de ordenación y comprensión histórica, y ante todo de expresión. Si la historia se propone la búsqueda de la vida en el pasado tiene que hacer uso de estas consideraciones: tomar en cuenta los hechos históricos en su estricta individualidad y, a partir de su observación, definir su esencia, la fuente de su vitalidad y expresar esto de forma tan magistral como lo hiciera el poeta. El problema es que así difícilmente podríamos encontrar diferencia entre literatura e historia, y ese pequeño detalle es algo que a Meinecke preocupa seriamente, pero veamos en qué sentido.

¿Por qué se molesta el autor de *El historicismo y su génesis* en poner a Goethe como el predecesor inmediato de Ranke, antes incluso que el mismo Herder? Algo tiene esto que ver con la distancia o cercanía entre literatura e historia, pero la respuesta es engañosa. Y aquí hay que hacer otra pregunta: ¿Por qué, si Goethe capta con tal profundidad la esencia de lo histórico, se requiere de

una transición más, la que nos lleva a Ranke? A ello habrá que responder, en primer lugar, que justamente lo que no pudo hacer el poeta fue expresar, con la misma fineza, lo acontecido en la realidad (política o social) como si pudo hacerlo con lo acaecido en la Naturaleza y el arte en general. Su obsesión con un tipo de forma bella y plena lo confundió a la hora de enfrentarse con el mundo histórico, lo obligó a ver en él, a momentos, sólo oscuridad y sombra. Dice Meinecke que Goethe encontró placer en la historia sólo cuando pudo reconocer formas acabadas y bellas como las del arte y la cultura. Fue así que sintió más bien rechazo por la esfera política, que parecía desenvolverse con independencia de la cultura y que, ante todo, no conservaba este sentido de lo humano y de lo vital que es en sí el objetivo de cualquier creación cultural.⁵⁶ En resumen, a Goethe le faltó, ante el mundo propiamente histórico, la clave del Estado como regulador de la vida y sobre todo su concepción como unidad dentro del caos de la política. La única "limitante" del poeta, siguiendo el argumento de Meinecke, es que no pudo percibir que el Estado es a la vida política y social lo que la obra de arte es a la cultura en general: su representación más acabada, su motor y también su finalidad.⁵⁷

⁵⁶ *Ibid.*, pp.415-417. En estas páginas se explica el primer rechazo de Goethe hacia los acontecimientos político-históricos, y se hace manifiesta la forma, podríamos decir "indirecta", mediante la cual Meinecke relaciona el pensamiento de Goethe con el surgimiento del historicismo rankeano. En las páginas sucesivas encontramos la "Parte Sistemática" del ensayo de Meinecke, en donde se destacan los elementos del pensamiento de Goethe que se convierten en principios del historicismo. En este sentido, resulta fundamental la sección denominada "Posición negativa frente a la Historia", en donde Meinecke habla de la necesidad de "fijar y separar los motivos y argumentos que pueden percibirse, o de algún modo barruntarse, tras aquellos veredictos" (p. 428) negativos frente a la historia. Se trata de una especie de síntesis final de todos los elementos repasados en el libro con la intención de sacar unas cuantas máximas que relacionen la visión poética de Goethe con la histórica de Ranke.

⁵⁷ "Goethe no pudo ver las épocas de la historia moderna de la misma manera, o sea, cómo grandes formaciones individuales. Le faltó, para ello, la clave de la comprensión política. El material para la formación de grandes unidades históricas se lo hubiera podido suministrar el origen y desarrollo del estado moderno. Pero el tema no lo invitaba." *Ibid.*, p.468.

Sin embargo, según Meinecke, el ulterior historicismo habría de estar siempre en deuda con Goethe. Su idea de la vida, su cosmovisión, la volvemos a encontrar en Ranke o detrás de él; incluso si a primera vista debía a otros elementos su concepción de la historiografía, en Goethe tenía a su más alto predecesor y en última instancia a su justificación más profunda. Máximas goethianas como las de "investigar la vida en sus elementos más simples",⁵⁸ buscar siempre la forma como herramienta para despertar lo vivido son, entre otras, justificaciones del tipo de historiografía que escribió Ranke, pero sobre todo son exigencias, principios. El uso de la narrativa en la descripción de lo histórico al igual que el tema de la política en la historiografía, se convierten, ante esta perspectiva, en algo mucho más importante. En primer lugar, la narrativa de tipo realista, más que un estilo elegante, es el único medio de ordenación de los hechos pretéritos que permite concebir la historia como unidad y como vida al mismo tiempo; en segundo, mediante la traslación de las ideas de arquetipo y metamorfosis de Goethe a la vida política de los Estados-Nación, Ranke encontró la clave que faltaba para materializar el proceso histórico.

Dicho en otras palabras, lo que hace Ranke es "importar" a la historiografía el modo de apreciar la obra de arte por parte de Goethe, pero transforma el objeto, cambia la cultura, como unidad independiente, por el Estado y la vida de las naciones en su particularidad. Ahora bien, por supuesto que Ranke siempre tuvo en cuenta la cultura y la sociedad en general (por lo menos tanto como podía tenerse en cuenta en el siglo XIX), pero sería erróneo decir que no fue el Estado-Nación el eje principal de sus historias. La justificación de ello la podemos

⁵⁸ *Ibid.*, p.422.

encontrar en que vio en esa entidad el motor que regula todo lo concerniente a la historia: sociedad, cultura, arte, economía y política. Su aprehensión por la vida política no es nada más, si atendemos las ideas de Meinecke, una tendencia de elite que considera que son sólo los grandes hombres los que hacen la historia o que las batallas y los tratados son en sí la carne de la historia. De ningún modo, todas esas cosas son importantes por lo que representan para la humanidad en general, por lo que indican acerca de ese "plan" indescifrable que es la historia humana. El hombre de Estado, el líder o el caudillo, lo son porque reflejan los valores de lo ideal en el momento, porque abarcan más de lo que son ellos mismos.⁵⁹

Con esto llegamos al final de la disertación. Tal vez ha sido un trayecto un tanto largo para llegar a una conclusión simple: por medio de la historiografía política el pensamiento rankeano fue capaz de generar ideas que van más allá de una percepción desnuda de las batallas o los hombres de Estado, gracias a la significación que les dio como elementos constitutivos de una visión general de la vida y del pasado.⁶⁰ En este sentido, el estudio de lo político dio al historicismo las

⁵⁹ Atiéndase lo que dice el excelente prólogo de Wenceslao Roces a *Grandes figuras de la historia. Una Antología*, traducción y prólogo de Wenceslao Roces, México, Biografías Ganesa, 1954, 325p.: "Ranké no se cansa de subrayar esta condicionalidad y esta interdependencia entre el héroe histórico y el mundo que le envuelve y ciñe como una atmósfera. 'Los grandes hombres -nos dice, con expresiva frase- no son los creadores de su tiempo, pero tampoco son sus criaturas. Son espíritus originales, que intervienen con fuerza propia en la pugna de las ideas y las fuerzas universales, que condensan y estimulan las más poderosas de ellas, las que cimientan el porvenir, a la par que se ven por ellas movidos y estimulados'. De este modo, el aparente conflicto entre el albedrío humano, la iniciativa y la capacidad de decisión de la personalidad, y la fatalidad o el destino, se resuelve y supera en una unidad superior, como en la tragedia el eterno conflicto entre el destino y la culpabilidad." p. 14

⁶⁰ La relación entre pensamiento político e historicismo es resumida por Iggers de la siguiente forma: "It is undoubtedly true, nevertheless, that historicism received its most radical expression in Germany. This radicalism unquestionably reflected the peculiar role which historicism played in German political thought. For far from representing a purely cultural phenomenon devoid of all political connotations, as Meinecke maintained in the face of his disillusionment with the course of German politics in the 1930's, historicism from the beginning was permeated with political ideas." Iggers, *The German Conception, op. cit.*, p.6.

herramientas para consolidarse por primera vez. La descripción de la dinámica de los Estados a través del tiempo se transformó en el vehículo de principios fundamentales para la reflexión histórica. Fue así como, desde mi punto de vista, se construyó el verdadero paradigma.

La historiografía de Leopold von Ranke *entendida como una forma elevada de literatura* es, con la fuerza que esa frase tiene, lo que creo que se puede concluir del libro de Meinecke. La razón: que es una historiografía que supera a la anterior por dejar de ser servil, poco seria y, sobre todo, poco relevante a la humanidad; supera a la literatura porque habla, aun más que ella, de lo verdaderamente real.

Ahora bien, los lectores que recuerden el apéndice de *El historicismo y su génesis* tal vez tengan algún reparo, siendo que Meinecke utiliza casi esas mismas palabras ("la historiografía como una forma elevada de arte singular") para decir lo que la historiografía de Ranke no es.⁶¹ Sin embargo, y a mi modo de ver afortunadamente, Meinecke nunca triunfa del todo en justificar tal aseveración. La relación entre Goethe y Ranke, que espero haber dejado en claro en estas páginas, es la explicación más acertada, o por lo menos la más aguda, de que el último se haya convertido en un paradigma y con él, la primera idea de lo que el historicismo es. Muchas otras razones se han dado para este fenómeno, muchas, incluso contrarias a lo que he dicho aquí, pero el gusto por Ranke, su fama, y lo que lo hace ahora, y desde hace un siglo ya, el tema de historiadores interesados por la historiografía y por filósofos, lo que lo hace paradigma y no canon es

⁶¹ Meinecke, *op. cit.*; "Pero ha de advertirse que aquí no tenemos ante nosotros un elevado arte singular, sino, ante todo, la más firme voluntad de reflejar científicamente la realidad de la historia con todos los medios de conocimiento de que se pueda disponer", p.499

justamente aquello que Meinecke, olvidando casi del todo el lado científico y técnico, resume de la siguiente manera:

Tal asociación de un respeto trascendente ante la historia y sus transformados, con la penetrante investigación crítico-empírica y con la visión artística de sus procesos, tal unificación de la religiosidad, no simplemente gnosis o especulación, sino verdadera religiosidad, con el realismo, fue plenamente individual e inimitable. Por eso su aportación, que tan alta se elevó sobre todo lo realizado hasta entonces y después, no se puede erigir sencillamente en canon general obligatorio. Ella ha unido también sus características debilidades, que ya indiqué, las más de las veces con sus fuentes de fuerza, con su fe, acaso demasiado radiante, en el soplo divino de la criatura terrena.⁶²

⁶² *Ibid.*, p. 508.

Capítulo II

El historicismo como filosofía para la acción

El tortuoso camino de los historicismos

Al historicismo clásico, *historismus*, dediqué la primera parte de esta tesis. En concreto, a su consagración como paradigma, como modelo a seguir que, más tarde, hubo de figurar en los manuales de historia, llevando a veces a simplificaciones y un tanto al olvido de lo que en principio le dio vida. El adjetivo “clásico” se ha usado para definir el tipo de historicismo del que son representantes tanto Ranke como el propio Meinecke, y que sostiene “una visión del mundo y una concepción de la ciencia que, a diferencia de la creencia hegeliana o marxiana en la existencia de unas leyes o regularidades en la historia, subrayaba los elementos espontáneos e imprevisibles de la libertad y creatividad humanas”. De igual forma, se dice que ese historicismo planteó “una lógica de la investigación y de la comprensión de las interconexiones humanas sustancialmente distinta de la de las ciencias naturales”.¹

De hecho, tanto la valoración de lo histórico en términos de su peculiaridad como la defensa por un conocimiento específicamente humano fueron constantes en las manifestaciones historicistas posteriores al historicismo clásico o de corte rankeano. En este sentido, la obra de Meinecke resulta fundamental como explicación del fenómeno, sin embargo el nacimiento del historicismo y su historia, como se puede constatar en cualquier diccionario de filosofía, no siempre empieza

¹ Georg Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Tendencias actuales*, traducción de Clemens Bieg, Barcelona, Idea Universitaria, 1998, 156p, p. 26.

con Shaftesbury ni termina con Ranke. Escogí la figura del último, y hablar de ella a través de Meinecke, porque, desde mi punto de vista, es cierto que Ranke representa con mucha precisión los valores del paradigma que sustentó el llamado *historismus*, y porque en virtud de ese carácter paradigmático, historicismos posteriores usaron su figura, implícita o explícitamente, para definirse a sí mismos.²

Meinecke nos ofrece, en su magna obra, los argumentos más contundentes sobre la aportación fundamental de la historiografía rankeana, al tiempo que la vincula con una percepción del historicismo como fenómeno unitario, con un desarrollo gradual. Sin embargo, ya que el autor finaliza su reflexión con el legado de Ranke, *El historicismo y su génesis* permite valorar sólo parcialmente, la postura del propio Meinecke y se dificulta, por otro lado, entender la situación del historicismo de su época en relación con el proceso que él mismo ha descrito.³

² En el capítulo anterior hablé de la importancia de Ranke en la consolidación de la historiografía como disciplina académica, su popularidad en este ámbito se encuentra relacionada también con la forma en que autores posteriores definieron el historicismo y su filiación al mismo. Es en este sentido que la figura de Ranke resulta especialmente significativa pues trae consigo la discusión entre el historicismo decimonónico y el del siglo XX, haciendo muy claro el problema de la academización frente al abatimiento de las bases filosóficas y teóricas que la consagraron.

³ Algunos estudios sobre la figura de Meinecke destacan las dificultades a las que se enfrentó en el intento de establecer una continuidad entre el historicismo de sus maestros y el que, ya en su época, empezaba a transformarse radicalmente. El contexto de las guerras mundiales, así como el avance de las posturas tanto relativistas como neopositivistas, pusieron en duda muchas de las concepciones de Meinecke. El ánimo conciliador de este historiador le permitió establecer un diálogo con distintas personalidades de la época, es el caso de Weber, del mismo Troeltsch y por supuesto de Croce, con quien tenía diferencias importantes. Tales polémicas, sin duda generaron cambios en su modo de entender el historicismo. Sin embargo, Meinecke intentó siempre mantenerse fiel a la vieja escuela y, pese a todo, buscó la revitalización de las viejas concepciones historicistas. Véase J. L. Herkless, "Meinecke and the Ranke-Burckhardt Problem", en *History and Theory*, vol. IX, No. 3, 1970, pp.290-321 y H. Stuart Hughes, *Consciousness and society. The reorientation of European social thought 1890-1930*, London, Macgibbon & Kee, 1959, 433p., en particular "Troeltsch, Meinecke, and the crisis in german values" pp. 229-248.

Es tal vez en respuesta a ese vacío que Georg Iggers, tres décadas más tarde, resuelve continuar la tarea.⁴ Sin embargo, al tomar en cuenta que el panorama intelectual se ofrece un tanto más congestionado, el autor decide, responsable e inteligentemente, localizar la tarea en su país de origen. Meinecke de algún modo lo hace, en el sentido de que entiende el historicismo como un movimiento que, en última instancia, se integra cabalmente en suelo alemán. No obstante, pudimos ver cómo dedica la mitad de su libro a autores de otras latitudes, mientras que Iggers opta por un mecanismo más económico que si bien le permite hablar de elementos extranjeros que influenciaron el pensamiento alemán, no le quitan a éste su lugar claramente central. Ambos libros tratan del historicismo, pero en sus títulos se manifiesta claramente el cambio de enfoque. Mientras el de Meinecke tiene una visión universalista, aunque sin negar su tendencia localista, el de Iggers asume esta última íntegramente y deja de hablar de historicismo en general para dedicarse al pensamiento histórico alemán en lo particular. Sin embargo, lo que sí tienen estas obras en común es que ambas lidian con el historicismo como una unidad. En el caso de Iggers nos encontramos con un historicismo que se explica también en términos de un proceso continuado pero que aborda, además, los vínculos entre escuela historiográfica y escuela filosófica (Dilthey, Droysen) o la relación entre idealismo hegeliano e historicismo historiográfico, este último, un aspecto un tanto dejado de lado por otros autores o absolutamente ignorado.

Ahora bien, el objetivo de Iggers, desde mi punto de vista, se cumple, pues logra la unidad que busca utilizando la perspectiva historicista como él la entiende,

⁴ Iggers, *The German Conception...*, *op. cit.*

a manera de hilo conductor. Sin embargo, la unidad paga aquí el precio de la restricción. En relación con esto se puede aventurar que la llamada "crisis del historicismo" y en general la diversificación y transformación radical de esta corriente, son elementos que no permiten al autor extender su concepto de historicismo. Incluso en trabajos posteriores,⁵ cuando Iggers se refiere a dicho *ismo*, lo hace manteniéndolo bien delimitado y distanciado de homónimos suyos de talante vitalista o existencialista. De hecho, hay que decir que con las eminentes salvedades de Meinecke y del propio Iggers, la tendencia, dentro de la literatura sobre el historicismo, es hacia la división más que hacia la unidad. Tanto *El historicismo y su génesis* como *The German Conception of History* son excepciones,⁶ trabajos exhaustivos y panorámicos que buscan explicar el historicismo como una unidad. De estos textos se han servido numerosos autores pero no han sentado ejemplo, en el sentido de que se ha buscado, paralelamente al fenómeno de diversificación del historicismo mismo, una forma distinta de explicarlo. Desde Croce ya no se busca, o no solamente, hacer historias del

⁵ Véase en particular de Georg Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX*, que constituye un breve resumen, aunque actualizado, del texto del mismo autor titulado *New Directions in European Historiography* (1984).

⁶ Excepciones importantes son también las de Ernst Troeltsch *Der Historismus und seine Probleme* y Carlo Antoni, *Lo storicismo*. A ellas no he tenido acceso directo pero es sabido, respecto a la primera, que no supera al texto de Meinecke y que mantiene con él una visión hasta cierto punto compartida. Sobre la segunda hay que decir que tiene un enfoque muy distinto al de *El historicismo...* y *The German Conception...*, por lo cual, pese a ser lectura obligada en el tema y constituir un estudio panorámico, no intenta diluir las diferencias entre uno y otro historicismo. A Iggers y Meinecke debemos una idea del historicismo como movimiento de factura específicamente alemana y son ellos en particular quienes tienen la posibilidad de hablar de él en términos unitarios, pues dejan de lado sus variantes más radicales. En la introducción al libro de Carlo Antoni titulado *From History to Sociology. The Transition in German Historical Thinking*, London, Merlin Press, 1962, Hayden White llama la atención sobre las siguientes publicaciones con el tema del historicismo a las que no tenemos acceso directo pero que son importantes en relación con el tema: Walter Hofer, *Geschichtschreibung und Weltanschauung: Betrachtungen zum Werk Friedrich Meinecke* (1950), Pietro Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo* (1956) y Manlio Ciardo, *Le quattro epoche dello storicismo* (1947). La obra de Hofer constituye, a decir de White, una excelente discusión sobre el historicismo como concepto propio del pensamiento alemán. Siguiendo este criterio podemos situar dicho texto en la misma línea de *El historicismo y su génesis* y *The German Conception*. Respecto a las últimas dos, hablamos de estudios de carácter más amplio en el sentido de que toman en consideración variantes del historicismo que superan el marco alemán, constituyendo así la misma línea del libro de Antoni.

historicismo sino más bien definiciones y/o clasificaciones, tendientes a explicar sus bases teóricas, su lugar como filosofía y no como historiografía.⁷ Veamos esto con mayor detenimiento.

En síntesis, ya hacia la mitad del siglo XX, definir al historicismo sólo a partir de su dimensión histórica resulta insuficiente, no agota la variedad de posturas pues se advierte la dificultad de revisar, como conjunto, a una serie de pensadores considerados historicistas que van desde Hegel, pasando por Ranke, Herder, Dilthey y Meinecke hasta Croce, Collingwood y Ortega, entre muchos otros. Ante tal diversidad, la revisión conjunta resulta una empresa no sólo titánica, sino ni siquiera deseable. Los especialistas en el tema han ido inclinando la balanza hacia la pregunta de qué es lo historicista, más que quiénes son historicistas.⁸ Este cambio en la forma de explicar no es, desde luego, ni casual ni independiente de la transformación del historicismo mismo, pues es innegable que durante el siglo XX éste fue dejando el ámbito de lo historiográfico para localizarse, cada vez con mayor exclusividad, en el filosófico. En consecuencia, se dejó un tanto de lado, en su explicación, la perspectiva lineal, optando por una más analítica.⁹

⁷ La obra de Croce es probablemente la primera que apela, de manera contundente, a una definición del historicismo que tome en consideración sus postulados teóricos y filosóficos frente a un llamado uso "equivocado" del término al aplicarlo a la historiografía alemana. La voz de Croce, como dice Imaz, es, en su momento, casi la única en llamar la atención acerca del predominio alemán en la materia y de destacar una forma muy diferente de entender el historicismo. Véase: Eugenio Imaz, "Puntos y comas sobre el historicismo", en *El pensamiento de Dilthey*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 345p., p.16.

⁸ Desde luego, tanto en la obra de Meinecke como la de Iggers podemos encontrar análisis muy profundos sobre la naturaleza misma del historicismo, sin embargo el enfoque no deja de tener su base más sólida en los autores como tales y en su relación con el contexto histórico.

⁹ En nuestro ámbito, textos como el de Eduardo Nicol, *Historicismo y existencialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, 423p., dedicado al estudio del historicismo, lo encuadra en un ámbito claramente filosófico. Si bien observa una secuencia de autores y se toma en consideración, como es de esperarse, el contexto histórico, se encuentra en un tenor sumamente distinto a de las obras antes referidas. Es éste también el caso de "Puntos y comas sobre el historicismo" de Eugenio Imaz en donde se observa un tratamiento

Es curioso observar cómo este cambio tanto de la forma de ser del historicismo como de los enfoques para su estudio coincide con el hecho de que la historiografía de vena historicista fue, gradualmente, siendo incapaz de responder a las preguntas y exigencias que abrió de paso en su consolidación. En relación con esto es que resulta casi gracioso que el historicismo haya adquirido nombre propio cuando ya se encontraba, como se ha dicho, en crisis.

Entender la transición del historicismo clásico a sus variantes subsecuentes exige de algún modo hacer un alto y comentar brevemente la denominada "crisis del historicismo". En primer lugar porque ésta constituye una suerte de contexto común a los distintos representantes de la corriente y sobre todo porque es un tema que, aunque en muchos sentidos superado, sigue despertando revuelo y alimentando confusiones que suelen desviar la atención de los puntos principales.

Ya Eugenio Imaz ha alertado acerca de que la identificación sin más del historicismo "con su representante más poderoso, el alemán," ha traído "no pocas confusiones en problemas tan decisivos como los de su origen o los de su supuesta crisis."¹⁰ Con el ánimo de evitar confusiones este autor distingue, en primer lugar, un historicismo de tipo filosófico de otro historiográfico o, dicho con mayor precisión, encuentra que existen dos "acepciones" (una filosófica y otra

filosófico del problema y en el cual además, se tiende también a diversificar más que a unificar las ideas en torno al historicismo. De más reciente creación es la antología hecha por Álvaro Matute bajo el título *El historicismo en México. Historia y antología*, México, UNAM, Paideia, 2002, 337p. La introducción, aunque breve, es un trabajo especialmente útil pues resume las distintas vertientes del historicismo al igual que la historiografía al respecto. Si bien el lector no encontrará, en lo sucesivo, citas de este libro, quisiera recalcar que las reflexiones ahí vertidas han sido primordiales para la elaboración del trabajo que se presenta.

¹⁰Imaz, *op. cit.*, p.13.

historiográfica) para el mismo "vocablo".¹¹ Esta primera clasificación nos permite, por ejemplo, distinguir entre el historicismo de Ranke y el de Dilthey, que aunque correspondientes en muchos sentidos siguen caminos distintos. En segundo lugar tenemos otra separación, entre estas mismas concepciones filosóficas, que se explica a través de las figuras de Meinecke y Croce. Por ser esto último el tema central del presente capítulo, su comentario se hará con mayor detenimiento en las páginas subsecuentes; por el momento baste decir que tal distinción permite al autor relativizar la importancia del historicismo alemán, tanto filosófico como historiográfico, quitándole su lugar de máximo y casi único exponente. Sobre todo, permite relacionar o hacer depender algunas de las máximas historicistas a exponentes de otras latitudes. Bajo un detenido escrutinio de los argumentos que hacen historicista a una obra o a un tipo de pensamiento, el autor universaliza la corriente, la hace residente de toda Europa y, por consiguiente, nos permite identificar la llamada crisis sólo con uno de los exponentes, entre muchos otros, del historicismo en general, en este caso, el alemán.

El análisis de Imaz resulta muy atractivo por varias razones. En primer lugar, de la literatura que conozco sobre el historicismo, este texto es uno de los pocos que abarca, a un tiempo, los vínculos y diferencias entre el historicismo historiográfico y el filosófico así como la revisión, en este caso sucinta por razones de espacio, tanto de elementos historicistas como de exponentes de todas latitudes y épocas.¹² Su forma de ensayo permite una visión panorámica que

¹¹ *Ibid.*, p. 14

¹² Otra excepción en nuestro ámbito es la del libro mencionado de Álvaro Matute, *Vid. supra*, n. 9. Pero éste, a diferencia del de Imaz, no pretende ser un análisis de interpretación que resulte concluyente. Es más bien un

incluye desde Vico hasta Ortega y Gasset sin por ello reproducir la visión unitaria de los autores alemanes. En este sentido, el trabajo de Imaz es una especie de recuento, de análisis y sistematización del historicismo, mas no una historia del mismo como sí lo son las ya citadas de Iggers y Meinecke.

Ahora bien, para los fines de esta tesis, he considerado el trabajo de Imaz como un punto de partida al que debe sobrevenir un análisis más extenso y preciso de algunas de las problemáticas ahí expuestas. En este caso en concreto, me refiero a la relación entre el historicismo clásico, del cual he tomado a Meinecke como representante, y el de Croce, de vena filosófica y carácter marcadamente vitalista, con la finalidad de explicar la naturaleza de su relación y de formular una suerte de continuidad entre uno y otro. Las limitantes de una empresa como esta son manifiestas, en particular por la extensión y variedad de la obra de Croce, y por la dificultad propia de los temas a tratar. Teniendo esto en cuenta he limitado el análisis del último autor a una de sus obras: *Historia como hazaña de la libertad*, en primer lugar por las referencias explícitas a la obra de Meinecke y, en segundo, por el carácter sumario de ese texto respecto al resto de la obra de Croce. Por otro lado, ya que el capítulo inaugural de esta tesis está dedicado a Friedrich Meinecke, su lugar en éste es menos extenso y se concentra en los puntos en que hay que confrontarlo con las ideas de Croce.

Por su parte, la selección de autores en esta tesis se encuentra relacionada, a su vez, con una selección de problemas que han sido señalados por distintos autores como comunes a todo historicismo: en primer lugar, la

texto descriptivo e informativo en lo que respecta al historicismo en general y en donde el trabajo propiamente reflexivo está más bien enfocado al caso particular del historicismo mexicano.

necesidad de diferenciar, por lo menos en un primer momento, entre realidad histórica y natural, en correspondencia a una dicotomía paralela en las formas de conocer esas realidades. En segundo lugar, la consideración de los fenómenos humanos como infinitamente variables dando, en consecuencia, vital importancia a su concreción y manifestación real siendo así que todo tipo de historicismo es, de algún modo, un tipo de realismo.

Por último, hay que decir que las definiciones o explicaciones que sobre el historicismo dan Meinecke y Croce sintetizan de algún modo el panorama general y su análisis conjunto resulta interesante en virtud del combate declarado (especialmente de parte de Croce) entre ellas. La confrontación entre estos dos autores revisa temas y polémicas tan fundamentales para el historicismo que perduraron todavía varias décadas después. En nuestro ámbito una de estas dos posturas ha sido la triunfadora indiscutible. A la otra, por su parte, se le ha dado menor seguimiento o, mejor dicho, ha despertado menor simpatía, siendo justamente su rechazo uno de los asuntos que revisaremos en lo sucesivo. Ambas perspectivas, por separado, son importantes en el mundo historiográfico y en la concepción del historicismo, pero conforman escuelas o tendencias tan distintas que difícilmente se les ha colocado bajo la misma mira y si se ha hecho, es casi exclusivamente para resaltar sus diferencias. Veamos lo que nos depara un camino distinto.

Sobre el historicismo completo y el incompleto

Iniciar la confrontación entre Croce y Meinecke exige nuevamente, la mención de Leopold von Ranke quien no pocas veces fue convertido en una especie de "chivo expiatorio", en el señuelo para una disputa que seguramente ni le preocupó ni vio venir. De las muchas polémicas que se han llevado a cabo en torno a su nombre y prestigio, Benedetto Croce es pionero indiscutible.

La importancia de la historiografía rankeana a los ojos de Friedrich Meinecke, y en general para la escuela alemana, es clarísima al igual que el sello indiscutible de tal historiografía como la "forma correcta" por excelencia, o al menos la que pareció la correcta durante algún tiempo. De hecho, se podría pensar que, en virtud de la popularidad que gozó este tipo de historiografía, y gracias a la fuerza de su tradición, quedó consagrada justamente como historicismo y, si nos atenemos sólo a Meinecke, como la primera y verdadera forma de historicismo. Sin embargo, esta no ha sido, por mucho, la impresión generalizada en el panorama internacional de la historiografía. Ranke, como vimos en el capítulo anterior, se hizo famoso por su trabajo, pero en realidad la mayor parte de alabanzas recibidas no se hicieron en razón de su carácter historicista. Aquello que ha sido y es lugar común en la tradición alemana, la pertenencia de Ranke a la época dorada del historicismo alemán, es un asunto que se olvida o se ignora fácilmente. La asociación entre las palabras Ranke e historicismo no ha sido, en muchas latitudes, en absoluto inmediata. Este ha sido el caso de México, en donde por el contrario, tal asociación ha sido extraña para muchos, por lo menos a primera vista. La causa de esto es sencilla, aunque las consecuencias no lo resultaron tanto, y se debe a que un enfoque historicista-vitalista, contagiado ya

de existencialismo, es el que encontró arraigo en México. Su predominio, y su marcado carácter de vanguardia hizo que los contrastes entre el historicismo clásico e historicismos posteriores aparecieran, durante algún tiempo, como diferencias irreconciliables.

Ahora bien, esta versión vitalista de la que hablo tiene como ilustrísimo precedente la filosofía de Croce y heredó de ella el menosprecio por la historiografía rankeana, de hecho, radicalizó ese rechazo y lo volvió prácticamente una aversión. Sin embargo, tal animosidad empezó menos combativa, pues más bien nació como burla, en el peor de los casos escarnio, a sabiendas de que había otros enemigos peores; de que con éste se tenía alguna que otra cosa en común. Es así que al grande de la historiografía se le reconocieron algunos de sus méritos, mas en general fue pintado por Croce con colores más bien opacos, mostrando que para él, Ranke no es más que una especie de versión *incompleta* de la verdad. Pero ¿qué significa que Ranke no sea más que *historicismo incompleto* o, como veremos más adelante, *historicismo sin problema histórico*?

En realidad, Croce utiliza el adjetivo *incompleto* en forma crítica, aludiendo al error que comete Meinecke con su idea de un historicismo completo, en plenitud y en ese sentido estático. Según Croce, Meinecke acierta (aunque no del todo) en concebir al historicismo como proceso, pero se equivoca al imponerle un fin. No obstante, habría que decir que ese no es, en todo caso, un error exclusivo de Meinecke, pues éste se remite a explicar algo que ante sus ojos se encuentra más que consolidado. El lugar de Ranke, en el contexto de Meinecke, está dado, sólo hay que justificarlo, o mejor dicho, explicarlo, y es justamente la tarea que subyace en su libro. Desde luego que Croce también se enfrenta con el ya construido

paradigma de la historiografía rankeana, pero en su contexto ésta no tiene justificación previa y la postura del italiano no admite, además, la posibilidad de una historiografía modélica y, en consecuencia, mucho menos de un historicismo modélico.

Visto así se podría, en primera instancia, disculpar a Ranke, pues su defecto no resultaría ser lo que hizo, sino el lugar en que se le ha colocado, lo cual es difícilmente responsabilidad suya. En este sentido es que Croce intentó matizar su crítica:

Con una cohorte tan numerosa y escogida de discípulos, reverenciado por su pueblo, honrado por su gobierno, Ranke fue ensalzado sobre todos los historiadores y colocado casi en la cúspide del templo de la historiografía. De aquel puesto nos hemos empeñado en desplazarle, no ciertamente para echarle abajo, como suele ocurrir con los ídolos de los regímenes derribados, sino para ponerle en el lugar que le corresponde y que sigue siendo lugar bastante noble y elegante.¹³

No obstante lo anterior, Ranke sigue siendo el blanco de los ataques de Croce y hay que decir que se encuentra lejos de ocupar, en sus libros, un lugar noble y elegante. ¿Por qué? En primer lugar, porque Croce ve una relación directa entre Ranke y Meinecke que demuestra la continuación de un valor equívoco, no sólo en tanto a la apreciación de la historiografía rankeana como superior a todas las demás, sino en tanto representante de una concepción errónea de lo que el historicismo es o debe ser. En ese sentido el tema de Ranke no es asunto consumado sino activo y merecedor de crítica más precisa. Ranke no ha muerto como para perdonarle el juicio, por el contrario su error vive, y dentro de la

¹³ Benedetto Croce, *Historia como hazaña de la libertad*, traducción de Enrique Díez-Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 294p., (Colección Popular, 18), pp.88-89.

perspectiva de Croce, esto es causa suficiente para producir la actitud que supere tal error. Es tal vez este mismo argumento el que lo empuja a admitir una especie de distinción de calidad entre historicismos a pesar de rechazar claramente la existencia de uno ejemplar. Es justo en este punto en donde empiezan a notarse ambigüedades en la crítica de Croce:

La pregunta misma acerca de la forma perfecta y definitiva del historicismo peca de antihistoricismo. El historicismo es un principio lógico y es también la categoría misma de la lógica, la logicidad entendida rectamente, la de lo universal concreto, y por esto, como ya se ha dicho, vive siempre con mayor o menor elegancia en los espíritus, y vivió con amplia eficiencia en la edad historicista; mas, así como en ningún hombre y en ningún tiempo está nunca del todo ausente, así en ningún ingenio, por muchas fatigas que le haya costado, por mucha elevación que posea, puede recibir forma última y definitiva, y que más bien, como suele ocurrir, en los mismos hombres, en los mismos libros, en los mismos tiempos, se haya mezclado con proposiciones que lo desconocen y lo niegan; hasta en los mismos que fueron creadores de la edad historicista¹⁴

En principio, tenemos la confirmación de lo que enuncié más arriba: la imposibilidad de un historicismo consumado, y asumimos que esto es así puesto que la realidad del historicismo se encuentra, como toda forma del espíritu, en cambio permanente. Sin embargo, más adelante, se afirma que el historicismo es un "principio lógico" y "la categoría misma de la lógica", y recordaremos que en otro lugar Croce ha hablado de las "eternas categorías" que no cambian "ni siquiera con el cambio que se llama enriquecimiento, porque ellas mismas son las que operan el cambio".¹⁵ Finalmente, para acabar de complicar la situación en tan sólo siete líneas, se nos dice que ese principio lógico, esa categoría misma de la

¹⁴ *Ibid.*, pp.66-67.

¹⁵ *Ibid.*, p.29.

lógica que se resolvió antes eterna y motivadora del cambio (aunque ciertamente parte de él también), vive con *mayor* o *menor* elegancia, y que por ello no puede ser encarnada plenamente por ningún personaje ni al mismo tiempo dejada totalmente de lado. ¿Cómo es todo esto posible al mismo tiempo? Si el historicismo es la categoría misma de la lógica, ¿no tendría que aparecer en plenitud siempre que aparece?

Para aclarar la ambigüedad, el paso siguiente, en mi caso, consistió en regresar unas cuantas páginas en *Historia como hazaña de la libertad*, a la definición exacta de las categorías eternas y, en particular, a la idea de logicidad que parece ser también atributo del historicismo:

Lo que cambia y se enriquece no son las eternas categorías, sino nuestro concepto de las categorías que va recogiendo en sí todas las nuevas experiencias mentales, de modo que nuestro concepto, por ejemplo, del acto lógico, ha ganado ya en malicia y defensa más de lo que tenía el de Sócrates y Aristóteles, y, sin embargo, tales conceptos, más pobres o más ricos, no serían conceptos del acto lógico si la categoría de "logicidad" no permaneciera constante e identificable en todos ellos.¹⁶

Tomando en cuenta esta nueva información, el problema, más que resolverse parece complicarse. Tenemos, por un lado, una suerte de cambio en "nuestro concepto de las categorías" cuyo contenido se enriquece a través del tiempo, y a esta razón se le puede atribuir la afirmación de que aparece "con mayor o menor elegancia en los espíritus". Sin embargo, enseguida nos topamos de frente con la idea de que el historicismo es la logicidad misma, y en ese sentido no podría cambiar en lo absoluto. Cómo resolver entonces tal combinación de

¹⁶ *Ibid.*, p.29

argumentos de modo que se entienda la crítica de Croce al historicismo de Ranke o de Meinecke, e incluso, para juzgar el análisis del historicismo de un Hegel que a pesar de no satisfacer a Croce es, al igual que los dos anteriores, considerado historicista.

Ante tales complicaciones, procedí a revisar nuevamente la definición formal de historicismo por parte de Croce, esperando la reunión de los elementos dispersos en una sola figura, lo que tenemos es lo siguiente:

"Historicismo" (la ciencia de la historia) en la acepción científica del término, es la afirmación de que la vida y la realidad son historia y nada más que historia. Correlativa con esta afirmación es la negación de la teoría que considera la realidad dividida en super-historia e historia, en un mundo de ideas o de valores, y en un bajo mundo que los refleja, o los ha reflejado hasta aquí, de modo fugaz e imperfecto, al que será conveniente imponerlos de una vez, haciendo que a la historia imperfecta o a la historia sin más suceda una realidad racional y perfecta. Y puesto que esta segunda concepción es conocida con el nombre de "racionalismo abstracto" o "ilustración", el historicismo se desenvuelve en oposición y polémica contra la "ilustración" y se levanta por encima de ella.¹⁷

Espero que el lector coincida conmigo en que la conciliación entre esta primera definición del historicismo (colocada aquí posteriormente por razones de exposición) y los fragmentos citados con anterioridad, es tarea harto complicada. Esta última definición, que se realiza en términos más históricos que formales, difícilmente aclara la relación con los otros fragmentos de la obra, no sólo en razón del cambio de estilo sino porque lejos de despejar las ambigüedades antes mencionadas, las agudiza.

Lo dicho hasta aquí revela la necesidad de proceder sobre la filosofía de Croce con mucha cautela, y en virtud de que entre más novato sea el interesado

¹⁷ *Ibid.*, p.53

mayor debe de ser el respaldo del que se sirva, he decidido resguardarme bien bajo la tutela de un análisis de su filosofía que clarifique lo que en sus libros se encuentra sumamente oculto. Sin duda el lector tendrá ya en su mente a otro historicista destacadísimo, bendecido por cierto con el don del argumento cristalino, me refiero por supuesto a R. G. Collingwood.

En el primero de sus *Ensayos sobre la filosofía de la historia*,¹⁸ Collingwood hace una crítica de las ideas de Croce acerca de la naturaleza de la historia y su relación con la filosofía. Como resultado tenemos una sistematización de la filosofía del italiano que aclara muchos de los malentendidos que se pueden generar en la revisión de su obra; misma que por su extensión y variedad es difícil de aprehender en conjunto. Si bien existen otros trabajos sobre Croce a los que he tenido acceso,¹⁹ el de Collingwood ha sido el de mayor utilidad para los fines del este trabajo. En términos generales, en el ensayo titulado "La filosofía de Croce", se plantea una perspectiva unitaria de la obra de este autor, construida mediante la revisión de varios elementos que Collingwood considera típicos del pensamiento de Croce. De todos ellos, el que he escogido para iniciar la discusión se refiere a la distinción que hace Croce entre historia y anales, en el contexto de sus

¹⁸ R. G. Collingwood, "La filosofía de Croce", en *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, traducción de José Luis Cano Tembleque, Barcelona, Barral Editores, S.A., 1970, 199p., (Breve Biblioteca de Respuesta), pp.41-62.

¹⁹ Me refiero específicamente a los trabajos de Hayden White: "What Is Living and What Is Dead in Croce's Criticism of Vico" en, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1985, pp. 218-229; "Croce: la defensa filosófica de la historia en el modo irónico" en, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 357-403 y a la introducción del mismo autor al libro de Carlo Antoni, *op. cit.*, pp. ix-xxviii. Asimismo, consulté el capítulo de Giacomo Rinaldi titulado "Italian idealism and after: Gentile, Croce and others" correspondiente al volumen VIII de la obra *Routledge History of Philosophy*, titulado: *Twentieth-Century Continental Philosophy*, edited by Richard Kearney, London, 1994, pp.350-389.

cuestionamientos sobre el ser de la historia. Veamos pues, cuál es la interpretación y el valor que da Collingwood a esta distinción.

Conocido es que Croce opta, con cierta regularidad, por llegar a un concepto claro de algo mediante la definición de lo que no es, y tal procedimiento deviene, normalmente, en una lista de oposiciones. En una primera revisión de este asunto, por parte de Collingwood, se analiza la oposición entre anales e historia como el principio que permite a Croce afirmar que los anales son el cadáver de la historia. El examen de tal aseveración revela, a ojos de Collingwood, el carácter dicotómico de la filosofía del italiano, consecuencia de una amalgama de elementos procedentes tanto del naturalismo como del idealismo. Pero veamos esto con mayor precisión.

La idea de que existen dos aspectos o partes del espíritu: pensamiento y voluntad, que son mutuamente excluyentes es lo que permite a Croce admitir que los anales, si bien tienen algún valor, no es el de la verdad sino el de la utilidad, pues el primero es característica exclusiva del pensamiento que "es la síntesis de sujeto y objeto", mientras que "la voluntad es la creación de un objeto por el sujeto y su característica es la utilidad".²⁰ Justamente aquí Collingwood llama nuestra atención y explica que aun siendo ésta la respuesta que Croce busca, no consigue darla del todo puesto que "no puede decidirse a afirmar que los anales están simplemente desprovistos de verdad y que en ningún sentido constituyen un acto de pensamiento. Esto sería tanto como asegurar que los anales constituyen las palabras y la historia su sentido: lo cual no sería lo que él deseaba".²¹ Y no era,

²⁰ *Ibid.*, p.44.

²¹ *Ibid.*, p.45

ciertamente, lo que Croce deseaba puesto que una división tal de la realidad sugiere un plano de lo verdadero que es distinto al de la realidad en sí, a los hechos tal como se viven. Tal separación es propia de un idealismo más bien platónico y sugiere una visión metafísica que a Croce le resulta a todas luces inadmisibles. Siendo así ¿cuál es la verdadera razón por la cual comienza haciendo la distinción entre anales e historia?

En primera instancia se podría decir que la respuesta es de sentido común: sin duda una crónica no representa lo mismo que una historia y siguiendo ese argumento Croce se aventura a decir que "las crónicas no son más que historia cuyas palabras significan menos en verdad que las mismas palabras tal como las utiliza la verdadera historia, pero siguen teniendo sentido, y siguen siendo en esencia vehículos de pensamiento".²² No obstante, esta respuesta no termina por satisfacer a Collingwood y podemos aventurar que tampoco a Croce, pues como dice el primero "una diferencia de grado nada tiene que ver con una cuestión filosófica como ésta".²³ Es justamente en este punto que Collingwood postula la existencia de dos facetas en el pensamiento de Croce que se contraponen constantemente y que afectan la claridad de su exposición. La primera de ellas corresponde al Croce "realista, dualista, empiricista, o naturalista, que se complace en distinciones formales y opera habitualmente con términos dualistas y trascendentes", y la segunda corresponde al Croce "idealista cuya vida entera es una lucha frente a la trascendencia y al naturalismo en todas sus formas, que se

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, p.46

deshace de dualismos y reconcilia distinciones en una unidad concreta o inmanente".²⁴

La división del pensamiento de Croce en una faceta idealista y otra naturalista resulta increíblemente útil para evidenciar algunos de sus puntos más oscuros, sin embargo, no termina por aclarar el objetivo de este autor en la crítica que lleva a cabo respecto a la naturaleza del proceso histórico y tampoco, como también será el caso, de su análisis sobre las distintas exposiciones de dicho proceso, es decir, de los distintos tipos de historiografía a los que dedica una crítica exhaustiva. En relación con esto, Collingwood aventura una interpretación que doy por cierta, en primer lugar por la rigurosidad con la que la construye y en segundo porque permite abarcar, como he mencionado, la obra teórica de Croce en su totalidad. Tal interpretación se basa en la afirmación de que "el dualismo entre historia y crónica representa en verdad un dualismo expositivo o <pedagógico>, oscurecido por el intento de interpretarlo como un dualismo real o filosófico",²⁵ y que conduciría a anular una afirmación fundamental en la filosofía de Croce que es la de la unidad del espíritu.

Justamente para preservar la idea de unidad del espíritu, de unión entre vida y pensamiento, es que Collingwood explica que el dualismo expositivo de Croce no tiene la finalidad de exponer una distinción ontológica, puesto que dualismo ontológico no es más que dualismo metafísico. No se trata, en suma, en el caso de anales e historia, de dos términos para dos realidades coordinadas, sino un nombre viejo y uno nuevo para la misma cosa. En este sentido confundir

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*, p.47

una distinción expositiva con una ontológica "obliga a lo viejo a vivir junto a lo nuevo, da lugar a un dualismo cuyo efecto consiste precisamente en destruir todo el significado de la nueva concepción y caracterizar toda la concepción como si se tratara de una filosofía naturalista o trascendente".²⁶

El significado profundo de esta suerte de bipolaridad en el pensamiento de Croce es asunto que también trata Collingwood al final de su ensayo. A este asunto haré referencia más adelante, por el momento me dedicaré a realizar una revisión de los argumentos de Croce acerca del historicismo, de los cuales se ha hecho mención, pero ahora bajo la perspectiva que Collingwood nos proporciona.

Ciertamente, el dualismo de Croce no es exclusivo de la discusión entre anales e historia, o crónica e historia, sino que también se manifiesta en otros temas importantes como son el de las *seudohistorias* según Croce, el de la positividad de la historia, el de la relación entre filosofía e historia²⁷ y, agregaría yo, en consecuencia, también en la discusión sobre la definición del historicismo. Al respecto he citado aquí un fragmento de *Historia como hazaña de la libertad*,²⁸ en el que encontramos un problema similar al que revisa Collingwood y que nos remite nuevamente a esta suerte de cambio de grado, o de grados de verdad, pero ahora en relación con el historicismo.

La frase ya citada de Croce sobre la "mayor o menor elegancia" con que el historicismo se presenta en unas obras y en otras tiene eco en otra en donde afirma que las crónicas están "vacías o *semivacías*"²⁹ de pensamiento, es decir, de

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Todos estos analizados detenidamente en el citado ensayo de Collingwood:

²⁸ *Vid. supra*, n.18.

²⁹ Collingwood, *op. cit.*, p.45. Las cursivas son mías.

verdad. Nos enfrentamos aquí al mismo dualismo del que he venido hablando y al que Collingwood presenta la alternativa de uno nuevo que se refiere a la vigencia, o falta de ella, de una idea a través del tiempo. A la luz de esta perspectiva, es necesario re-evaluar la idea de la logicidad como atributo del historicismo y que, bajo la óptica de Collingwood, caería dentro de la faceta naturalista del pensamiento de Croce. El lado naturalista de Croce conduce a la oposición irreconciliable entre el historicismo clásico y el suyo propio, cuando, en realidad, tal contradicción es producto de un movimiento dialéctico más acorde a la faceta idealista del mismo autor.

Asimismo, el dualismo correspondiente a una actitud nueva y una vieja ante la misma realidad nos da la oportunidad de optar, en el caso de Croce, por la concepción del historicismo en el sentido de una transformación gradual en el desarrollo del pensamiento, más que como una categoría que permanece idéntica a lo largo de todo el proceso.³⁰ Aun cuando se entienda el movimiento del espíritu como una sucesión de oposiciones, lo que éstas representan, es un mecanismo que hace prevalecer la idea misma de que "la realidad es historia y nada más que historia" y, en ese sentido, no hay oposiciones irreductibles.

El mismo principio puede aplicarse a la interpretación del historicismo de Ranke y Meinecke, y al hacerlo, su obra deja de representar un error vulgar en el desarrollo del pensamiento, o una malinterpretación del verdadero sentido del historicismo. Más bien, se puede decir que esa primera forma del historicismo integra un cúmulo de ideas destinado a perecer, es decir a transformarse, en el

³⁰ Como lo hizo Croce al definir el historicismo "como un principio lógico", como "la categoría misma de la lógica". *Vid. supra*, n. 15.

momento en que dejen de responder a las necesidades de una nueva circunstancia vital. En este sentido, es un tipo de historicismo que a la postre necesitó ser complementado o superado por una nueva perspectiva sobre el mismo problema.

Ahora bien, el hecho de que la oposición pueda entenderse, por decirlo coloquialmente, en términos más cordiales, no significa que deje de despertar polémica. La disputa entre ambas modalidades del historicismo es siempre un asunto de la mayor seriedad, de *vital* importancia, que necesita sumergirse en una especie de catarsis para ser resuelta. En este sentido, uno de los elementos que define la confrontación entre ambas perspectivas es la afirmación, del lado del historicismo croceano, de la finitud de las ideas; que se encuentra en *oposición* a la noción de Meinecke sobre la transmisión y transformación gradual de las mismas. La diferencia específica radica en la noción de continuidad que cada tipo de historicismo sostiene y tiene que ver con el acento que pone, uno y otro, en el valor de la muerte y el de la vida como determinantes últimos en el desarrollo general del espíritu (pensamiento).

Para explicar la postura del historicismo clásico, es pertinente traer aquí una reflexión de Hayden White respecto de la filosofía de Herder, misma que sustenta la visión histórica tanto de Ranke como de Meinecke:

El espectáculo del llegar a ser y el desvanecerse que presenta el registro histórico a la conciencia no era para Herder ocasión de desesperación. El tiempo no lo amenazaba, porque él no tomaba en serio el tiempo. Las cosas se desvanecen cuando *su* momento ha llegado, no cuando el tiempo se lo impone. El tiempo es interiorizado en el individuo; no ejerce hegemonía sobre la naturaleza orgánica: "Todo lo que era capaz de hacerlo ha llegado

a florecer en la tierra, cada cosa en su momento y en su medio; se ha desvanecido, y florecerá de nuevo cuando llegue su tiempo.³¹

Esta actitud frente al tiempo tiene como correlato historiográfico la representación de un mundo en donde los equilibrios se suceden y que corresponde, a su vez, al tipo de escenas plasmadas en la historiografía de Ranke, quien comparte con Herder la predisposición por los equilibrios, por "las *coherencias formales* que las cosas individuales efectivamente logran alcanzar".³²

La contraposición con esta actitud puede resumirse en la forma en que Croce asume el factor temporal como determinante último dentro de la concepción de la vida. El grado de existencialismo presente en este tipo de historicismo lo obliga a tomar mucho más en serio al tiempo y en consecuencia a la muerte. Si bien la idea de la vida es para todo historicismo un elemento fundamental, y el eje de toda la doctrina, la noción acerca del modo en que el proceso vital de desarrolla varía considerablemente de un historicismo a otro, y determina formas distintas de entender, tanto el papel del historiador en su calidad de sujeto cognoscente, como la forma adecuada en que una historia debe representar dicho proceso.

Sin ser la más importante, o la única, el cambio de actitud respecto a la muerte, por parte del historicismo croceano, constituye, a mi juicio, la primera distinción realmente importante entre éste y la vertiente rankeana. Es la primera porque, según yo, sirve de punto de partida explicar las discrepancias que también existen en relación con las siguientes cuestiones, todas ellas elementales en la

³¹ Hayden White, *op. cit.*, *Metahistoria...*, p.80.

³² *Ibid.*, p.81

conformación del historicismo en general: la revaloración de lo irracional como un elemento significativo dentro del proceso histórico; la noción de progreso como movimiento lineal de la historia y, por último, la relación entre filosofía e historia, cuya discusión, por la relevancia que tiene para el presente trabajo, será tratada por separado. Procedamos pues a la revisión de cada una.

La idea de que lo irracional tiene un lugar especial en el movimiento de la historia puesto que permite una apreciación holística de la realidad ha sido el sello principal del historicismo clásico. La representación de esa concepción en la historiografía rankeana es lo que Meinecke considera su gran aportación y es asunto que no escapa a la crítica de Croce; revisemos sus argumentos respecto a este punto en concreto.

A la afirmación de Croce de que el historicismo nace como una reacción a la Ilustración, sucede una explicación de tal disputa como lucha de dos concepciones acerca de los valores e ideas universales de la historia. La explicación de este fenómeno no varía demasiado de Croce a Meinecke. A pesar de la diferencia en cuanto a la extensión que le dedican y la relevancia que le conceden en sus respectivas obras, ambos coinciden en que "el nervio de toda la polémica está en la demostración de que las ideas y valores tomados como modelos y medida de la historia no son ideas y valores universales"³³. En este sentido, "la médula del historicismo radica en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración

³³ Croce, *op. cit.*, p.53.

individualizadora”, que si bien no busca excluir la presencia de lo universal en la vida humana, “necesita emplearlas y fundirlas con su sentido por lo individual”.³⁴

Fuera de una posible diferencia en el estilo —aunque me parece que se conserva un tanto homogéneo tal vez gracias a la traducción— uno podría considerar que este argumento es en realidad producto de la misma pluma, cuando, como dictan las notas al pie, evidentemente no lo es. Poner las palabras de Croce y Meinecke como parte del mismo escrito es un procedimiento que si bien no resulta afortunado en la mayoría de los casos, sorprende cuando tiene tan felices resultados. Sin embargo, esto no es totalmente una sorpresa, pues a pesar de las críticas vertidas, Croce le concede explícitamente al historicismo clásico el haber superado la concepción ilustrada de la historia, mas recuerda que ello se debe a un mecanismo natural del espíritu. De este modo, arguyendo el surgimiento natural del historicismo “por oposición y corrección, por antítesis y síntesis”³⁵, Croce le quita un tanto del aire triunfal que le da Meinecke al considerarlo una revolución espiritual alemana.³⁶

Por su parte, este nuevo enfoque conduce a la distinción (que no separación), entre una explicación que considera la aparición del historicismo en términos de “su génesis, dando una descripción psicológica de estos hechos y de sus agrupaciones”, de otra que se denomina como *génesis lógica*, a la cual se consagra Croce intentando superar la primera. Lo anterior, implica llevar la discusión del historicismo hasta el presente, y en este punto radica la segunda disparidad importante entre Croce y el historicismo clásico.

³⁴ Meinecke, *op. cit.*, p.12

³⁵ Croce, *op. cit.*, p.36

³⁶ Meinecke, *op. cit.*, p.510

La relación entre el pasado y el presente es otro de los puntos medulares de la polémica que emprende Croce y se encuentra íntimamente relacionado con la noción tanto de lo irracional como de lo individual en la historia. Esto porque el concierto de ambas concepciones constituye la base de la idea rankeana de equilibrio que es la que define el tipo de movimiento en la historia. Meinecke explica lo anterior acudiendo a la noción de la heterogonía de la causa, que se refiere al hecho de que cualquier evento, aunque no aparezca de primera instancia, tiene significación en el movimiento universal.³⁷ Esto, en palabras de Ranke se resume en la idea de que toda época histórica es significativa en sí misma.³⁸ Esta relación consustancial de la parte con el todo se encuentra en la base del movimiento histórico y produce una sucesión de equilibrios, pues estos se forman gracias a la aparente pugna de lo irracional con lo racional en la historia, de los eventos *espirituales* con los *temporales*, para decirlo otra vez en palabras de Ranke.

Lo anterior explica mucho de la crítica de Croce a Ranke en el sentido de que éste no es capaz de concebir el verdadero movimiento de la historia que es el progreso. Cuando Croce afirma que "Ranke, sin duda, no se coloca en peligro de caer en los errores de Vico y Hegel" y que por eso "tampoco posee las verdades pensadas por los mayores"³⁹ quiere decir que el primero no puede concebir a cabalidad, ni el fenómeno del *corso* y *ricorso* de Vico, ni el proceso en el cual se

³⁷ *Ibid.*, pp. 334-338.

³⁸ "Toda época tiene un valor propio, sustantivo, un valor que debe buscarse, no en lo que de ella brota, sino en su propia existencia, en su propio ser. Es esto lo que da a la historia, y concretamente al estudio de la vida individual dentro de ella, un encanto especial, lo que hace que cada época deba ser considerada como algo con validez propia y que encierra un interés sustantivo innegable para la investigación." Leopold von Ranke, *Pueblos y estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 542p., p.59.

³⁹ Croce, *op. cit.*, p.67

inserta ese fenómeno que es, al mismo tiempo, el que lo produce. En suma, no pudo concebir plenamente ni la dialéctica, ni el movimiento lineal-evolutivo de la historia.

Ahora bien, la idea del individual de Ranke, según Meinecke, es importación de la de Goethe, y tanto el primero como el último se resisten a la idea de un desarrollo lineal de la historia. La evolución, en su caso, está marcada por la mera pulsión, característica vital, cuya relación con el todo es de consustancialidad más que de encadenamiento. En ello tiene su explicación la ausencia de la determinación del pasado en el presente en las obras de Ranke. Ciertamente, una visión más cómica que trágica impera aquí, y retrata una confianza ciega, diría Meinecke con agudeza: la fe en la "dirección por Dios del drama humano de la historia"⁴⁰

El tema de lo irracional en la historia, así como la concepción del progreso tienen claramente, en el caso de Meinecke y de Ranke, una connotación religiosa sumamente fuerte y sin duda tal inclinación resulta absurda a ojos de Croce. Sin embargo ese rechazo adquiere su total significación cuando se considera que esa fe le es inadmisibles no solamente por su naturaleza religiosa (que dicho sea de paso comparte con Hegel cuya filosofía no es así desdeñada) sino porque va acompañada de una concepción que a ojos de Croce limita enormemente las posibilidades del conocimiento histórico. La postura de Ranke ante la historia no toma en cuenta, e incluso niega, la relación directa entre el historiador y su pasado. Como se sabe, esa postura considera que el historiador cumple una función muy parecida a la del sacerdote. En el mejor de los casos aquél es un

⁴⁰ Meinecke, *op. cit.*, p.507

medium, un espectador cuya confianza en la verdad no está justificada por un acto propio de voluntad y pensamiento sino por un sentido de pertenencia con lo divino. La concepción historicista de que sujeto y objeto se unen en el pensamiento histórico aparece así ajena a la idea romántica de Ranke respecto al historiador como un personaje desprendido de pasiones, es decir, pretendidamente alejado de su circunstancia y que a ojos de Croce constituye una imagen monstruosa; la de que el historiador puede ser un gran escritor, un hombre de fe, e incluso un hombre exitoso, pero jamás un filósofo respetable. Al historiador que fue caracterizado como el más "puro", como el "rey de la historiografía", el "más objetivo" de todos, es al que combate Croce con más fuerza. Aquella tendencia humana de la escuela francesa que destaca Imaz como "más verdaderamente histórica", es la que parece encontrar más afecto en el corazón de Croce, pues si bien atiende, como la alemana a "la singularidad de lo histórico y echa mano de la imaginación", "lo que no hace es romper la continuidad con el pasado"⁴¹

En síntesis, lo que realmente le imputa Croce al historicismo clásico es su ineficacia "civil y práctica", su incapacidad para "mantener vivo o restaurar el sentido verdadero del historicismo", "no sólo necesario para la filosofía y la historiografía, sino también para la lejana o próxima curación de la vida moral y política europea".⁴² Pero este argumento, a pesar de su fuerza moral y de la relevancia que tiene en la ética de Croce, no anula el hecho, más bien lo confirma, de que el historicismo clásico es *necesario* para la construcción de uno nuevo que vuelva a encontrar eco en la vida presente. Y para Croce, la manera de

⁴¹ Imaz, *op. cit.*, p.17

⁴² Croce, *op. cit.*, p.72

transformarlo para conseguir ese fin es retomando el camino de la filosofía. A este asunto dedico el último apartado de este capítulo que es, al mismo tiempo, su conclusión.

La alianza entre filosofía e historia

La unión entre filosofía e historia es, como bien anota Collingwood,⁴³ la empresa vital que conduce toda la obra de Croce. De hecho, la oscuridad y la contradicción que suelen acompañarla bien pueden entenderse como el producto de esa tarea que no termina por encontrar solución definitiva. De las interminables disertaciones de Croce al respecto tenemos en realidad unas cuantas que permanecen inalteradas, frente a un cúmulo de razonamientos que cambian constantemente de uno a otro de sus textos. Las consideraciones que prevalecen resultan ser más bien generales y pueden constituir una guía más que un cuerpo de argumentos sistematizados bajo los cuales emprender un procedimiento específico.

Lo que sí se puede afirmar es que Croce postuló que el vínculo entre filosofía e historia es una condición natural del espíritu y que el camino a seguir consiste en redescubrir y revitalizar constantemente tal alianza. Lo que buscaba era convertir al historiador en un sujeto consciente de tal verdad que, en consecuencia, pudiera dar fruto a un tipo de historiografía que la representara.

El historiador debe estudiar la filosofía de su periodo si ha de comprender las fuerzas que moldean en última instancia su destino; si no sigue de cerca los pensamientos de las personas cuyas acciones estudia, nunca se puede penetrar en la vida de su periodo y como máximo sólo puede observarlo desde fuera como una secuencia de hechos sin explicar, o hechos a explicar sólo por causas físicas. Y a su vez el filósofo debe estudiar la historia. ¿Cómo va a comprender de otra forma por qué ciertos problemas de ciertas épocas forzaban a una solución en la mente del filósofo? ¿Cómo, si no, ha de comprender el temperamento personal del filósofo, su visión de la vida, el simbolismo y lenguaje mismos con los que se expresa?⁴⁴

⁴³ Collingwood, *op. cit.*, p.41

⁴⁴ *Ibid.*, pp.41-42

La historia para Croce es la vida misma, el desarrollo del hombre en colectividad; la filosofía es el pensamiento, el valor que se encuentra, a su vez, inevitablemente fundido con la vida. Mas el pensamiento no es el único valor vital, junto a él se encuentran el sentimiento y la voluntad. Miramos nuestra realidad a partir de estos valores en su conjunto. Sin embargo, la idea de Croce es que debemos dar primacía a uno de ellos cuando se trata de una empresa personal. Cuando se trata del historiador, la mirada debe de ser como la del filósofo, en el buen sentido, es decir, como el sujeto consciente de tales valores pero que busca, a través de uno, la racionalidad de la vida, de la historia.

Porque al ser la historia, historia del espíritu y el espíritu, aun más, el único valor que sea dado concebir, es claro que la historia es siempre historia de valores; y dado que en la conciencia historiográfica el espíritu se hace transparente para sí mismo como pensamiento, el valor que rige la historiografía es el valor del pensamiento. Pero justamente por tal razón, no puede ser principio determinante de ésta el valor que se llama de sentimiento, que es vida y no pensamiento, y cuando esta vida se expresa y representa no domada aún por el pensamiento, es poesía y no historia.⁴⁵

La tendencia que existe en Croce por manejar los aspectos del espíritu por separado obedece a la ya mencionada dualidad entre naturalismo e idealismo, misma que caracteriza la totalidad de su filosofía. En esa medida, la manera en que ambas aproximaciones a la realidad deben enlazarse para constituir una sola forma de conocimiento varía considerablemente. En algunas partes de la obra de Croce se opta por una fusión plena, mientras que en otros pasajes se pondera la utilización de la filosofía como un *método* de la historia, lo cual conlleva a una

⁴⁵ Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Escuela, 1955, 296p., p.30.

especie de anulación de la filosofía como tarea autónoma, en pos de la realización plena de la labor histórica. Collingwood insiste en que "los dos puntos de vista discurren paralelamente" en la obra de Croce, "sin ningún intento de reconciliación: probablemente sin conciencia de la discrepancia".⁴⁶

Si bien Collingwood analiza ese fenómeno en el caso concreto de *Teoría e historia de la historiografía*, es posible encontrarlo también en *Historia como hazaña de la libertad*. No obstante, en el caso de esta última obra, la segunda postura —que la filosofía es el método de la historia y no su equivalente— es la que parece tener mayor aceptación. Eso explica en gran medida el carácter de la crítica hacia Ranke y resuelve la afirmación de que la suya es una historiografía sin problema histórico. En este último texto de Croce hay un análisis de la relación entre filosofía e historia en términos epistemológicos y hasta cierto punto metodológicos. Se defiende, en suma, la perspectiva crítica proveniente de la filosofía, que conduce a entender la labor historiográfica como un ejercicio de *respuesta* a las *preguntas* del historiador en favor de "la resolución de los problemas teóricos inusitados e imitados de continuo por la realidad de la vida".⁴⁷

En relación con lo antes dicho, Collingwood arroja una última consideración sobre el significado que tiene la elección que hace Croce, hacia el final de su vida, respecto del uso de la filosofía en el conocimiento histórico. Si bien, a ojos de Collingwood, la concepción del papel de la filosofía como metodología histórica no se deriva del lado idealista del pensamiento de Croce, y en esa medida no parece

⁴⁶ Collingwood, *op. cit.*, p.59

⁴⁷ Croce, *Historia como hazaña de la libertad*, *op. cit.*, p. 122.

ser la opción más adecuada, hace ostensibles aspectos por demás relevantes para comprender la ideología del filósofo italiano:

Si esto sucede así verdaderamente, y si Croce renuncia a la filosofía para dedicarse a la historia y a la reforma de la educación italiana, no es para que sintamos aflicción. Es imposible dejar de observar en este libro (y lo mismo ocurre con sus demás obras), cómo mejora su filosofía cuando se pone a tratar de problemas históricos más estrictos: como un sofisma semejante al que se refiere la <positividad de la historia> se ignora con toda tranquilidad, o la verdad que le sirve de fondo se capta infaliblemente cuando termina por atribuir su valor a los diversos periodos históricos, y cómo el elemento naturalista de su pensamiento se depura cuando se convierte en historiador abandonando una atmósfera de puro idealismo.⁴⁸

Casi en seguida, Collingwood exhorta a no confundir lo anterior con la idea de la superioridad del Croce historiador sobre el Croce filósofo. Por el contrario, interpreta esta salida como una forma de canalizar la vena naturalista de ese autor en una actividad en la que ésta adquiriera su pleno sentido. Lo anterior es el resultado, dice Collingwood, de la "incapacidad [de Croce] por depurar su filosofía de sus elementos naturalistas".⁴⁹ En ese sentido, la elección de Croce puede interpretarse como "un tipo de suicidio filosófico con el que, desechando la filosofía abstracta del espíritu, que por el momento se le ha hecho incluso a él mismo intolerable, pueda alcanzar la cúspide del idealismo absoluto a la que han llevado ya su pensamiento sus sucesores Gentile y De Ruggiero".⁵⁰

Ahora bien, aun admitiendo las implicaciones de este "suicidio filosófico" en la personalidad del propio Croce, así como las limitaciones que el ejercicio de esa elección le hayan impuesto a su filosofía, el hecho es que la concepción de la

⁴⁸ Collingwood, *op. cit.*, p. 61.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ *Ibid.*, p.62.

filosofía como método de la historia fue una de sus más grandes aportaciones. El historicismo vitalista⁵¹ reevaluó muchas de estas cuestiones y, en el caso concreto de Edmundo O'Gorman, la tarea por hacer de la filosofía un ingrediente fundamental para la labor historiográfica consiste, en muchos sentidos, en la renovación de esa idea. En ese sentido, el vitalismo mexicano debe mucho a la ideología de Croce, y vale la pena recordar, para finalizar, una de las ideas que le fueron más caras y que prevalecen en el espíritu vitalista-humanista que hubo de sucederle:

Historicismo es creación de la acción propia, del propio pensamiento, de la propia poesía, a partir de la conciencia presente de lo pasado; cultura histórica es el hábito o virtud conquistada de pensar y obrar así; educación histórica, la formación de este hábito.⁵²

⁵¹ El elemento vitalista es inherente a muchas modalidades del historicismo. Se puede apreciar ya en la obra de Ranke y proviene, según la interpretación de Meinecke, de la herencia romántica personificada por Goethe y Herder. Sin embargo, para el caso alemán, la reflexión más profunda y acabada respecto de la idea de la vida como característica fundamental del historicismo la debemos al pensamiento de Dilthey. En su caso la opción por el vitalismo también se genera (como en Herder, Goethe y Ranke) de su rechazo a "la concepción <aséptica> e intelectualista del sujeto cognoscente alumbrada por las teorías epistemológicas tradicionales". No obstante, Dilthey sí asumió explícitamente las consecuencias de este rechazo, mismo que lo llevó a postular "una filosofía de la vida en la que se abandone la idea de un sujeto cognoscente <puro> y ahistórico restringido a sus facultades intelectuales". En lo que se refiere a la negación de un procedimiento estrictamente conceptual y racional para la comprensión de lo histórico, Dilthey va mucho más allá que Ranke, no obstante, esto no significa que exista, entre uno y otro, un cambio real en la concepción de la vida. En estricto sentido, las aportaciones de Dilthey son la formulación filosófica de la historiografía de Ranke, por lo menos en su calidad de visión del proceso histórico y de su esencia: "La *Erlebnis* [vivencia] es presencia, pero la presencia es un constante transcurrir y, por lo tanto, cuando se trata de aferrarla con el pensamiento, de fijarla con la atención, se destruye su esencia". Véase Concha Roldán, *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 1997, 220p., (Serie Interdisciplinar, 186), pp. 128 y 129. Un verdadero giro en el uso de la noción vitalista lo representa el concepto de "razón vital" empleado por José Ortega y Gasset. En su caso, no se trata de la negación de la razón en la aprehensión de la realidad, por el contrario, para Ortega "el único <vitalismo filosófico> digno de ser considerado por el filósofo tiene pretensiones más modestas [...], sigue insistiendo en la vida, pero cuida de no echar a perder, en aras de un irracionalismo precipitado, las definitivas conquistas hechas posibles por medio de la razón". En este sentido, el "raciovitalismo" de Ortega se deslinda de la postura tanto de Simmel, como de Spengler, Bergson y el mismo Dilthey al no haber en él una ingenua o simple desconfianza de la razón. Véase José Ferrater Mora, "Raciovitalismo", en *Ortega y Gasset. Etapas de una filosofía*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 168p., (Serie Mayor, 16), pp.73-121. Así entendido, el vitalismo de Ortega comparte la idea de la racionalidad de Croce y, en esa medida, existe una afinidad importante entre el pensamiento del italiano y el vitalismo mexicano.

⁵² Croce, *op. cit.*, p.285.

Capítulo III

Historicismo y existencialismo⁵³

One might assume that the difference between poetry and philosophy originates from the fact that poetry strives to represent the infinite by the finite, while the aim of philosophy is to explain the finite by the infinite. The intermediate link would be an ideal history which depicts the infinite in the finite and traces it as it is manifest as an idea and on the whole, and would bring it before our eyes and mind.

Leopold von Ranke

El horizonte de la polémica frente a Ranke

Las palabras del epígrafe, atípicas en la literatura rankeana, corresponden a un fragmento del diario de Ranke escrito entre los años de 1816 y 1817.⁵⁴ Si bien encuentran eco en algunos de los fragmentos teóricos del mismo autor, recopilados por Fritz Wagner en *La ciencia de la historia* y por Juan A. Ortega y Medina en *Teoría y crítica de la historiografía-científico idealista alemana*, para los lectores americanos, en particular latinoamericanos, resultan de hecho frases muy novedosas. La relación entre filosofía e historia fue un asunto que, a juicio común,

⁵³ El título de este capítulo no se debe al seguimiento puntual de los argumentos de Eduardo Nicol en *Historicismo y existencialismo*, 3ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 422p. Sin embargo, sí hace patente que cumulo con la idea, ahí expuesta, acerca de que tanto el historicismo como el existencialismo "son dos filosofías de notable popularidad" y, en esa medida, son filosofías de actualidad. De actualidad en el sentido de la presteza con la que plantean y resuelven los problemas de las filosofías anteriores, así como la agudeza y comprensión que muestran "en señalar y abarcar los caracteres principales de la vida en su tiempo". Por otro lado, la referencia a Nicol también obedece a la necesidad de discutir la relación entre ambas filosofías y el grado de influencia de una sobre la otra en diferentes casos. Empero, a diferencia del texto de Nicol, no se pretende aquí profundizar en torno a la vigencia que tienen, o deben tener, como visiones filosóficas, tanto el historicismo como el existencialismo. Las limitantes de este trabajo nos obligan a objetivos más modestos que, en particular, se refieren al carácter existencialista del pensamiento de O'Gorman,

⁵⁴ Traducidas y citadas por Rudolf Vierhaus en su excelente artículo, titulado: "Historiography between Science and Art", en Georg Iggers y James M. Powell (eds.), *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, Nueva York, Syracuse University, 1990 223p., p.67.

se mantuvo ignorado por el ojo de la escuela histórica alemana en su rechazo de la filosofía como una forma inadecuada para la explicación de los eventos históricos. No obstante, ese rechazo por las formas abstractas del conocimiento coexistió, en el pensamiento de Ranke, con una visión general de la comprensión de las cosas humanas que incluía el poder comprensivo de la filosofía y la facultad expresiva de la literatura. De dicha labor de comprensión por parte de la filosofía da cuenta la reflexión de Ranke sobre los objetivos de ésta frente a los de la historia dando como resultado la afirmación de que ambas tienen como finalidad la búsqueda por la verdad.⁵⁵ Sin embargo, lo expresado en el epígrafe contiene la novedad de ponderar claramente el lugar de la historia como puente entre el *saber* literario y el filosófico; pues si bien existen numerosos pasajes en la historiografía de Ranke dentro de los cuales la forma literaria se asume como parte de la labor histórica, la formulación teórica de esa relación se mantiene velada hasta cierto punto. En adelante, conforme Ranke fue consolidando su idea de la historiografía y del método adecuado a ella, sus motivaciones profundas y sus reflexiones en torno a tales cuestiones se diluyeron gradualmente en su modo de describir la realidad histórica.

Como hemos visto con anterioridad, un cierto tipo de aproximación a la obra de Ranke da cuenta de la unión entre el ideal estético y el compromiso "científico"

⁵⁵ Ranke desconfiaba de la filosofía de su época mas no de la filosofía en sí misma, del mismo modo en que, aunque rechazaba el uso de la fantasía en la historiografía, no negaba el valor de la verdad propia de lo literario: "De esta manera, admitimos también los caminos históricos como una tarea de la filosofía. Si la filosofía fuera lo que debe ser y si la historia fuera totalmente clara y terminada, ambas coincidirían totalmente. La ciencia histórica penetraría su oficio con espíritu filosófico. Si el arte de la historia lograra darle vida a su ocupación, con aquella parte de la fuerza poética que no inventa algo nuevo sino que solamente reproduce, con los rasgos de su verdad, lo captado, lo concebido, la ciencia y el arte se reunirían aquí, como lo dijimos al principio, en su elemento original". Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, traducción de Juan Brom, México, UNAM, 1958, 594p., p.248.

de su autor, sólo que ambos fueron subsumidos en su narrativa histórica. Lo complicado de esto fue que, como descubrió el historicismo a la postre, el vínculo entre literatura, historia y filosofía implica no pocos problemas si lo que encausa es la realización de una actividad racional, de carácter científico, cuyo valor primordial es el de la objetividad y, ciertamente, fueron estos también los ideales del historiador alemán. La defensa de la historiografía como forma de conocimiento pero sin dejar de lado su componente estético y su posible utilidad práctica (ambas cuestiones tratadas por separado en la historia de la historiografía) requería de una reformulación sobre el significado del conocimiento en general.

Vimos, en el capítulo anterior, que fue justamente ésa la piedra angular de la polémica que emprende Croce frente al historicismo alemán de corte rankeano, pues considera que este último no asume las consecuencias filosóficas de sus postulados: lo percibe ingenuo frente al gran problema de la racionalidad en la historia y critica ferozmente su evasión de la reflexión filosófica. El problema es que para Ranke el carácter científico y literario de la composición historiográfica estaban tal vez demasiado claros. Una concepción de la labor científica mucho más flexible y abarcante le permitía mantener esos aspectos de la historia, en particular el literario, en armónica coexistencia, sin dedicar demasiado esfuerzo a una labor de crítica filosófica que los sustentara plenamente.⁵⁶ El paso del tiempo se encargó de hacer esa condición aún más problemática y la vigencia y expansión del llamado método rankeano no ayudó a resolverla. En México, en particular, tuvo

⁵⁶ Existe una diferencia importante, destacada por numerosos autores, entre ellos Iggers y Collingwood, entre el vocablo inglés *science*, o el español *ciencia* y el alemán *Weltgeschichte*. La discusión se presenta igualmente en torno a la expresión "ciencias del espíritu", en alemán *Geisteswissenschaften*, del cual no hay traducción literal a varios idiomas. Una síntesis de este asunto la proporciona Georg Iggers en *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, traducción de Clemens Bieg, Barcelona, Idea Universitaria, 1998, 156p., p. 15. En nota al pie.

importantes consecuencias, no ciertamente por la popularidad o difusión de la historiografía rankeana que, como veremos, no fue especialmente atendida, sino por la identificación de la labor rankeana con otros grandes representantes de la historiografía como labor científica: el positivismo y el empirismo.

Ahora bien, el problema de la recepción de Ranke en México es, pese a su reducido ámbito, especialmente complejo y en gran medida significativo. Conserva muchos elementos de la crítica desde el historicismo filosófico, en el caso de esta tesis representado a través de la figura de Croce, pero involucra otros aspectos relacionados con una interpretación de Ranke un tanto distorsionada, aunque también sumamente popular, que lo ubica como el representante máximo de la historiografía científica a la vez que como el defensor de un empirismo peligrosamente cercano a posturas de corte positivista, cuyas implicaciones, la mayoría de las veces, difieren mucho del espíritu de la historiografía rankeana.

En defensa de las distorsiones que respecto a Ranke aparecieron en el ámbito mexicano hay que decir que no fueron exclusivas. Numerosos ejemplos se han dado en las últimas décadas acerca de la asociación entre Ranke y el positivismo, al igual que análisis rigurosos en torno a sus causas.⁵⁷ De esos temas se hizo un somero esbozo en el capítulo primero de este trabajo y por cuestiones de espacio no emprenderé aquí una revisión detallada. Bastará con mencionar, sumariamente, que ante la falta de un conocimiento más completo de la inmensa

⁵⁷ Para el caso norteamericano, que es el más representativo, véase, Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, vol. 1, traducción de Gertrudis Payas e Isabel Vericat, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1997, 334p., pp. 33-63 "El legado europeo: Ranke, Bacon, Flaubert" y Dorothy Ross, "On the Misunderstanding of Ranke and the Origins of the Historical Profession in America", en Iggers y Powell (eds.), *op. cit.*, pp. 154-169. Para el caso británico, también significativo, véase Doris S. Goldstein, "History at Oxford and Cambridge. Professionalization and the Influence of Ranke", en *ibid.*, pp.141-153.

obra de Ranke, al igual que la existencia de una mezcla de pretensiones de objetividad, científicidad y profesionalización, comunes a la reflexión en torno a todas las disciplinas humanísticas en el siglo XIX y parte del siglo XX, se hizo pertinente el vínculo entre el conocido padre del método histórico con posturas positivistas, evolucionistas y empiristas. Posturas que pugaban por la búsqueda de leyes invariables en la historia que la presentan como un proceso cuyo movimiento es mecánico, por la unificación de la visión científica y la histórica tanto como realidades que como disciplinas y, finalmente, por la defensa de la observación de los fenómenos en su concreción, sin prejuicios de ninguna índole.

La dificultad de abordar en forma sumaria corrientes similares en algunos puntos pero en no pocos también distantes, como el positivismo (que de suyo presenta diversas vertientes), el evolucionismo o el empirismo, es evidente y corre el riesgo de llevar a no pocas simplificaciones. Sin embargo, es claro también que en México, así como en Estados Unidos y en algunos países de América Latina, un carácter ecléctico impregnó la conformación de la historiografía y de las disciplinas humanas a distintos niveles, gracias a la forma en que se asimilaron elementos distintos de las corrientes mencionadas y se hicieron coincidir, por decirlo así, en el trabajo de intelectuales y académicos de toda índole. He dicho ya que el tratamiento fino de estos problemas no es nuevo y por su magnitud es también caso de un estudio independiente, no obstante, su consideración es indispensable para dilucidar cualquier cuestión, en este caso, sobre el pensamiento mexicano del siglo XX. En este sentido habrá que hacer mención de algunas cuestiones en torno al positivismo y empirismo en nuestro país que aclaren la situación entre Ranke y el historicismo mexicano.

Es sabida la importancia del positivismo en el México decimonónico, particularmente en la segunda mitad del siglo, tanto en el ámbito intelectual como en el político, esto último en razón de que fueron justamente actores políticos los que introdujeron la doctrina en México con la idea de fundamentar un nuevo proyecto nacional. Sin embargo, es conocido también que, en el esfuerzo por aclimatar el positivismo en suelo mexicano, se generaron variantes importantes al tiempo que se incluyeron también elementos de otras filosofías que se mezclaron con él. Tal eclecticismo se extendió hacia la primera mitad del siglo XX, definida como la etapa de desintegración del positivismo,⁵⁸ en donde éste se vio enfrentado al surgimiento y afianzamiento de nuevas perspectivas, tanto filosóficas como históricas. Tenemos entonces que hacia las primeras décadas del siglo XX, ante la gradual disolución del positivismo como doctrina hegemónica, se lleva a cabo una pugna, ya concentrada en un ámbito universitario, entre dos corrientes de pensamiento que Abelardo Villegas ha denominado con los nombres de científicismo y espiritualismo.⁵⁹ Con el primer término el autor se refiere tanto al pensamiento comteano, como al evolucionismo de Spencer y al biologismo de Haeckel, y en general a aquellas doctrinas que se caracterizaron por la exaltación del "valor de la ciencia frente a otros tipos de conocimientos que podrían considerarse como inferiores o no conocimientos". A ellas se les opuso un espiritualismo que engloba "no sólo las filosofías influenciadas por Bergson y Boutroux sino también un cierto renacimiento cristiano amalgamado con una dosis de

⁵⁸ Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, 1999, 478p. Véase la introducción.

⁵⁹ Abelardo Villegas, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 254p., p.11.

platonismo, de kantismo y hasta de plotinismo", cuya característica principal fue justamente la de "sostener la existencia de un tipo de conocimiento superior al conocimiento científico".⁶⁰ No es novedad, por otro lado, que este espiritualismo del que habla Villegas se concentró en el trabajo intelectual de hombres como José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, entre muchos otros.

La complejidad del positivismo en México radica en que, aun perdiendo su carácter marcada o exclusivamente político y por lo mismo su hegemonía, se mantuvo vigente en muchos sentidos a lo largo de la primera mitad del siglo pasado y en virtud de que se consolidó como una nueva forma de entender lo mexicano y su historia, las formas de pensamiento que se enfrentaron con él tuvieron a su vez que ponderar nuevas interpretaciones o perspectivas sobre los mismos temas. En este sentido, el Ateneo de la Juventud mantuvo su herencia positivista en la necesidad de reeducar y formar al pueblo mexicano, pero lo hizo a partir nuevas herramientas de pensamiento. El Ateneo dio vida a un nuevo proyecto educativo, alternativo al modelo positivista encarnado en la Escuela Nacional Preparatoria, que materializó la perspectiva humanista de la que tal asociación fue promotora. Este nuevo horizonte cultural planteado por el Ateneo incluía un rechazo profundo tanto al empirismo como al objetivismo y se llevó a cabo mediante el análisis cuidadoso de la filosofía alemana y del humanismo grecolatino; en la doctrina espiritualista se encontró una forma de deslindarse del

⁶⁰ *Ibid.*

causalismo propio del positivismo y en la filosofía de Kant se encontró también la postura crítica en contra del empirismo.⁶¹

En virtud de lo dicho hasta aquí es que el Ateneo de la Juventud ha sido concebido, por un lado, como la resistencia más trascendente al positivismo imperante y por el otro, como el primer antecedente claro del historicismo mexicano.⁶² En este sentido, Álvaro Matute llama la atención sobre la figura de Caso y su crítica al positivismo en *El concepto de la historia universal*, que tuvo como antecedente *El ciclo en torno a Xenopol o tercera polémica mexicana en relación con la Historia*.⁶³ En estos debates, "Caso se ubica como precursor de lo que llegará con más vigor a México a partir de 1940, ya que algunas de sus fuentes son comunes a las que traerán consigo los transterrados españoles".⁶⁴ De este modo es que el historicismo mexicano se mantiene unido al Ateneo de la Juventud particularmente en su lucha por reafirmar un modo de conocimiento distinto pero válido frente al cientificismo de la época. Sin embargo, para el momento en que el historicismo mexicano comenzó a consolidarse, el enemigo a vencer había mutado hasta cierto punto y si bien se comprendía comúnmente bajo el nombre de positivismo, lo que el calificativo designaba era, en realidad, una amalgama de elementos que, aunque a veces relacionados, resultan distintos en estricto sentido.

En una de sus primeras publicaciones Álvaro Matute ofreció un panorama general de la teoría de la historia en México en donde dedica algunas páginas al

⁶¹ *Ibid.*, pp.37-39.

⁶² Álvaro Matute, *op. cit.*, p.32.

⁶³ Recogida por J.A. Ortega y Medina en *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970, 475p., (Serie Documental, 8).

⁶⁴ Álvaro Matute, *op. cit.*, pp.34-35

positivismo del siglo XIX. Muchas de estas ideas se vieron confirmadas en un texto más reciente ya citado en este trabajo, sin embargo, vale la pena acudir al primero por sus referencias explícitas a la teoría de la historia.

Después de hacer breve mención sobre “la polémica entre el positivismo ortodoxo y las nuevas corrientes idealistas”, personificada por Agustín Aragón y Antonio Caso, Matute procede a explicar que tal corriente fue abandonando paulatinamente “la concepción del estudio de la historia como necesario para encontrar o reconfirmar las leyes reguladoras de la evolución social”, y en ese sentido, lo que quedó de él fue solamente el método. Esto propició la división de la doctrina en dos vertientes: la del empirismo tradicionalista por un lado, y la del pragmatismo político por el otro.⁶⁵ En forma paralela, se explica también el surgimiento del marxismo como parte integrante de la teoría de la historia en México, anterior a 1940. Estas tres formas de teoría de la historia se incorporaron más tarde al proceso de profesionalización de la historia cuya fecha de nacimiento se puede indicar hacia 1940,⁶⁶ año en que se fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. A ella se sumaron también los exiliados españoles y otros intelectuales cuyo camino por el conocimiento tenía ya su historia y que llegaron a dicha institución a cumplir, oficialmente, la función de académicos.⁶⁷

⁶⁵ Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México. 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 205p., (Sepsetentas, 126), pp.12-13.

⁶⁶ Álvaro Matute señala “el año de 1940 como un parteaguas de las historiografía contemporánea en México. La coincidencia con la fundación de El Colegio de México no es gratuita, como tampoco lo es la presencia de los maestros del exilio español en facultades y escuelas universitarias, así como en centros hospitalarios”. En ese sentido, “el año de 1940 representa consolidación y cambio de rumbo en la política nacional. El Estado invirtió más en presupuesto en la investigación y en la educación superior, de manera que ya era posible tomar en cuenta la posibilidad de que se desarrollaran vocaciones académicas”. “La Filosofía en México en el siglo XX”, en Miguel Carbonell, *et al.*, *México en el siglo XX*, México, Archivo General de la Nación, 1999, 694p., pp.415-440.

⁶⁷ *Ibid.*, pp.14-18.

El proceso de profesionalización da a la teoría de la historia un matiz distinto al que tenía anteriormente; ese fenómeno y la impronta del exilio provocan un nuevo impulso cultural y académico que se manifiesta tanto en la creación de nuevas instituciones, como en la gran empresa editorial y el cambio en la dinámica educativa. Si bien el elemento político se mantiene, un marco mucho más institucional y académico traza las reglas de las polémicas y los objetivos a seguir. A pesar de no despreciarse la idea de un conocimiento útil a la realidad mexicana se pondera especialmente la reevaluación del conocimiento en sí mismo. Aquellas formas de teoría de la historia, mencionadas arriba, adquieren, en la profesionalización, el carácter de escuelas o corrientes historiográficas más delimitadas y, desde luego, la polémica entre unas y otras hubo de continuar, mas el rigor propio de las dinámicas académicas trajo consigo nuevos aspectos y una reevaluación mucho más profunda de sus diferencias. Al interior de este ámbito el historicismo, que se conformó tanto de historiadores como de filósofos, tuvo un lugar especial; una atención más rigurosa hacia las metodologías y hacia las distintas formas de conocimiento sería, entre otras, una de sus características principales y a partir de ese riguroso análisis es que hubo de florecer otro de sus más conocidos rasgos: su combatividad manifiesta en la lucha que sostuvo en contra de todas las formas de positivismo vigentes. Para ello tenía, en el Ateneo, un antecedente inmediato. Los argumentos que éste formó en su propia lucha sirvieron en mucho de base, mas se agregaron otros, reforzados por la capacidad filosófica de hombres como José Gaos y en general la de todos los historicistas de esa época. Otra característica importante de este nuevo grupo intelectual, relacionada en mucho con su carácter combativo y vanguardista, fue la necesidad

casi compulsiva por acceder directamente a las obras clásicas o más novedosas, tanto de filosofía como historia europeas. En este sentido, los historicistas fueron tanto docentes como traductores y filósofos y, en retrospectiva, el objetivo resulta claro: una nueva forma de entender el conocimiento era necesaria y a sentar las bases de esta empresa dedicaron sus esfuerzos.

La llegada de Ranke a México

Al interior de este escenario de auge intelectual es que se lleva a cabo lo que en primera instancia podría entenderse como la recepción de Ranke en México. Uso la palabra “recepción” con ciertas reticencias que se explicarán en lo sucesivo, mas por el momento resulta útil para diferenciar entre las referencias que existen sobre este historiador en el ámbito historiográfico, anteriores a la traducción de su obras al español y al análisis que se hizo de ellas. Sobre tales alusiones se puede decir que constituyen menciones sueltas que, si bien indican que la obra de Ranke era del conocimiento de algunos historiadores mexicanos, no representan ningún esfuerzo concreto o conciente por asimilar su historiografía o por interpretarla cabalmente.⁶⁸ En este sentido una mejor acogida se realiza a partir de las mencionadas traducciones, sin embargo, se puede decir que éstas no se llevan a cabo en razón de un interés particular sobre la obra de Ranke, sino que se insertan dentro de una necesidad más general por actualizar el conocimiento de los clásicos de la historiografía, siendo así que su traducción se da al lado de la de otros grandes como Burckhardt, Droysen, Mommsen etc. Los traductores de Ranke son también los traductores de Dilthey, Marx y Hegel, entre otros.

Siguiendo el curso cronológico tenemos, en primer lugar, la traducción de un manual ya clásico de la historiografía que no es otro que *Historia e historiadores en el siglo XIX* del autor británico G.P. Gooch, que ve la luz en México en 1942. Es

⁶⁸ Las menciones sobre Ranke, anteriores a las traducciones de su obra, a los análisis vertidos en los prólogos de tales ediciones y al estudio específico de autores como O’Gorman o J.A. Ortega y Medina, son retomadas por Guillermo Zermeño en su libro *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, 246p., pp.159 y 167. Tales referencias corresponden a Pedro Maldonado Olea en su conferencia titulada “La historia, maestra de la humanidad”, impartida en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en junio de 1912, y a Ricardo García Granados en su texto “El concepto científico de la Historia”.

probable que a partir de la traducción de este texto haya comenzado el interés por la obra de Ranke. De entrada, no hay prácticamente ninguna mención sobre Ranke, en esta época, que no considere el lugar que le dio Gooch en su libro y no deja de despertar interés el hecho de que uno de los encargados de la versión española de esa obra sea, ni más ni menos, que Ramón Iglesia, otro historicista sobresaliente que, como se sabe, compartió con O'Gorman la lucha en contra del positivismo historiográfico. Pero antes de hablar del historicismo y Ranke hay que seguir el curso de las traducciones, mismo que, dicho sea de paso, tampoco es muy extenso. A la traducción de *Historia e historiadores...* sigue la de uno de los libros más conocidos y elogiados de Ranke, *Historia de los papas en la época moderna*, a cargo de Eugenio Imaz que aparece en 1943 por el Fondo de Cultura Económica. Posteriormente, en 1946, vio la luz la traducción hecha por el prestigiado jurista y también exiliado español, don Manuel Pedroso, de una sección del libro de Ranke *Los otomanos y la monarquía española en los siglos XVI y XVII*, bajo el título de *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*. Finalmente, un año más tarde, apareció en español el prólogo de la ópera prima de Ranke *Historia de los pueblos latinos y germánicos*,⁶⁹ en una miscelánea de textos del mismo autor, a cargo de don Wenceslao Roces, titulada *Pueblos y estados en la historia moderna*. Roces fue, al parecer, el traductor de Ranke más interesado en su obra, o por lo menos el único en dedicarle un prólogo a sus textos, mas esto lo haría no con *Pueblos y estados...* sino en otra traducción, hecha años después, en 1954; compilación también de textos diversos bajo el título *Grandes figuras de la historia. Una antología*. Entre esta obra y la última traducción de Ranke hecha en México

⁶⁹ Conocida también bajo el título *Historia de los pueblos romanos y teutónicos*

aparecieron fragmentos de textos de carácter teórico y filosófico en la obra de Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, traducida por Juan Brom en 1958. Sin embargo, una mayor atención a estos pasajes se hizo casi tres décadas más tarde en una publicación que denotaría un análisis mucho más extenso a cargo del traductor-editor, en este caso, Juan A. Ortega y Medina. En *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* se recogen algunos textos ya publicados en las compilaciones de Roces a los cuales se suman otros. La introducción del traductor es sin duda un trabajo pionero, pues constituye el primer análisis que toma en cuenta la diversidad de la obra de Ranke y su dificultad, y también el primero, en México, que trata de vincular dicha obra con su propia tradición. Sin embargo, a lo anterior hay que agregar el hecho de que el texto de Ortega conserva, pese a todo, la línea de interpretación hecha por O'Gorman acerca de la obra rankeana, y si bien ésta gana en análisis historiográfico no lo hace así en un análisis en el ámbito propiamente teórico.⁷⁰

Finalmente, entre la historiografía con el tema de Ranke, hay que destacar el trabajo de Guillermo Zermeño,⁷¹ quien es, probablemente, el único autor que ha emprendido un trabajo de mayor profundidad acerca de la importancia del historiador alemán. En virtud del tratamiento que Zermeño hace de la figura de Ranke es necesario dedicarle un poco más de espacio a su descripción. En primer lugar porque es un antecedente directo de este trabajo y, en segundo, porque

⁷⁰ La única referencia que he encontrado hacia la obra de Ranke, fuera de los textos mencionados, corresponde a una reseña de *Historia de los papas*, elaborada por Juan David García Bacca para *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 31, julio-septiembre, 1948, pp.144-146. Es un texto corto, más bien descriptivo, que dada su naturaleza informativa no intenta profundizar en el tema.

⁷¹ Zermeño, *op. cit.* *La cultura moderna de la historia* está precedida por un artículo del mismo autor que también ha sido consultado y que parece ser la primera aproximación de Zermeño al tema de Ranke. No se han hecho mayores referencias al artículo porque el libro del mismo autor constituye una ampliación de tal publicación. Vid. supra, capítulo I, n. 10.

refleja un cambio importante en el modo en que la obra de Ranke, y en general la de la escuela histórica alemana, se han ido interpretando en nuestro país.

En *La cultura moderna de la historia...*, el autor se propone indagar acerca de la conformación teórica y metodológica del pensamiento histórico, en particular en relación con la consolidación de la "historiografía moderna". Lo que busca, fundamentalmente, es la respuesta a dos preguntas generales: "¿Qué condiciones permitieron la aparición y desarrollo de esta clase particular de conocimiento sobre el pasado?", y "¿Qué posibilidades pueden delinearse para el futuro?".⁷² La exposición de estas cuestiones se articula, en una primera parte, en torno al "modelo rankeano", que Zermeño considera fundamental en la consolidación de la llamada "historiografía científica moderna" en el siglo XIX.⁷³

Lo anterior es ya un indicador bastante claro de la distancia que existe entre el trabajo de Zermeño y los que aquí hemos reseñado. En este sentido es preciso decir que el autor cuenta con un cúmulo de información muy superior a la que en su momento tuvieron tanto O'Gorman y Ortega y Medina, en relación con la historiografía alemana del siglo XIX. Los estudios en torno a este tema por parte de Georg Iggers, Hans-Georg Gadamer y Reinhart Koselleck, le sirven a Zermeño de base para sustentar el alcance de la historiografía alemana, y de su modelo, al ámbito internacional y a partir de ello es que se propone encontrar la forma en que el modelo historiográfico rankeano fue asimilado en la obra de diversos historiadores mexicanos del siglo XIX, ponderando un seguimiento de dicho modelo en el siglo XX. Para establecer tal línea de continuidad Zermeño hace

⁷² Guillermo Zermeño, *op. cit.*, p.12.

⁷³ *Ibid.*, p.15.

hincapié en que su objeto, en el caso mexicano, es el de “rastrear durante la segunda mitad del siglo XIX el origen ‘no institucional’ de la profesionalización de la historia y sus vínculos con la impronta de Ranke considerado como el prototipo de una nueva manera de pensar y hacer historia”.⁷⁴ Pero al no encontrar referencias explícitas a dicho modelo, el autor de *La cultura moderna de la historia...* se sustenta en el análisis de algunas premisas metodológicas de historiadores del XIX y principios del XX—que van desde García Icazbalceta hasta Jesús Galindo y Villa, pasando por Alfonso Toro y Ricardo García Granados, entre otros—que se pueden asociar, a su modo de ver, al modelo alemán o “programa científico de Ranke” que Zerméño resume en dos puntos:

El primero se refiere a la sanción establecida por la “escuela prusiana”⁷⁵ a no moralizar los contenidos históricos quitando el elemento pedagógico de la “historiografía tradicional para dar lugar a una nueva clase de apropiación del pasado que sirva de soporte a la construcción de una nueva comunidad nacional”. En segundo: el “intento de organizar una escritura que sea capaz de mostrar los hechos tal como sucedieron de manera imparcial y objetiva”, lo cual se relaciona directamente con la preeminencia que da la historiografía rankeana a las fuentes primarias.⁷⁶

⁷⁴ *Ibid.*, p.147.

⁷⁵ Hay una confusión en el tratamiento dado a la escuela prusiana. Ranke no pertenece a tal escuela. De hecho hay diferencias importantes entre la historiografía que proponían sus representantes y la que desempeñó el círculo rankeano. Los miembros de dicha escuela, entre los que se cuentan Sybel, Droysen y Treitschke como los más importantes, emprendieron una renovación de la historiografía con fines políticos. Al mantener este aspecto como un objetivo explícito, distaban mucho de la historiografía de corte rankeano. Por su parte, otros integrantes de la escuela criticaron mucho el trabajo de Ranke, en particular Häusser y Dahlman. También de Sybel recibió Ranke críticas importantes, a pesar de haber sido el primero uno de sus más brillantes alumnos, sin embargo, se distanció del maestro hacia la década de los cuarentas del siglo XIX. Véase Gooch, *op. cit.*, pp. 137-163.

⁷⁶ *Ibid.*, p.152.

Estos dos elementos constituyen las características principales del modelo de Ranke según Zermeño. A partir de la sistematización del modelo, el autor procede a revisar su continuación en el proceso de profesionalización de la historia en México, cuyo inicio se localiza en 1910, con la fundación de la Universidad Nacional, para culminar en 1940.⁷⁷ Zermeño afirma que ya al interior de la profesionalización se ve confirmada la naturaleza del modelo rankeano en la forma en que es recibido por traductores y críticos: pues a pesar de no existir “una relación directa entre la obra de traducción y la lectura en español de la obra de Ranke y la forma como se fue instituyendo la disciplina de la historia en México”, [...] lo que sí se puede afirmar es que [...] el legado de Ranke se ha hecho presente en la forma como se fueron estableciendo las nuevas formas de la investigación y de la escritura sobre el pasado”. Gracias a ello, continúa Zermeño, “los lectores de Ranke de la década de los cuarenta podían reconocer en su obra la confirmación de lo que ya sabían en cuanto a los ideales del historiador profesional que se venían perfilando desde la segunda mitad del siglo XIX”.⁷⁸

En síntesis, lo que nos deja ver la obra de Zermeño es que antes de que la historia surja como carrera académica se establecen en México una serie de reglas y de expectativas en relación con la historia que encuentran vínculos con el modo en que la historiografía se consolida en la Alemania del siglo XIX. Es por esto que Zermeño sostiene que hacia la primera mitad del siglo, ya en el ámbito profesional, se pueden confirmar las normas historiográficas alemanas en la obra docente e historiográfica de personajes como José Bravo Ugarte, Daniel Cosío Villegas o

⁷⁷ Sobre la periodización hecha por Zermeño véase *Ibid.*, pp. 146 y 166.

⁷⁸ *Ibid.*, p.180.

Silvio Zavala, entre otros. En ese sentido, se afirma la existencia de la *recepción*, en México, del llamado modelo rankeano. Por supuesto Zermeño no pretende afirmar la traslación sin más del modelo y es por ello que destaca las críticas importantes; habla, de modo muy resumido, acerca de la crítica de O'Gorman y de las reflexiones de Luis González y Gonzáles sobre la historia tradicional.

Ahora bien, he dicho ya que el término "recepción" me parece un tanto espinoso para hablar del modo en que Ranke aparece en la historiografía mexicana, puesto que las referencias explícitas al historiador alemán, anteriores a la labor de traducción, son más bien vagas y escasas. Más tarde, aun teniendo ya las versiones en español de la historiografía rankeana, que abren el camino al análisis y crítica de la misma, el recibimiento continúa siendo limitado. En relación con la totalidad de la obra de Ranke, poco es lo que se encuentra traducido; el tenor de sus prólogos o de sus reseñas consiste en el elogio de un clásico, mas no en el análisis propio de estudios sistemáticos o más integrales. Los temas de Ranke no son los de los historiadores mexicanos y cuando éste se vuelve asunto de la historiografía en México es por el lado de la teoría de la historia.

En este ámbito es donde se puede hablar, más que de recepción,⁷⁹ de una cierta intención por interpretar la figura de Ranke, aunque con fines muy distintos a los de la asimilación de su legado historiográfico. En este sentido, la tarea fue monopolizada por Edmundo O'Gorman en *Crisis y porvenir*, pues nadie más

⁷⁹ Utilizar la palabra recepción sin mayores reservas, implica asumir que en México existió, de hecho, un interés sobre la obra de Ranke que se tradujo en la elaboración de estudios más amplios y de mayor profundidad a los que de hecho hubieron. En este sentido, no se ha generado en México, hasta años recientes, historiografía sobre el tema de Ranke y mucho menos una intención, por parte de alguna corriente histórica, por seguir la metodología implantada por él o su visión de la historia. El terreno en que ese historiador ha sido analizado corresponde al del historicismo mexicano, y aun ahí, el lugar que tiene el historiador alemán tiene limitaciones.

pareció interesado (por lo menos hasta hace muy poco) en hacer reflexiones más profundas acerca de la figura de Ranke. En este sentido, la única mención digna de recordarse es de Eugenio Imaz,⁸⁰ pero si bien resulta iluminadora en muchos sentidos, en realidad no supera los linderos del comentario o de la referencia breve.

En estricto sentido, Ranke no hizo escuela en México. Los procedimientos bajo los cuales se emprendió el estudio de la historia en nuestro país han tenido sí, la impronta de escuelas europeas, pero no particularmente de la alemana. Antes que ésta se encuentra la influencia del positivismo que sí adquiere aquí carta de ciudadanía y si bien podemos aceptar con Zermeño el hecho de que "es plausible pensar que no todos los saberes ni los discursos pasan necesariamente a través de las instituciones",⁸¹ también es necesario considerar que la similitud entre formas, profesionalizadas o no, de hacer historia, no corresponde, necesariamente, a la asunción de un modelo común. El problema radica, a mi juicio, en que la forma de interpretar el llamado programa rankeano es excesivamente general y en consecuencia puede tornarse vaga. Máximas de la historiografía como la objetividad, la imparcialidad frente a los hechos o la importancia del documento en la investigación histórica son comunes no sólo a Ranke, sino a toda la historiografía del siglo XIX. Ciertamente, en Ranke coinciden esos principios de un modo especial, y su asimilación en otras escuelas es desde luego relevante (el caso de Estados Unidos es sin duda un parámetro al respecto).⁸² No obstante,

⁸⁰ Imaz, *op. cit.*, pp.16-17.

⁸¹ Zermeño, *op. cit.*, p.147.

⁸² Dorothy Ross, *op. cit.*, pp.159-160. En esta publicación se habla de la relación entre historiografía alemana y estadounidense en donde la compleja relación entre empiristas y positivistas norteamericanos con la escuela

Ranke se convirtió en el padre de la historiografía moderna, en Alemania, porque una metodología que ya se venía apuntalando encontró su sitio al lado de una forma plástica de entender lo histórico y lo temporal. Por su parte, la pretensión de cientificidad tiene en México otros orígenes, algunos de los cuales fueron mencionados cuando se habló del Ateneo y de su rechazo al positivismo, y que es fundamental considerar para entender una posible asociación entre la metodología rankeana, pretendidamente científica, y una posible metodología de la historia en México. Si es que ésta existe como fenómeno unitario, como de hecho se sugiere en el libro de Zermeño, es mucho más deudora del positivismo y empirismo decimonónicos que del *historismo* alemán. La confusión radica, otra vez, en la intención de unir dos pretensiones científicas para la historia que parten de visiones filosóficas radicalmente opuestas a pesar de que, en la práctica cotidiana, hayan podido coincidir en su calidad de técnicas para la investigación histórica. Al respecto, ya se ha hecho breve pero aguda mención sobre el abuso del lenguaje que constituye entender como positivista a la historiografía rankeana.⁸³ En relación con esto se toma en cuenta una división en el cientificismo del siglo XIX en dos vertientes: la empirista y la positivista.⁸⁴ La primera produce la historiografía diplomática a la que Ranke representa. Sin embargo, también aquí el camino es escabroso, pues el empirismo de Ranke no anula en modo alguno su visión romántica de la historia al mismo tiempo que sustenta un afán por lo científico mucho más vinculado a la idea de ciencia que tuvieron los hermanos Humboldt y

rankeana permite explicar los diferentes usos posibles del historicismo clásico aun si resultan éstos ajenos a su constitución esencial. El análisis de la autora permite entender posiciones eclécticas en donde un empirismo a ultranza está relacionado con concepciones filosóficas aparentemente opuestas.

⁸³ Matute, *El pensamiento historiográfico...*, op. cit., p.15

⁸⁴ *Ibid.*

en general los románticos alemanes, misma que se opone o difiere, en muchos sentidos, a la concepción científica surgida después, a partir de Darwin, cuyo método es el de la matemática y la física. Con la concepción darwiniana de evolución, el pensamiento científico es capaz de desechar la idea de *telos* pero conservando al mismo tiempo la noción de una dinámica lineal para entender la realidad. A esto se suma una idea general del método científico que lo pondera como el acceso por excelencia a cualquier modo de conocimiento, por su fidelidad e imparcialidad para tratar la realidad. A todas luces, esto se contrapone con la visión romántica acerca de la naturaleza como fuente de toda verdad (Goethe) y de la ciencia como medio para acceder a dicha verdad (Humboldt).⁸⁵

Cómo se llevó a cabo en México la confusión entre ambos modos de científicismo es por mucho algo que debemos rastrear en Edmundo O'Gorman, pues la batalla en contra de la objetividad científica tuvo en él a su máximo representante.

En *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* esa batalla toma forma filosófica y, en ese sentido, el nombre de Ranke, aparecido una y otra vez en la primera parte de esa obra, tiene especial relevancia. Mucho de su interpretación sobre Ranke se ha convertido en un lugar común en la práctica historiográfica mexicana. Ortega y Medina habría de confirmarlo en su propio texto citando a Comte al lado de Ranke sin mayores reticencias, perpetuando con ello la idea de que ambos eran representantes de un "positivismo de las primeras décadas del siglo XIX, que

⁸⁵ Véase Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas. El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas. De la muerte de Hegel a nuestros días (1832-1932)*, vol. IV, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 396p. En particular el Libro Segundo titulado "El ideal del conocimiento en la biología y sus vicisitudes". Los últimos tres apartados están dedicados al análisis de dos visiones científicas encarnadas por el dogma del darwinismo y por el vitalismo respectivamente.

rechazaba todos los apriorismos y toda metafísica, y que se negaba a admitir cualquier realidad no determinada por los hechos o por las relaciones entre los mismos.⁸⁶ A esto, incluso añadió la existencia de una herencia común tanto al filósofo como al historiador que consistía en "el mecanicismo político, social y matemático, que apareció en el siglo XVI".⁸⁷ Estas afirmaciones, que a la luz de lo que he dicho desde el capítulo primero pueden aparecer absolutamente erradas, son deudoras de la crítica de O'Gorman a Ranke, y aunque es evidente que en ese sentido tengo más de un desacuerdo con ella, la existencia de eso que yo he denominado como una confusión conserva, en el caso de O'Gorman, profunda e importante significación en relación con el vitalismo mexicano y por ello significación también en torno a la relación entre las dos formas de historicismo tratadas en esta tesis.

Por estas razones, que se irán explicando con mayor puntualidad en lo sucesivo, es posible decir que, hasta hoy, en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* tenemos la reflexión más acabada, en México, sobre el legado historiográfico de Ranke en su carácter de clásico. Procedamos entonces con lo dicho por el historiador-filósofo en torno a estos temas.

La crítica de O'Gorman a Ranke

⁸⁶ Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*. (Guillermo de Humboldt-Leopold Ranke), México, UNAM, 1980, 273p., p.41

⁸⁷ *Ibid.*

Páginas arriba se hizo mención sobre la disolución que sufre el positivismo mexicano, en el siglo XX, en dos vertientes denominadas como empirismo tradicionalista y pragmatismo político.⁸⁸ En cierto sentido, esta disolución es el eco de otro fenómeno que se presenta en la Europa del siglo XIX al desarrollarse la tensión entre la historiografía y filosofía de la historia que daría lugar al surgimiento de la teoría y metodología de la historia. Al interior de ese proceso "se fue elaborando, paso a paso, un deslinde entre la historia moderna científica y las anteriores, simplemente narrativas o filosóficas" que bifurca el camino del científicismo historiográfico en dos vertientes: "la del empirismo proporcionado por la nueva apreciación de las fuentes en que podía basarse el texto histórico, y la del positivismo, es decir, los mecanismos inductivos y deductivos que permitían extraer leyes de la historia y, con base a ellas, interpretar los hechos".⁸⁹

Una adecuada comprensión tanto de la crítica de O'Gorman a Ranke como de sus planteamientos teóricos en torno a la historia requiere tomar en cuenta los fenómenos mencionados por varias razones. En primer lugar porque *Crisis y porvenir* es ante todo una labor de vanguardia, de ruptura y rechazo a todas las formas "tradicionales" de la historiografía. En este sentido lo que vemos en ese texto es una crítica profunda hacia todas las versiones de científicismo historiográfico ya sea por sus elementos positivistas o empiristas. En directa relación con ello se encuentra también la necesidad por reunir filosofía e historia en una misma actividad con *auténtico* carácter científico. En esto último, la labor de O'Gorman recuerda a la del Ateneo, en el sentido de pugnar por un saber superior

⁸⁸ *Vid. supra*, n. 117.

⁸⁹ Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 478p., p.15

de las cosas humanas que permita matizar las virtudes del saber científico tradicional. Mas el trabajo de O'Gorman es sobre todo deudor del pensamiento de Collingwood y de Croce y esto se refleja en la necesidad de construir una racionalidad genuina para el mundo de lo histórico. En síntesis y para centrar el problema en la crítica de O'Gorman a la historiografía rankeana, se trata de una labor que va en contra tanto de la pretensión alemana por la objetividad histórica como de ese elemento romántico idealista que aquella también contiene, manifiesto en su rajiambre religioso y en esa profunda confianza en el realismo como mecanismo discursivo. Estos dos elementos casi contradictorios del historicismo alemán tuvieron acaso en Croce una explicación más comprensiva, sin duda gracias a la inclusión de la perspectiva de Meienecke. En el caso de O'Gorman la tensión es aún más radical, en parte, tal vez, por no tomar en cuenta la reivindicación del coloso del historicismo pero, sobre todo, porque la herencia orteguiana y heideggeriana que a través de José Gaos se imprime en *Crisis y porvenir*—y cuya importancia es presumiblemente mayor a la de las antes mencionadas—conlleva a la radicalización del vitalismo histórico,⁹⁰ a la asunción del tiempo como determinante último y, en consecuencia, a la primacía otorgada, al interior de la labor pensante, al sujeto conciente de su presente.

Lo dicho hasta aquí revela el lugar que tiene Ranke en *Crisis y porvenir* como representante de todos los excesos, errores y malinterpretaciones que, desde las corrientes mencionadas, han sido cometidos, a juicio de O'Gorman, en el ámbito historiográfico. Justamente uno de los problemas que tiene el libro mencionado es el de agrupar elementos dispersos en la tradición historiográfica en

⁹⁰ *Vid. supra*, capítulo II, n. 51.

una sola figura, colectiva o individual, bajo el nombre de *historiografía naturalista*, *historiografía científica moderna* o simplemente Leopold von Ranke. No por azar existe una fuerte coincidencia entre la crítica de *Crisis y porvenir* y la que lleva a cabo Heidegger en *Ser y tiempo* en contra de la filosofía tradicional, de la ontología tradicional, que la exhibe, también, como fenómeno unitario. Al igual que en la obra ya clásica de la filosofía alemana, en la mexicana se comienza con la pregunta por el ser, en un caso concreto, demostrando con ello o reflejando, por decir así, la validez que le otorga al paradigma del que es deudora. En este sentido, pilares de la filosofía de Heidegger como son la estructura de la temporalidad como devenir continuo, la determinación absoluta de la muerte, el existir en el presente y la imposición del pasado sobre esa condición presente son comunes también al pensamiento de O'Gorman. Son, de hecho, estos elementos, los que circunscriben la tarea de *Crisis y porvenir* al ámbito filosófico y los que le restan su carácter de historia de las ideas. Este texto constituye la base de la tarea propiamente historiográfica de O'Gorman que hallaría su complemento en una fina labor hermenéutica, un tanto ausente en este caso particular. En parte por ello es que la obra sufre de ambigüedad en cuanto a la forma de interpretar casos historiográficos concretos como el de Ranke, sin embargo, como veremos, la crítica se sostiene aún con sus "imprecisiones"; el por qué es algo que intentaremos dilucidar, al menos en parte, en lo que toca a la confrontación entre una forma vieja del historicismo y una que, en su momento, resplandece por su novedad.

Ahora bien, es necesario reiterar el hecho de que, a pesar de ser *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* una obra fundamentalmente filosófica, busca

resolver un problema historiográfico. El objetivo es, en efecto, filosófico: "averiguar que sea en sí el Descubrimiento, a fin de llegar por esa vía a comprender la estructura misma del ser de América",⁹¹ pero el camino para resolverlo es de índole historiográfica, no sólo porque el autor de aquella obra ha descubierto un *silencio* en los estudios históricos en relación con lo que él se pregunta, sino porque la explicitación y resolución del problema no es labor exclusivamente filosófica, requiere, en primer lugar, la revisión de la tradición para confirmar la existencia de ese silencio y para elucidar su razón de ser. Para ello, el autor examina "en qué consiste el conocimiento historiográfico en cuanto tal conocimiento" para llegar así "a una determinación de sus supuestos".⁹² Lo anterior corrobora el carácter vanguardista de la obra que busca colocarse en un terreno totalmente nuevo de los estudios históricos; primero por la originalidad del motivo que la impulsa y porque éste requiere la reformulación radical de lo que es en sí la labor histórica. Mediante la división de la tarea en dos grandes apartados, O'Gorman llevó a cabo, en el primero de ellos, el análisis riguroso del método histórico que hubo de convertir a la historia en una ciencia, para después proponer, en la segunda parte, las bases "en que debe fundarse una *auténtica ciencia* de la historia".⁹³

Hasta aquí, llama la atención el uso de la palabra ciencia para definir la labor que lleva a cabo "la comprensión de la realidad histórica en sí". Si bien en otros textos O'Gorman hubo de resaltar el componente estético o artístico del

⁹¹ Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947, 350p., p. X.

⁹² *Ibid.*

⁹³ *Ibid.*, p. XI. Las cursivas son mías.

conocimiento histórico,⁹⁴ se puede afirmar que siempre ponderó su lado racional. Evidentemente, estos adjetivos (científico, racional) y sus respectivos conceptos, adquieren en la obra de este historicista un carácter distinto al de su uso común, no se relacionan, como suelen estarlo, con nociones como las de objetividad, estaticidad, univocidad etc. Apelan más bien a la voluntad libre del conocer, manifiestan la pertenencia a una postura profundamente humanista que pretende encontrar la verdad del conocimiento con las herramientas del sujeto concreto, conciente de sus necesidades, de sus deseos, pero también de sus imposiciones. En este marco de presupuestos está inmersa la palabra ciencia cuando es usada por Edmundo O'Gorman, de ahí la necesidad de aclarar que se trata de una *auténtica ciencia de la historia*, que involucra una actitud ante la vida y no sólo la subvención a una metodología específica. Justamente en este punto radica la base de su polémica, en la equiparación de ciencia con método y en las consecuencias de esa asociación. Revisemos con mayor detenimiento su argumento.

O'Gorman coloca el nacimiento de la motivación por hacer de la historia una labor científica en la época renacentista. Desde entonces "puede observarse que la historiografía pugna por constituirse en una ciencia de tipo moderno al servicio de los intereses personales y colectivos de ese hombre recién enamorado de sí mismo".⁹⁵ En este momento, se lleva a cabo la reivindicación de la fórmula ciceroniana al reconocer en la historia un depósito de experiencias susceptible de ser utilizado. Es claro pues que la necesidad de sistematizar los estudios históricos

⁹⁴ "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 20, 1945 y *Fantasmas en la narrativa historiográfica*, México, Universidad-Iberoamericana-Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1992.

⁹⁵ O'Gorman, *op. cit.*, p. 23.

en un saber específico acerca del pasado obedece, para decirlo en términos historicistas, a una necesidad vital. En ello, nuestro autor no encuentra objeciones,⁹⁶ no obstante, comienza a desarrollarlas al descubrir que, en el camino, ese pragmatismo en los estudios históricos da lugar a una combinación a todas luces desdeñable. Pues lo que produce a la larga es el refinamiento de las herramientas que permiten velar el verdadero objetivo de los estudios históricos, de índole claramente pragmático-ética. A ojos de O’Gorman la elevación de la historia al rango de ciencia obedece a la necesidad por validar una motivación práctica y en ese buscar su legitimación se llega a la negación de su propio principio.

Ahora bien, la conquista del valor científico para la historiografía es el resultado de un largo proceso que culmina, o agota sus posibilidades, en la obra de Leopold von Ranke. Con él, a decir de O’Gorman, se consolida la tarea de velar el verdadero objetivo de la historia mediante el uso de la metodología científica. Vale la pena, para ejemplificar, citar al autor en este punto:

[Lo] que tanto entusiasma a Gooch y sus sectarios [es], a saber: que la elevación de la historia a la “dignidad de ciencia”, no es sino el refinamiento técnico de la investigación que da lugar a una renovada metodología, pero que, sin embargo, como su antecesora, está toda ella animada e inspirada por los propósitos pragmáticos e interesados del historiador.⁹⁷

Con esto se hace claro lo pírrico de la victoria a ojos de O’Gorman, pues la elevación de la historia a saber científico no incluye, en realidad, la transformación

⁹⁶ “1) Que el pasado humano no hace excepción a lo demás en cuanto que es susceptible de ser empleado como útil al servicio de intereses prácticos; 2) que esa manera de considerar al pasado humano constituye la relación espontánea y primaria que tenemos con la historia, relación de donde brota todo conocimiento especulativo de la historia”. *Ibid.*, p. 131.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 41.

profunda de ese saber sino sólo de su apariencia. En este punto llama la atención el recibimiento sin más, por parte de O'Gorman, de la idea de Ranke como padre de la historiografía moderna, que aquí se ha mostrado limitada y errónea en muchos sentidos, pero que en el momento resulta increíblemente poderosa. Lo que tenemos aquí es una idea de ciencia propia del pensamiento positivista yuxtapuesta a la pretensión científicista del historicismo alemán. No obstante, las reflexiones de O'Gorman en torno a ello van un poco más allá y sin ser exhaustivas tocan algunos puntos por demás interesantes. En sus cavilaciones sobre el afán científico propio del siglo XIX y su búsqueda por la verdad, O'Gorman hace gala de su sentido histórico al afirmar:

El siglo XIX es de gran sutileza; es también de refinada hipocresía no exenta de profundo sentido. En esa época, a la que estamos todavía tan amarrados, lo civilizado era amar sin medida, sin discriminación. Se ama a todo, a los pueblos en particular y a la humanidad en general; al progreso y a las cantantes, a la patria y a las máquinas, se aman las ciencias y a sus aplicaciones; pero sobre todo, ante todo y por todo, se ama hasta la locura a la Verdad; pero a la Verdad pura, a la verdad desinteresada, virgen e inútil.⁹⁸

La verdad descrita es el correlato de una idea de ciencia que se presenta con los mismos atributos y que en la mordaz retórica ogormaniana se describe:

Digna, bella, pulcra, constante, humilde, inasequible, virtuosa [...y], ante todo, desinteresada. [...] Para ser digna del amor y devoción de los hombres, la pura ciencia, como la mujer pura, tenía que ser absolutamente virgen e inútil.⁹⁹

Lo que O'Gorman convierte aquí en cruel sátira no es otra cosa que el espíritu romántico del historicismo rankeano. Aquello que se encuentra a la base

⁹⁸ *Ibid.*, p. 35.

⁹⁹ *Ibid.*, 37.

de ese romanticismo es asunto menos susceptible de ridiculización pero, en este caso, la postura inocente y desinteresada de que hizo gala Ranke choca irremisiblemente con la postura de O'Gorman para quien la ciencia y la verdad no son asunto de resignada contemplación. La verdad de lo histórico para Ranke es algo que es aún sin la intervención del historiador; éste se limita a constatarla, a ser testigo de ella, a participar de ella. Esto es algo que la agudeza de O'Gorman no pasa por alto y a lo que opone una verdad hecha por el historiador; que él crea y de la cual es poseedor.¹⁰⁰ Es evidente, en suma, que las motivaciones profundas de la historiografía rankeana no son desconocidas para O'Gorman mas no son tampoco el objeto de mayores disertaciones. Un camino distinto tal vez hubiera llevado a O'Gorman a observar las profundas diferencias entre una noción romantizada de la ciencia con la que él reconoce en el positivismo y empirismo europeos. No obstante, el fantasma del positivismo es para nuestro autor una amenaza real, con manifestaciones concretas y la afinidad entre el resultado práctico de la historiografía rankeana y el empirismo-positivismo mexicano no puede más que generar en él un profundo rechazo que se justifica en las similitudes descubiertas entre ambas prácticas historiográficas. La negación del factor ideológico y subjetivo en la historia fue el peligro que O'Gorman reconoció tanto en Ranke como en el ámbito historiográfico de su momento y en ese punto en concreto hay poco que refutar. Lo que veremos a continuación es la forma en la

¹⁰⁰ "Pero repárese en esto: ¿quién es, a fin de cuentas, el sujeto poseedor de todo ese montón de verdades acumuladas por no decir de todas las acumulables de que es capaz la historiografía naturalista? Se me dirá que el conjunto de los historiadores del presente del futuro, y aun de sus lectores. Pero he allí que aparece una entidad que no es ningún hombre de carne y hueso, concreto y vivo. En otras palabras, un sujeto impersonal que en definitiva no es nadie. El conocer, como todo lo humano, tiene su medida, su proporción bella y justa. La medida humana." *Ibid.*, p.6.

que O'Gorman sistematizó esa similitud, cómo, en suma, formuló argumentos a partir de sus presupuestos fundamentales.

La historiografía vista como instrumento de dominio fue lo que O'Gorman encontró como resultado inmediato de la elevación de la historia al rango de ciencia y en virtud de que, como vimos, el elemento metodológico es la base de esa conquista, el autor centró sus esfuerzos en el examen riguroso de las premisas de ese método. En ese sentido, O'Gorman tomó de la obra de Ranke elementos que le permitían destacar los siguientes puntos: 1) La universalización de la historiografía alemana mediante su elevación a ciencia, a través del mecanismo de una parcialidad improbable; 2) Imparcialidad que se garantiza mediante el deslinde entre pasado y presente; y 3) ponderando con ello la primacía del hecho histórico y la sistematización de la crítica de fuentes.

Respecto del primer punto tenemos que la historiografía alemana, antes de Ranke, obedece a la misma necesidad práctico vital por explicar y resolver la circunstancia presente, en este caso "se trataba de la unificación y hegemonía alemana. En lo adelante se tratará de la hegemonía y unificación alemana pero con esta diferencia, que antes, la verdad histórica estaba al servicio de esos intereses, y ahora esos intereses se ponían al servicio de la verdad histórica".¹⁰¹ Este cambio de perspectiva es el que O'Gorman atribuye a la escuela rankeana argumentando que lo que ésta necesitaba era legitimar su historiografía pragmática mediante su universalización, es decir, buscaba que sus verdades "fuesen comulgadas por todos"¹⁰² y el único modo de hacer esto posible era

¹⁰¹ *Ibid.*, p.48.

¹⁰² *Ibid.*, p. 50.

convirtiendo esas verdades en verdades científicas, a saber, verdades irrefutables por su imparcialidad y rigurosidad manifiestas. Para lograrlo *imitó* el modo en que la ciencia procede estableciendo el objeto de estudio de la historia como algo ajeno al sujeto que conoce.¹⁰³ Para sustentar este punto, O’Gorman hace resonar aquellas palabras de Ranke en donde se expresa que “el pasado ya nada significa como influencia viva para nosotros”¹⁰⁴

Así llegamos al segundo apartado del argumento que se refiere al deslinde entre pasado y presente en la obra de Ranke. Este es uno de los puntos más álgidos de la polémica que emprende O’Gorman y es, probablemente, en donde el conflicto entre ambos historicismos (clásico y vitalista) resulta más interesante. A partir de las afirmaciones de Ranke acerca de la distancia entre pasado y presente, O’Gorman, con la ayuda de Heidegger, se lanza con una crítica mordaz señalando que es ahí donde se levanta el postulado fundamental y decisivo de la historiografía tradicional, a saber, que “entre presente y pasado, entre vida e historia surge un golfo impasable que hace pedazos la unidad de la vida entre

¹⁰³ O’Gorman no hace referencia explícita a ningún fragmento particular de la obra de Ranke, sin embargo, resulta interesante confrontar esta afirmación con lo expresado en el ensayo “Historia y política”, publicado un año después de la aparición de *Crisis y porvenir*, en donde Ranke habla de la relación entre ciencia e historia: “Ocurre con la historia exactamente lo mismo que con la ciencia de la naturaleza, que no se contenta con estudiar cuidadosamente las formas naturales, sino que aspira a algo más alto, a conocer las leyes eternas por las que se rigen el universo y las diversas partes que lo forman y a remontarse a la fuente interior de la naturaleza de la que todo brota”, Leopold von Ranke, *Pueblos y estados en la historia moderna*, *op. cit.*, p.511. Fragmentos como este, tomados exclusivamente en el contexto del método rankeano, sirven para justificar sus similitudes con el positivismo, sin embargo, no es difícil constatar sus grandes diferencias y su deuda primordial con el pensamiento de Herder, Goethe y Whilhelm von Humboldt.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p.55, se vuelve a citar en p.56. La cita completa es la siguiente: “Qué es, ciertamente, lo que en la actualidad puede prestar interés al poder papal? No relación alguna con nosotros, ya que no ejerce ninguna influencia importante, tampoco preocupación de nuestra parte, ya que los tiempos en que algo podíamos temer han pasado y nos sentimos seguros. Sólo puede interesarnos su desarrollo histórico y su acción sobre la historia universal.”, Leopold von Ranke, *Historia de los papas en la época moderna*, *op. cit.*, pp. 10-11

nosotros y nuestra historia".¹⁰⁵ A decir de O'Gorman, esta diferencia ontológica es la que permite al historiador respaldar su objetividad, pues si "se piensa que el pasado no puede, en sí, tener ya ninguna influencia sobre nuestras vidas, la absoluta imparcialidad es posible".¹⁰⁶ Lo fundamental aquí radica en que este modo de separar pasado y presente sí sustenta, en gran medida, la pretendida objetividad rankeana, sin embargo, no se trata de un deslinde ontológico. Ranke no concibe la realidad fragmentada; toda época, todo momento histórico, pertenece al Todo, no obstante, no nos determina, a la distancia, siempre y cuando esa época o ese momento haya encontrado ya su resolución. De lo que se trata aquí es de dos modos distintos de entender la temporalidad y su determinación en el sujeto concreto. De ello he hablado con anterioridad haciendo uso de las reflexiones de Hayden White en torno a la idea del tiempo en Herder.¹⁰⁷ En esta concepción, compartida por Ranke, el movimiento de la historia se da mediante una sucesión de equilibrios, esquema en el cual el tiempo es siempre el tiempo interno de esos fenómenos; no resulta, en suma, un determinante radical, es un mecanismo del desarrollo histórico pero no una condición dentro de la cual se está inmerso irremediamente. En efecto, en la óptica rankeana, la unidad de lo histórico no está dada a partir de lo temporal como hilo conductor y es evidente que para todo el historicismo posterior ésta será una afirmación indiscutible. El corolario de la disputa se encuentra en que la actitud rankeana respecto al tiempo y la historia,

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 56.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 57.

¹⁰⁷ Véase capítulo II.

que es confiada y optimista por definición,¹⁰⁸ no permite el reconocimiento, por parte del sujeto concreto, del modo como éste vive el pasado a la luz de su presente y en, ese sentido, el uso que el sujeto haga de la historia aparece como algo ajeno a sí mismo.

Cómo se materializa semejante relación entre pasado y presente es asunto del tercer punto del argumento y no es otra cosa que el refinamiento en la crítica de documentos que da primacía al hecho histórico mediante la inclinación por el uso de las fuentes de primera mano. En este punto la historiografía rankeana se nos presenta mucho más esquemática de lo que realmente es y difícilmente resiste la prueba de reafirmarse como un saber científico:

Mientras más cercano estuviera el testigo al hecho, más era de fiarse, y por el contrario, a medida que aumentaba la distancia decrecía la certidumbre. Ranke va a elevar esta ecuación a principio fundamental de la crítica estimativa de las fuentes. Declarará, creyendo así eludir toda preferencia, que el testigo más cercano al hecho investigado es, en principio, el más digno de fe. No advierte, sin embargo, que esa declaración encierra una preferencia arbitraria, o sea la preferencia apriorística que sentían Ranke y su época por lo cuantitativo y abstracto sobre lo cualitativo y concreto.¹⁰⁹

En este punto resulta evidente que el método rankeano no superó, en muchos sentidos, la prueba del tiempo. Sin duda a O'Gorman debemos una de sus críticas más serias, sin embargo, a pesar de que el uso de documentos sigue siendo incuestionable en la labor historiográfica, otros muchos elementos se han ido sumando al empirismo común del historiador. La primacía del hecho histórico

¹⁰⁸ Véase Hayden White, "Ranke: el realismo histórico como comedia", en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432p., pp.161-183.

¹⁰⁹ O'Gorman, *op. cit.*, p.63.

como un objeto independiente, ajeno a nosotros mismos, es una actitud que ha prevalecido en el uso de otro tipo de metodologías. Mas el fetichismo del documento es algo que sirve muy bien a O'Gorman para encadenar lo que atestigua de los estudios históricos de su época con un esquema del pasado que se presenta unívoco y estático. El resultado, a juicio de O'Gorman, es el siguiente:

En efecto, el "sujetarse a los hechos", que es la fórmula básica del método, permite mostrar "lo que verdaderamente ocurrió", que es la definición científica tradicional de la historia. Pero como ese "sujetarse a los hechos" implica, primero, negar, a título de error, la existencia del hecho en sí de la contradicción en la historia, y segundo, negar, a título de invalidez, el testimonio de los autores "de segunda mano", o sea negar el hecho en sí de la historia de la historia, no hay en rigor tal sujeción a la realidad, de donde "lo que verdaderamente ocurrió" o sea el objeto de la historiografía, no es sino la triste resultante de esas violentas y arbitrarias mutilaciones, una pura apariencia del pasado humano, obtenida a costa, ni más ni menos, de la historicidad de la historia, o sea de aquello que la constituye esencialmente"¹¹⁰

La falta de conciencia sobre la historicidad inherente a cualquier actividad humana y en particular a la labor historiográfica es probablemente el punto en donde se sintetiza el rechazo de O'Gorman a Ranke. La fijación de la tradición historiográfica por el método es algo que ha conducido, a ojos del primero, a la sobreestimación de una metodología vetusta que no se ajusta al modo de ser de la realidad, pasada o presente. El problema reside, nos dice O'Gorman, en que aun sin el elemento de autoconciencia en la labor histórica, ésta ha sido considerada como una actividad científica; evidenciando con ello una interpretación errónea en relación con el modo verdaderamente científico en que aquélla debe proceder. La autenticidad aquí es del orden, nuevamente, de la innovación, se pretende, mediante el historicismo, salir de la crisis patente en los

¹¹⁰ *Ibid.*, pp.73-74.

estudios históricos en virtud de que ese método ha conducido a la anulación de la historiografía como actividad significativa pero, ante todo, como actividad pensante. Justamente en este segundo punto es donde es necesario poner ahora nuestra atención.

Se ha revisado ya la falta de sentido de la historiografía tradicional que, a juicio de O'Gorman, se manifiesta en "el empeño naturalista de hacer el pasado el objeto de un conocimiento e interpretación que lo *cosifica* y nos lo enajena por siempre".¹¹¹ Y en ese cosificar el pasado, la historiografía se desenvuelve como una actividad mecánica que deja de reflexionar en torno a sí misma y lo que estudia. Ante esto, hay que poner a prueba su validez científica y llegar a una concepción que permita una ciencia de *nuestro* pasado.

Para lograr ese objetivo, O'Gorman echa mano de "las enseñanzas de Heidegger" acerca de la constitución de todo conocimiento científico para después someter el problema de la ciencia histórica a un análisis particular. Entrar en esta discusión requiere hablar nuevamente de la crítica de O'Gorman a Ranke y la historiografía tradicional, pero ahora en el contexto del análisis fenomenológico desarrollado en la filosofía de Heidegger. Sobre este punto, es necesario aclarar que no se busca hacer aquí un análisis exhaustivo de la relación entre O'Gorman y el existencialismo alemán, de hecho, repasaremos sólo algunos asuntos de forma sumaria, utilizando el vocabulario heideggeriano sólo en los casos en que resulta indispensable. Lo que interesa en este caso es solamente dejar en claro la naturaleza de la labor científica para O'Gorman que

¹¹¹ *Ibid.*, p. 102. Las cursivas son mías.

es en sí la labor teórica definida por Heidegger.¹¹² Esta revisión permitirá terminar de entender las diferencias entre un historicismo que en realidad estuvo orientado hacia una forma estética de concebir lo histórico y otro que, aun resignificando la idea de lo científico, quiso permanecer en los linderos de lo racional.

Ahora bien, el conocimiento científico, se nos dice, surge a partir del rompimiento de la condición humana como una existencia "entregada" al mundo circundante, manifiesta en la "preocupación" por lo práctico y "que las más de las veces toma la forma de un hábito".¹¹³ La condición de lo cotidiano puede romperse mediante "una preocupación especial que no se refiere a un objeto práctico. Es la preocupación sabia, o sea la preocupación especulativa de índole teórica, origen de la ciencia".¹¹⁴ En este proceso, lo que se lleva a cabo es un cambio de actividad y un cambio de perspectiva; se pasa de una acción casi mecánica a una especulativa que presupone la creación de un juicio sobre las cosas que tenemos a nuestra disposición. Dicho en palabras de O'Gorman "es en el juicio donde opera el cambio de perspectiva, o sea de la manera de ver o considerar la cosa, tránsito que consiste en dejar de verla como un útil para considerarla como '*un ser objetivo corporal dado*', en suma, implica tomar en cuenta a las cosas "bajo la formalidad de lo *en sí*".¹¹⁵ Para poner esto en términos menos formales se puede decir que el surgimiento del pensamiento científico supone aislar la reflexión que hacemos sobre las cosas del significado común o

¹¹² Martín Heidegger, *El ser y el tiempo*, traducción de José Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 478p., en particular el capítulo III "La mundanidad del mundo", párrafos 14 y 15.

¹¹³ O'Gorman, *op. cit.*, p. 134.

¹¹⁴ *Ibid.*

¹¹⁵ *Ibid.*, p.p. 135-136.

cotidiano que éstas tienen. En ese sentido, la ciencia crea un punto de vista distinto a partir del cual pensar un objeto y, es importante insistir, no crea un existente como tal.¹¹⁶

A partir de esta perspectiva general, O'Gorman se propone analizar el proceso mencionado, pero ahora en el caso particular de la historiografía, con el fin de dilucidar si "la 'elevación de la historia a la dignidad de ciencia' responde o no, y hasta qué punto, al proceso general del origen de la ciencia".¹¹⁷ Visto así, tenemos que el pasado resulta, en principio, un útil más del mundo circundante, y justamente porque hubo de servir satisfactoriamente a fines prácticos, es que no existió motivo que lo convirtiera en objeto de especulación teórica. "Del pasado no se alcanza conciencia en cuanto que es un instrumento, es decir, no sabemos nada de la historia, sino hasta el momento en que aquel útil ya no responde debidamente a nuestra solicitud de aprovechamiento".¹¹⁸ En ese momento, dice O'Gorman se empieza a reparar en el pasado, no todavía por una motivación teórica sino aún por una incitación práctica, que ya implica, no obstante, un detenerse en las razones por las cuales ese objeto nos es útil, explicitando así su función como depósito de experiencia. Este punto intermedio entre el uso del útil y la reflexión teórica que se hace de él corresponde, históricamente, al periodo que va desde la historiografía renacentista hasta Niebhur, época en la que se

¹¹⁶ La ciencia, dice, considera lo real concreto desde un punto de vista que no es el único posible. Toda ciencia tiene en sus entrañas un *a priori* o sea, la 'formalidad bajo la cual se va a considerar lo existente'. Por eso, en toda ciencia hay una '*precomprensión predeterminante*' de su objeto. La principal consecuencia de esto consiste en ver con claridad que en el fondo de todo saber científico se encuentra un 'hacer presente' del objeto, lo que se obtiene mediante una 'delimitación' o 'desbroce' de un existente, dando así lugar a que surja 'cierto tipo de cuestiones'. La ciencia, pues, solamente se hace su objeto: en modo alguno 'crea un existente'. *Ibid.*, p.p. 136-137. Cursivas del autor.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 137.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 142.

consigue "la explicitación del pasado empleado como útil al servicio de los intereses prácticos".¹¹⁹ En este momento, el historiador "cobra plena conciencia de que el pasado se ha venido utilizando y de que, por consiguiente, el pasado debe examinarse precisamente porque es un útil y en cuanto que es útil".¹²⁰

En este punto del análisis histórico-fenomenológico que hace O'Gorman se presenta la disyuntiva de si la historiografía hubo de seguir, o no, el camino del conocimiento científico en general (en el modo en que Heidegger lo describe), cumpliendo con el tránsito que va desde la explicitación de lo útil en el mundo hasta la reflexión teórica en función de objetos dados. Sin mucha sorpresa para el lector, O'Gorman asegura que la respuesta es sin duda negativa, pues a pesar de que el objeto de la historiografía moderna fue la adquisición del estatus científico, éste fue conseguido a través de un engaño, descrito con antelación, y que en términos filosófico-fenomenológicos constituye "una simple manera de la 'extensión de la utilidad'".¹²¹ En este sentido el conocimiento historiográfico tradicional es una suerte de híbrido, pues pretende captar a la historia bajo la formalidad de lo en sí, pero sin abandonar su carácter de conocimiento radicalmente interesado.

El tipo de transición o cambio de perspectiva que opera en la historiografía se lleva a cabo mediante un juicio que O'Gorman deduce de la frase rankeana "el pasado no tiene ni puede tener influencia sobre la vida." En este enunciado se *niega* el carácter útil de la historia como depósito de experiencia. Hasta aquí, es fácil sacar conclusiones; el conocimiento científico nace de la *explicitación* del útil

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 145.

¹²⁰ *Ibid.*

¹²¹ *Ibid.*, p. 146.

en cuanto tal útil, para después efectuar la reflexión de ese útil como objeto dado, no obstante, en el caso de la historiografía, el primer paso, de explicitación, es el resultado de la *negación* del significado cotidiano del objeto. En este sentido, la reflexión teórica o científica de la historiografía tradicional es inauténtica por definición pues no se realiza como consideración del objeto real conforme a su utilidad efectiva. Por el contrario, se le niega como tal, creando con ello "una viciada representación del pasado humano a la que es factible aplicarle una consideración teórica,"¹²² a pesar de que lo que motivó esa consideración seguía siendo la utilización de ese pasado en sentido pragmático. Justamente porque en realidad nunca se renuncia a semejante tarea es que resulta necesario negar la naturaleza del objeto.

Lo que antes fue definido como "engaño" o "ardid" de la historiografía tradicional adquiere, en el análisis filosófico, el carácter de eminente contradicción cuya razón de ser, nos dice O'Gorman, obedece, en realidad, a la necesidad de tener "para sí lo que es de otro sin dejar de ser lo que se es".¹²³ El *otro*, no es más que el conocimiento científico en sentido lógico-matemático que en época de Ranke gozaba de una legitimidad incuestionable que fue requerida para el conocimiento histórico. De este modo, si lo que hacían las ciencias era considerar un existente de un modo peculiar, en el modo de un "ser objetivo corporal dado", lo único que la historiografía tenía que hacer era considerar al pasado de ese mismo modo para que su labor fuese considerada como labor científica, gozando con ello "de los privilegios inherentes a las verdades científicas

¹²² *Ibid.*, p. 151.

¹²³ *Ibid.*, p. 153.

imitadas".¹²⁴ Al consolidarse históricamente esta conquista se imposibilitó la consideración teórica del pasado puesto que, a pesar de no operarse un verdadero cambio de perspectiva, inherente a tal modo de reflexión, el modo utilitario de entender lo histórico encontró su perpetuación bajo el disfraz científico. En suma, el pasado para Ranke, continúa O'Gorman, se sustenta en la proposición: "el pasado es lo que verdaderamente ocurrió", en donde "el sujeto no es este pasado, sino *lo verdaderamente pasado*".¹²⁵ El objeto, en este caso, se crea a partir de una "reducción arbitraria dentro de la totalidad de lo ocurrido",¹²⁶ siendo esta la consecuencia necesaria de *imitar* el tipo de objeto, o el tipo de perspectiva, que crean las ciencias para reflexionar en torno a los fenómenos concretos.

Hasta aquí, se ha hecho una glosa de la crítica de O'Gorman a Ranke en particular y a la tradición historiográfica en general, en sus dos aspectos: el filosófico y el histórico-crítico. Lo que procede es analizar, desde este panorama, la especificidad del historicismo vitalista en el caso O'Gorman. Siguiendo los elementos de su crítica hay que preguntar en dónde y cómo este autor se distancia de una tradición a la que, a pesar de negarle el epíteto, es incuestionablemente historicista. En síntesis, ¿qué significado adquiere la crítica de O'Gorman en el tránsito y diversificación del camino que siguen las distintas perspectivas historicistas?

Responder esta pregunta requiere, a su vez, discurrir un poco en torno al siguiente cuestionamiento: ¿se debe admitir con O'Gorman que la historiografía

¹²⁴ *Ibid.*, p.156.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 158. *Cursivas del autor.*

¹²⁶ *Ibid.*, p. 159.

rankeana propone una reducción sin más del pasado histórico y que ello es consecuencia directa de una imitación de la metodología usada por la ciencia natural? Sin duda se pueden establecer algunas objeciones. No exclusivamente por las imprecisiones que, mencionadas en su momento, se muestran en relación con el pensamiento historicista clásico y en general con el modo de concebir tanto al pensamiento como a la metodología científica en general. Si se opta por ese camino, un cúmulo de ejemplos tal vez justifique la anulación del razonamiento ogormaniano, mas con ello no haríamos justicia a su espíritu y tampoco al verdadero meollo del problema. Una alternativa diferente es asumir que, en efecto, la historiografía rankeana considera al pasado de un modo ciertamente reduccionista, en el sentido de atribuir el adjetivo de *histórico* a ciertos fenómenos que guardan un sentido y significación particular. También es cierto que la historiografía rankeana es una labor de *mimesis*, de *imitación* de un modelo. En esto es imposible no tomar en cuenta que Ranke pugna por una historiografía en la cual el historiador reconstruye el pasado *presenciándolo*, trayéndolo al presente como algo que ya se encuentra completo y lleno de sentido. El historiador recrea ese sentido no mediante la especulación o la crítica sino mediante la *descripción*. No obstante, y aquí es donde es necesario deslindarse de la crítica de O'Gorman, no se trata de un modo de reducir el objeto en sentido científico, o de presentar el fenómeno como estático y ajeno al proceso general, puesto que, en última instancia, todos somos parte constitutiva de ese proceso. Por otro lado, el trabajo de imitación no es, nuevamente, la imitación del modelo científico. Es, en efecto, una labor de *mimesis*, pero a partir de un modelo ideal de pensar el pasado en general. Se trata, en suma, de recrear una cosmovisión del pasado entendido

como una sucesión de equilibrios que se forman por la interrelación de fenómenos concretos de toda índole. Este modelo, casi sobra aclararlo, está sustentado en una concepción religiosa y estética del mundo, y es sabido que tales concepciones no requieren de una justificación *racional* para adquirir sentido. No se puede eludir la tarea de *mostrarlos* pero no necesariamente se requiere *explicarlos*.

Tomando en cuenta lo anterior se puede decir que el historicismo vitalista no innova en cuanto a sus temas, que siguen siendo, en términos generales, los mismos que para el historicismo clásico: el valor de la vida, la historicidad de los fenómenos y la necesidad de observarlos desde ópticas que tomen en cuenta la peculiaridad de su modo de ser. Lo que cambia radicalmente es la posición del sujeto ante ese modo de ver la realidad, su lugar y su participación y, dicho sea de paso, esto no es un cambio menor. Quiero terminar este trabajo haciendo uso, una vez más, de las palabras de O'Gorman que mejor retratan, a mi juicio, la verdadera tarea del historicismo del siglo XX. Las siguientes frases revelan el carácter irónico que el historicismo fue adquiriendo al convertir los principios de un paradigma en verdaderas actitudes vitales, es decir, en deseos, necesidades y voliciones del individuo concreto:

El historicismo contemporáneo no es una corrección a la historiografía tradicional, en el sentido de que la prive de su carácter científico. Eso sería tanto como suprimirle su existencia, privilegio cuyo monopolio ha reservado para sí la Divinidad, al parecer no sin sabiduría. La jugada de la crítica historicista es de más baja ralea: deja la historiografía muy ciencia nuestra, pero le quita las pretensiones. Como el D. Juan, a la Pantoja, en el romaticómico drama de Zorrilla, la deja "imposible". ***La imposibilidad es la réplica en lo humano de la aniquilación a lo divino.*** Las posibilidades de la existencia humana son infinitas; pero lo importante es advertir que no serían lo que son, es decir,

posibilidades, si no fuera porque el hombre es él, la posibilidad suprema de burlarse de las posibilidades realizadas cuando lo aburren. El hombre es el supremo burlador, porque es el burlador, no de Sevilla, sino de sí mismo.¹²⁷

¹²⁷ *Ibid.*, p. 87. Subrayado mío.

Conclusiones

La última parte de este trabajo estuvo dedicada a lo que O'Gorman considera las dos grandes falacias de la historiografía rankeana. La primera de ellas deriva de la proposición "el pasado no tiene ni puede tener influencia sobre la vida", y fundamenta, para O'Gorman, la postura del historiador como un observador imparcial y ajeno a su objeto de estudio. La unión de semejante postura con la sentencia "el pasado es lo que verdaderamente ocurrió" constituye la totalidad del "modelo rankeano" que, en última instancia, resulta peligroso, no únicamente porque pueda ser erróneo o desdeñable desde un punto de vista específico, sino porque es en sí el "*impedimento a una auténtica reflexión teórica*"¹²⁸ sobre el pasado humano. En este sentido, la tarea del historicismo, que ante todo es la "salida vital a una situación cerrada",¹²⁹ implica, necesariamente, la aniquilación total¹³⁰ de esa forma de hacer historia. No es posible, desde este punto de vista, rescatar o corregir elementos de la tradición pues "corregir algo", dice O'Gorman, "implica en lo fundamental un asentimiento a lo corregido".¹³¹

Lo anterior nos obliga a reflexionar en torno a la distancia que va desde Friedrich Meinecke hasta Edmundo O'Gorman, en relación con la labor del historicismo como movimiento intelectual-espiritual. Es casi imposible, en este

¹²⁸ *Ibid.*, p. 1637. Cursivas del autor.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 173.

¹³⁰ "La historiografía científica, en cuanto lo que es, es insuperable; en esa dirección ya no puede darse un paso más. El historicismo es una referencia a un estrato más profundo: nos despierta a la aventura inédita, de abandonar la utilización del pasado para poder, en cambio interesarnos en comprenderlo como parte constitutiva de la vida humana. Si como consecuencia de ello hemos de liquidar la historiografía, quiere decir que, como todas, esa ciencia es por necesidad limitada en sus posibilidades, porque como enseña Heidegger, el hombre, no su ciencia es posibilidad; posibilidad, entre otras, de no ser ya lo que su ciencia dice que es." *Ibid.*, p.p. 111-112.

¹³¹ *Ibid.*, p. 187.

punto, no hacer comparaciones. Sobre todo porque el mismo O'Gorman ha llamado la atención sobre lo erróneo de la afirmación: "el historicismo es un progreso evolutivo dentro de la historiografía tradicional".¹³² Frente a semejante enunciado, y dentro del contexto que aquí se ha venido trabajando, la referencia a Meinecke es casi obligada y se antoja especular al respecto. Especular porque, como se sabe, O'Gorman suele no aclarar los autores a los que se refiere y esta no es la excepción y, en consecuencia no sabemos si efectivamente se refiere al texto de Meinecke. No obstante, es factible que haya tenido conocimiento del *Historicismo y su génesis*, cuya publicación en México dista cuatro años de la de *Crisis y porvenir* teniendo ya un lugar importante en la obra de Imaz, que aquí se ha citado, editada un año antes del texto de O'Gorman. Ahora bien, como sea, si O'Gorman tuvo o no acceso a la obra de Meinecke, el puro contenido de la frase citada justifica la confrontación y nos permite hacer un balance no sólo respecto a estos dos autores sino también en lo tocante a Benedetto Croce.

En general, la explicación de lo que es el historicismo tanto en Meinecke, como en Croce y O'Gorman, involucra un cierto elemento vanguardista, de ruptura con la tradición en algún punto. El historicismo, visto como movimiento intelectual, siempre se levanta en oposición a algo, como reacción y, en estricto sentido, como un acto liberador. En el caso de la obra de Meinecke, la rebelión es frente a la esquemática visión racionalista, al igual que en el texto de Croce. Sin embargo, en este último notamos ya una diferencia importante. Meinecke busca resolver el elemento esencialmente antagónico del historicismo mediante su mecanismo de asimilación y superación, de modo que la tradición no quede

¹³²*Ibid.*, p. 186.

olvidada para el historicismo. La recurrencia de tal funcionamiento en el libro de Meinecke imprime un sentido conciliatorio al proceso general que describe en donde el historicismo, si bien innova, no irrumpe ni confronta. Evidentemente, esto cambia con Croce, aunque no en el modo esencial de concebir, históricamente, la tendencia historicista. Croce coincide en muchos puntos con la idea de Meinecke, su problema con ella es que la observa ingenua, carente de lo esencial. Como vimos, para Croce el historicismo involucra sobre todo una labor de conciencia, de crítica, en suma, es el acto racional del historiador al reflexionar sobre el pasado descubriendo su esencia *historicista*. En este sentido es que se busca complementar la idea de Meinecke, agregar lo verdaderamente peculiar del historicismo a una perspectiva que si bien no es totalmente errónea no termina por dar en el punto del asunto, no obstante, ha dicho Croce que es una actividad *necesaria* para el reconocimiento del verdadero historicismo. Teniendo esto en consideración, a pesar de las enormes diferencias entre Croce y Meinecke, el primero también insiste en una forma de conservar la tradición para el historicismo en tanto que movimiento intelectual. Para lograr conciliar esos dos aspectos, Croce lleva el mecanismo de Meinecke a sus últimas consecuencias, últimas y lógicas diría yo, convirtiéndolo en un movimiento dialéctico concreto. De ese modo, Croce transige con la idea que el historicismo clásico se ha hecho de sí mismo, concediéndole un lugar en la historia del historicismo pero quitándole al mismo tiempo su carácter dominante.

La postura de O'Gorman es, como se puede anticipar, mucho más cercana a Croce, en el sentido de considerar seriamente el elemento subjetivo del historicismo mediante el reconocimiento de la actividad filosófica. Pero la forma

en que el vitalismo mexicano se expresa, hay que insistir, es mediante la ruptura. Es verdad que expresiones de O'Gorman sobre que el historicismo *surge* como respuesta a *exigencias* vitales nos recuerdan obviamente a Croce y a veces incluso al mismo Meinecke. En el italiano, por ejemplo, asistimos a una perspectiva sobre el historicismo que lo considera no sólo objetivamente, en su desarrollo histórico, sino como un elemento de la conciencia, del modo de ser de lo humano. Sin embargo, Croce nunca termina por romper del todo con las viejas concepciones, filosóficas e historiográficas. En el sumergirse tan de lleno en la reflexión en torno al ser de lo histórico, la afirmación de la unidad de lo humano le impidió ejercer una ruptura total. Si hay unidad entre pasado y presente, si hay siempre relación, deuda, en el caso individual no puede haber excepción. En ambos casos, objetivo y subjetivo, el problema se resuelve mediante la dialéctica, así, la contradicción más elemental logra dar motivo a una nueva forma que preserva a la vez que innova. Incluso podríamos jugar un poco con la idea de Collingwood sobre el "suicidio filosófico de Croce" y establecer como una de sus causas la necesidad de romper del todo con lo precedente, de romper incluso con la idea misma de la dialéctica en el caso del individuo concreto. Algo de eso hay en O'Gorman, no obstante, en muchos aspectos, su caso es más simple o, mejor dicho, más transparente. Los objetivos de este historiador no variaron en lo fundamental a lo largo de su vida y, a pesar de las graduales transformaciones, la congruencia y claridad de sus ideales se manifiesta en su producción. Si bien en términos filosóficos la labor de O'Gorman es increíblemente profunda, nunca pretendió llegar a lugares ni tan altos ni tan subterráneos que le alejaran de las necesidades estrictamente presentes. A diferencia de Meinecke y Croce, uno por

romántico tal vez y el otro por hegeliano, O'Gorman siempre tuvo los pies bien plantados en la tierra. En este sentido, su compromiso fue ante todo con la práctica historiográfica y con los individuos dedicados a ella. En su camino siguió la orientación de Ortega, de Collingwood y del mismo Croce, no obstante, el mexicano optó por el elemento autoconsciente o *racional* del pensamiento historicista como punto de partida, convirtiendo punto menos que en subversión lo que de crítica o de rebelión todo historicismo ha llevado consigo.

Bibliografía

CASSIRER, Ernst, *Filosofía de las formas simbólicas. El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas. De la muerte de Hegel a nuestros días [1832-1932]*, vol. IV, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 396p.

CORCUERA de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 424p.

COLLINGWOOD, R.G., *La idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, 323p.

COLLINGWOOD, R.G., *Essays on philosophy of history*, edited and introduced by William Debbins, New York, McGraw-Hill Book Company, University of Texas Press, 1966, 160p.

CROCE, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, México, traducción de Enrique Díez-Canedo, Fondo de Cultura Económica, 1942, 294p.

CROCE, Benedetto, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Escuela, 1955.

FAIN, Haskell, "History as Science", en *History and Theory*, Vol. IX, No. 2, 1970, pp.154-173.

FERRATER Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, IV vols., edición revisada, aumentada y actualizada por el profesor Joseph María Terricabras, Barcelona, Ariel, 1994.

FUETER, Eduard, *Historia de la historiografía moderna*, 2 vols., traducción de Ana María Ripullone, Buenos Aires, Nova, 1953.

GADAMER, Hans Georg, *Verdad y Método I*, traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Sígueme, 1977, 687p.

GOOCH, George Peabody, *Historia e historiadores del siglo XIX*, versión española de Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, 607p.

HEIDEGGER, MARTIN, *El ser y el tiempo*, traducción de José Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 478p.

HERKLESS, J.L., "Meinecke and the Ranke-Burckhardt Problem, en *History and Theory*, Vol. IX, No. 3, 1970, pp.290-321.

HUGHES, H. Stuart, *Consciousness and society. The reorientation of European social thought 1890-1930*, London, Macgibbon & Kee, 1959, 433p.

IGGERS, Georg G., "The image of Ranke in American and German historical thought", *History and Theory*, vol. II, No.1, 1962, pp.17-41.

IGGERS, Georg G., "The Decline of the Classical National Tradition of German Historiography", en *History and Theory*, vol. VI, No. 3, 1967, pp.382-413.

IGGERS, Georg G., *The German Conception of History. The national tradition of Historical Thought from Herder to the present*, New York, Wesleyan University, 1968, 388p.

IGGERS, Georg G., et al., *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, edited by Georg G. Iggers and James M. Powell, New York, Syracuse University Press, 1990, 179p.

IGGERS, Georg G., *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, presentación, adaptación y revisión de Fernando Sánchez Marcos, traducción de Clemens Bieg, Barcelona, Idea Books S.A., Idea Universitaria, 1998, 156p.

MARTÍNEZ Riu, Antoni y Jordi Cortés Morató, *Diccionario de filosofía Herder en CD ROM*, 3ª edición, Barcelona, Herder, 1996

MATUTE, Álvaro, *La teoría de la historia en México. 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 205p., (Sepsetentas, 126).

MATUTE, Álvaro, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, 1999, 478p.

MATUTE, Álvaro, Est., introd., y selec., *Edmundo O'Gorman. Historiología: Teoría y práctica*, México, UNAM, 1999, 206p.

MATUTE, Álvaro, "La profesionalización del trabajo histórico en el siglo XX", en Miguel Carbonell *et al.*, *México en el siglo XX*, tomo I, México, Archivo General de la Nación, 1999, 694p., pp. 415-440.

MATUTE, Álvaro, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, UNAM, Paideia, 2002, 337p.

MEINECKE, Friedrich, *El historicismo y su génesis*, traducción de José Mingarro y Tomas Muñoz Molina, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 524p.

NICOL, Eduardo, *Historicismo y existencialismo*, 3ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 423p.

NOVICK, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, vol. 1, traducción de Gertrudis Payas e Isabel Vericat, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1997, 334p.

O'GORMAN, Edmundo *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947, 350p.

O'GORMAN, Edmundo, "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, núm. 17, 1945.

O'GORMAN, Edmundo, "Cinco años de historia en México", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, núm. 19, julio-septiembre, 1945.

O'GORMAN, Edmundo, *Fantasmas en la narrativa historiográfica*, México, Universidad Iberoamericana-Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1992.

ORTEGA y Gasset, José, *Kant, Hegel, Dilthey*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, 216p.

ORTEGA y Medina, Juan A., *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana. (Guillermo de Humboldt-Leopold Ranke)*, México, UNAM, 1980, 273p.

ORTEGA y Medina, Juan A., (ed.), *Conciencia y autenticidad históricas escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, UNAM, 1968, 434p.

PFLUG, Günter, "The Development of Historical Method in the Eighteenth Century", en *History and Theory*, Vol. X, No. 4, 1971, pp1-23.

RANKE, Leopold von, *Pueblos y Estados en la época moderna*, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, 542p.

RANKE, Leopold von, *Historia de los papas en la época moderna*, traducción de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 626p.

RANKE, Leopold von, *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*, traducción de Manuel Pedroso, México, Editorial Leyenda S.A., 1946, 409p.

RANKE, Leopold von, *Grandes figuras de la historia. Una antología*, 2ª ed., prólogo y traducción de Wenceslao Roces, México, Biografías Gadesa, 1954, 325p.

RANKE, Leopold von, *Sobre las épocas de la historia moderna*, edición preparada por Dalmacio Negro Pavón, Madrid, Editorial Nacional, 1984, 346p.

RINALDI, Giacomo, "Italian idealism and after: Gentile, Croce and others", en Richard Kearney (ed.), *Routledge History of Philosophy. Twentieth-Century Continental Philosophy*, vol. VIII, London, 1994, pp.350-389.

ROLDÁN, Concha, *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal Ediciones, 1997, 220p.

SAKMANN, Paul, "The Problems of Historical Method and of Philosophy of History in Voltaire", en *History and Theory*, Vol. X, No. 4, 1971, pp24-59.

STONE, Lawrence, *El pasado y el presente*, traducción de Lorenzo Aldrete Bernal, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

TREJO, Evelia, "La objetividad, quimera de la historia", *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, número 55, mayo-agosto 1999.

UNGER, Rudolf, "The Problem of Historical Objectivity. A Sketch of Its Development to the Time of Hegel", en *History and Theory*, Vol. X, No. 4, 1971, pp.60-86.

VÁZQUEZ de Knauth, Josefina Zoraida, *Historia de la historiografía*, México, Ateneo, 1975.

VILLEGAS, Abelardo, *El pensamiento mexicano del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 254p.

WAGNER, Fritz, *La Ciencia de la Historia*, traducción de Juan Brom, México, UNAM, 1958, 594p.

WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, 432p.

WHITE, Hayden, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1985, 287p.

ZERMEÑO Padilla, Guillermo, "Sobre las huellas de Ranke", en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 15, 2000, pp. 11-48.

ZERMEÑO Padilla, Guillermo, *La cultura moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, Colegio de México, 2002, 246p